

Donde nacen las
Estrellas



**CHRISTIAN
MARTINS**



D.J.57

**DONDE NACEN
LAS
ESTRELLAS**

CHRISTIAN MARTINS

EDICIÓN ABRIL 2018

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. QUEDA RIGUROSAMENTE PROHIBIDA, SIN LA AUTORIZACIÓN ESCRITA DE LOS TITULARES DEL COPYRIGHT, BAJO LAS SANCIONES ESTABLECIDAS POR LAS LEYES, LA REPRODUCCIÓN PARCIAL O TOTAL DE ESTA OBRA POR CUALQUIER MEDIO O PROCEDIMIENTO, INCLUIDOS LA REPROGRAFÍA Y EL TRATAMIENTO INFORMÁTICO, ASÍ COMO LA DISTRIBUCIÓN DE EJEMPLARES MEDIANTE ALQUILER O PRÉSTAMO PÚBLICO.

COPYRIGHT © 2018 CHRISTIAN MARTINS

Para todas aquellas personas que siguen
soñando con los cielos repletos de estrellas.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a “Las chicas de Christian Martins” por ser las mejores lectoras que un escritor pueda desear. Siempre lo digo, pero no me cansaré de repetirlo: ¡sois maravillosas!

A mis pesadillas particulares por ser tan puntillosas y desesperantes.

A mi familia, por su paciencia infinita.

Y por último, gracias a ti, lector, por haber escogido esta novela. Espero que disfrutes de la historia tanto como lo hice yo al escribirla.

Gracias,

Christian Martins.

1

Aferro la taza de café entre mis manos, intentando salvaguardar entre ellas el calor que el recipiente aún conserva.

Mi apartamento está a oscuras y en la calle todavía no ha amanecido, así que me permito relajarme unos minutos en el sofá, observando a través de la cristalera del salón. Vivo en la planta treinta y cuatro de uno de los rascacielos más altos de Manhattan y desde aquí puedo contemplarlo todo. Absolutamente todo.

En el exterior ha comenzado a llover y las primeras gotas ya van a salpicando el cristal. Las luces de las oficinas de las torres que hay en frente se han iluminado, anunciando la llegada de los primeros trabajadores. A través de la cortina de agua que se ha formado en muy pocos segundos, puedo ver cómo una mujer arrastra un carrito de limpieza entre las mesas y empieza a pasar el trapo del polvo. Alzo la mirada hacia el reloj que hay sobre el mueble de mi salón y compruebo que son las cinco y media de la mañana. Demasiado pronto para estar despierta; demasiado pronto para comenzar la jornada laboral.

Sin poder evitarlo, pienso que yo podría haberme convertido en esa mujer si no hubiera logrado escapar a tiempo de Kansas. Quizás ni siquiera podría haber llegado a aspirar a limpiar oficinas y me hubiera tenido que conformar con limpiar la paja de las cuadras y las heces de los caballos.

Suspiro angustiada justo antes de dejar la taza — que ya se ha quedado helada — sobre la mesa auxiliar. Me aprieto la bata de casa con más fuerza, abrigándome, mientras una tormenta eléctrica ilumina el cielo con furia, reclamando la ciudad.

Aún dispongo de varios minutos antes de comenzar mi exigente rutina, así que decido no moverme del sofá hasta que la aguja del reloj marque menos cuarto.

¿Por qué demonios me siento tan angustiada hoy? ¿Por qué no dejo de pensar en Kansas? ¡Incluso he soñado con el maldito rancho!

Mi corazón se acelera al pensar en aquel endemoniado lugar, pero después me tranquilizo recordándome a mí misma que todo eso ya quedó atrás hace muchos años. Estoy lejos, muy lejos, y tampoco tengo pensado regresar.

Puede que mi entristecido estado anímico resida en el temporal con el que se ha despertado Manhattan o, quizás, en que todavía no haya amanecido. Ver el sol y las calles iluminadas, el tránsito de la vida, el ajetreo en las calzadas... Supongo que eso logrará animarme.

Alzo la mirada al reloj una vez más; menos cuarto.

A pesar de la pereza y de la desgana que se han instalado en mí, me levanto del sofá y me pongo en marcha. Puede que esta sea la única buena costumbre que adquirí a lo largo de mi infancia; cumplir con la rutina. El día no espera y las horas se marchan, así que hay que activarse. Además, con los años he descubierto que es la manera más eficiente para alcanzar el éxito.

En mi habitación, sustituyo mi pijama y la bata por unas mayas y una camiseta deportiva. Me ato una coleta alta, recogiendo mi cabello de manera cómoda, y me calzo las zapatillas.

Antes de salir lanzo una mirada fugaz al espejo y repaso con la yema de mi dedo índice las ojeras ennegrecidas que marcan la expresión de mis ojos. Dormir poco no suele afectarme en exceso, pero parece que esta vez no ha sido así. Tengo un aspecto realmente horrible y me siento agotada.

Pero el día no espera. Las horas se marchan.

Camino hasta el salón, enciendo la luz, y me subo en la cinta de correr. El programa digital me comunica que hoy tendré que correr ocho kilómetros, así que no pierdo el tiempo y comienzo a mover un pie detrás de otro, adquiriendo un ritmo estable. Doy dos fuertes palmadas que activan el equipo de música de mi apartamento y la radio actual comienza a sonar de fondo con una de las canciones pop-eras del momento. No podría incluirla en el saco de mi estilo musical, pero para correr no está mal. Con Eric Clapton de fondo no sería capaz de mantener un buen ritmo.

Casi una hora y cuarto después, me bajo de la cinta sudada y agotada, pero muy satisfecha por haber sido capaz de lograr mi objetivo. Me quito la camiseta y me

dirijo hacia la ducha en sujetador, con las piernas temblorosas a causa del esfuerzo que acabo de realizar. Antes de meterme en el cuarto de baño, lanzo una mirada al exterior y mis ojos chocan con los de la mujer de la limpieza que está trabajando en las oficinas del edificio de enfrente. Una de las cosas malas de las cristaleras es la falta de intimidad, aunque la luminiscencia que proporcionan lo compensa con creces. La mujer aparta la mirada con rapidez, avergonzada, y retoma la tarea de fregar los suelos.

«Esa podría haber sido yo...», me repito, mientras la angustia vuelve a instalarse en mi pecho.

Pero no soy yo. Yo escapé, yo luché, yo peleé, yo lo logré.

Gina Steven es la directora financiera de Goldman Group, una de las mayores empresas de tecnología del sector. Una de las más grandes de Estados Unidos y de las más competitivas a nivel mundial. Y yo soy Gina Steven, esa mujer que escapó de un rancho para convertirse en una empresaria con aspiraciones y metas.

Debo de haberme quedado observando fijamente las oficinas, porque la mujer vuelve a estar mirándome con el ceño fruncido. Alzo la mano lentamente para saludarla, pero después me siento ridícula y dejo caer el brazo junto a mi cuerpo, antes de entrar en el baño.

Compruebo el reloj; voy bien de tiempo. Para las siete menos cuarto debo de estar vestida y preparada para salir por la puerta, como todas las mañanas. Una de mis premisas es no desviarme de los tiempos ni de la rutina.

Caliento el agua más de lo normal y me sumerjo bajo el chorro, dejando que el calor empañe las mamparas y me proporcione una sensación de alivio y relajación.

No debo de llevar más de dos minutos en la ducha cuando el teléfono del apartamento comienza a sonar de fondo. ¿Quién puede llamar a estas horas? Sea quien sea, no es nada bueno. Todo lo que se escapa de la rutina y de lo habitual trae algo malo consigo, estoy segura.

Cierro el agua y me envuelvo en una toalla para secarme, antes de salir a por el aparato. Supongo que la llamada se cortará antes de que logre alcanzar el auricular, así que no me apresuro lo más mínimo. Me seco superficialmente, enrosco la toalla en mi cabello y me visto la ropa interior negra antes de salir al salón. Hace varios segundos que el sonido de llamada se ha extinguido, así que busco el número en el historial de llamadas perdidas y escucho cómo los tonos

se reproducen uno detrás de otro.

— ¿Hola? — pregunta una voz masculina al otro lado del auricular.

Trago saliva cuando me percató del acento con el que ha pronunciado la palabra.

— Me llamo Gina Steven y acabo de recibir una llamada...

Pero no soy capaz de terminar la frase.

El acento, las horas tempranas... ¿Quién podría ser? Es evidente que ninguno de nuestros inversores de Goldman Group llamaría tan temprano y nuestras oficinas aún están cerradas. Incluso aunque nuestras acciones se desplomasen en picado, nadie se daría cuenta hasta al menos pasadas unas cuantas horas. Puede que más. Francis tampoco llamaría tan temprano a casa — ¡ni siquiera sabe qué es madrugar! —, así que sólo queda... papá.

— ... ¿Le ha pasado algo a mi padre? — concluyo después de una breve pausa.

— Lo siento mucho, señorita Steven — susurra la voz masculina con ese típico acento que yo siempre consideré de paletos — . Su padre... bueno, su padre ha fallecido.

2

He llegado tarde a la oficina.

Creo que no he sido consciente de lo mucho que me ha afectado la noticia hasta que he comprobado el reloj de la mesa de mi despacho. Me he salido de la rutina porque mi padre, ése al que no veía desde hacía más de diez años, ha muerto hoy.

Connor Steven ha muerto y hoy el mundo parece totalmente diferente.

Me acomodo en la silla de cuero y cierro los ojos, conteniendo las lágrimas que amenazan con escapar de mis cuencas. Sería un desastre, porque estropearía el maquillaje con el que me he esforzado en camuflar mis ojeras.

Entre la oscuridad puedo ver su rostro; sus arrugas en la comisura de los labios, su frente fruncida en todo momento, sus ojos grisáceos, su cabello canoso. Su semblante descompuesto la mañana en la que le comuniqué que había resultado ganadora de la beca Loyce y que podría marcharme a estudiar a cualquier universidad del país, muy lejos del rancho y... de él.

Connor, papá, no lo entendía. No conocía el significado de tener aspiraciones y sueños porque él era, simplemente, un hombre conformista.

El hombre con el que he hablado por teléfono me ha dicho que es imprescindible que acuda cuanto antes por asuntos del testamento, así que mi futuro comienza a tornarse de un color grisáceo que no me gusta nada. Absolutamente nada.

— ¿Gina? ¿Estás bien? — pregunta Eva, mi secretaria, desde el umbral de la puerta.

Abro los ojos con lentitud, regresando a la realidad y sopesando qué debo

responder.

— Sí, Eva... Estoy bien — concluyo, sin molestarme en mirarla — . Cierra la puerta y desvía mis llamadas, tengo que organizar el papeleo y la agenda antes de marcharme. Estaré ocupada las próximas horas.

Ella guarda silencio y aunque no la veo, puedo sentir su duda. Aún está presente y no se ha marchado, lo que me indica su desconcierto.

— Mi padre ha fallecido, Eva. Tengo que marcharme hoy mismo a Kansas.

Cualquier persona hubiera utilizado el verbo “regresar” al expresar un viaje a su lugar de nacimiento, pero yo no. Yo no regreso a Kansas porque sé muy bien que mi verdadero hogar está exactamente en este lugar, lejos de los campos, de los animales, del barro, de las botas, de los caballos, de los rodeos. Lejos de todo con lo que me crié y con lo que Connor convivió hasta el día de su muerte.

— ¡Oh Dios mío, Gina! ¡Lo siento mucho! — exclama, aún más aturdida — . No te preocupes por la agenda, yo podría solucionarlo.

Por primera vez desde que ha llegado, alzo la cabeza hacia ella. Parece realmente conmovida con mi pérdida y no puedo evitar sorprenderme con la empatía que derrocha esa mujer.

— No me importa, de verdad... Hoy las oficinas están tranquilas así que tendría tiempo de sobra para volver a organizar tu agenda...

Me lo pienso unos segundos y asiento.

Cuanto antes me marche antes volveré. ¿Para qué alargar innecesariamente mi partida?

— Gracias, Eva — musito con la voz entrecortada, sopesando si podría llegar a tiempo para subir a bordo del próximo vuelo hacia Kansas — . Si Francis se comunica conmigo avísale de que pasaré los próximos días fuera.

Ella sacude la cabeza en señal afirmativa y se marcha de mi despacho.

Por primera vez desde que he recibido la llamada soy consciente de que volver al rancho implica reencontrarme de nuevo con Kenny Russel. Un dolor punzante recorre mi pecho con tan solo recrear ese posible encuentro en mi imaginación. ¿Estoy preparada para volver a verle después de tanto tiempo? ¿Seré capaz de soportarlo y sobrellevar la situación?

Reservo un vuelo para el mediodía y me apresuro a mi apartamento para empaquetar mis pertenencias. No tengo pensado quedarme mucho en el rancho, dos días, máximo tres, así que con la maleta de mano podré apañármelas. Solucionaré cuanto antes el tema de la herencia y del rancho y regresaré a Manhattan, dejando ese lugar atrás de una vez por todas... para siempre. Ya no quedará nada que me ate a él.

«Kenny...»

Sacudo su nombre de mis pensamientos como si me hubiera electrocutado. ¿Por qué demonios ha vuelto a mi memoria? Él no me ata a ningún sitio. Nunca lo hizo... En realidad, él sólo es el exnovio capullo que me rompió el corazón cuando no era más que una niña tonta y enamoradiza. Pero ya no soy esa niña tonta y Kenny hace mucho que no significa nada, absolutamente nada, para mí.

3

Cierro los ojos, apoyándome contra la ventanilla del avión para intentar conciliar el sueño. El vuelo durará unas tres horas y por alguna razón que no soy capaz de comprender, estoy hecha polvo. Me siento agotada y abatida, y me pregunto si quizás el cansancio psíquico me estará pasando más factura que el físico.

El hombre que está a mi lado me observa por el rabillo del ojo y yo finjo no percatarme. Parece nervioso; no deja de mover la pierna de una forma compulsiva y frenética, así que doy por hecho que es una de esas personas que teme viajar en avión. Un miedo que, en mi opinión, es simplemente estúpido. Muy estúpido. ¿Acaso no existe un mayor índice de accidente en las carreteras? ¡Por Dios! Es prácticamente más probable que descarrile un tren...

Vuelvo la mirada hacia el cristal de la ventanilla y me decido a ignorarle. Lo mejor que puedo hacer ahora mismo — por mí y por mis ojeras — es cerrar los ojos y dejar de pensar. Puede que la ansiedad con la que me he despertado se despeje si consigo cerrar los párpados un rato y desconectar del mundo.

Pero cuando logro conciliar el sueño, aparece él.

«Kenny...»

Es una sensación extraña porque sé que esto que estoy viviendo no es real, pero aún así no puedo despertarme. Estoy en los campos de girasoles y puedo observarle de fondo, mirándome fijamente. Una incomprensible felicidad me oprime el pecho, como si esa mirada que parece traspasar mi piel fuera el mejor regalo que me han hecho jamás.

— ¡Gina, corre!

Su voz me apuñala, recordándome lo dulce y sedosa que es.

Kenny se da la vuelta y echa a correr entre las flores y los girasoles, atravesando el campo con facilidad. El atardecer anaranjado comienza a caer sobre nosotros

y soy consciente de que en pocas horas habrá anochecido y tendremos que regresar al rancho.

— ¡Gina! — me apremia, mirando hacia detrás.

No me lo pienso dos veces cuando echo a correr tras él.

El calor es tan insoportable que en pocos segundos comienzo a sentir una capa de sudor pegajoso formándose bajo mi vestido. Los pies también me sudan en el interior de las gruesas botas de piel, así que me cuesta seguirle el ritmo.

Estamos a pocos metros de distancia cuando Kenny se detiene y se gira para observarme. Su sonrisa blanquecina me deslumbra, conjuntada con esos ojos verdosos que brillan bajo el cielo teñido del atardecer.

— ¡Venga, mi pequeña caracol, un poco más rápido!

Es increíble lo guapo que está con esos vaqueros desgastados y ese sombrero de cowboy del que jamás se deshace. «Es útil...», dice cuando pregunto al respecto, «protege de este maldito sol». Pero en realidad sé que lo lleva puesto porque así se siente un vaquero de verdad. Un vaquero fuerte y rudo de Kansas City.

Sea como sea, está realmente sexy, así que no hago más comentarios no vaya a ser que decida quitárselo. Me quedo observando el contraste de su piel bronceada con la camisa blanca y desgastada que lleva arremangada por encima de sus hombros. A su lado, mi piel blanquecina y pálida debe de contrastar aún más.

Nos reunimos a mitad de camino, porque él también ha retrocedido a mi encuentro. No tengo tiempo a replicar porque sus labios se apresuran a caer sobre los míos. Siento cómo su lengua se abre paso con violencia, reclamándome mientras conquista mi boca. Su sabor dulzón invade mi cuerpo y la excitación que siento al posar mis manos sobre los músculos de su espalda se dispara.

«Oh, Kenny...»

— No te imaginas lo bien que hueles, princesa... — susurra en mi oreja, haciéndome cosquillas con la respiración de su nariz.

— No mejor que tú... — replico.

Kenny suelta una risita justo antes de enredar sus dedos en mi cabello. Echo la cabeza hacia atrás para volver a besarle y aspiro su aroma y el olor del campo. El olor de la hierba, de la libertad, del atardecer en llamas que un lugar como éste es capaz de proporcionar. Cierro los ojos para concentrarme en el momento,

sintiendo cómo sus manos traviesas se introducen bajo mi vestido y ascienden con lentitud, acariciando mi trasero y, después, mi espalda.

Cuando sus labios me liberan, abro los ojos.

Esa deslumbrante sonrisa de película vuelve a formar parte de su rostro y siento que mi corazón da un vuelco, descontrolado.

— Tenemos que darnos un poco de prisa... — me dice, suspirando — . Anochecerá pronto, en treinta minutos. Quizás cuarenta.

Yo asiento y, cuando él echa a caminar agarrándome de la mano, le sigo.

Sé que quiere ver nacer las estrellas y sé que eso significa que llegaré tarde a casa, pero no me importa. Supongo que mi padre será capaz de perdonar mi tardanza por una vez... Además, solo con decir que estaba con Kenny su enfado menguará considerablemente.

Subimos la ladera con paso acelerado hasta alcanzar el claro que hay llegando al alto. Kenny opina que éste es el mejor lugar para verlas nacer y yo no seré quien le discuta. Nos sentamos en el tronco caído, ése que cedió a la tormenta el invierno pasado y que ahora se ha convertido en nuestro pequeño rincón de la ladera, y nos volvemos a besar lentamente, suavemente... Delicadamente. Él siempre es tan atento y cariñoso que no puedo resistirme a ser yo la que arde en llamas y deseos.

— Cuando estés preparada... — dice, suspirando encima de mi rostro — , será aquí. Donde nacen las estrellas.

Yo ahogo un gemido mientras la excitación inunda mi cuerpo.

Estamos esperando el momento... apropiado, para que la primera vez que hagamos el amor sea inolvidable. Llevamos saliendo juntos casi un año y todavía no hemos tenido la oportunidad de hacerlo. No sólo será mi primera vez con él, si no que será mi primera vez «a secas», y aunque hace tiempo que me siento preparada él ha insistido en hacerlo especial.

Me gustaría decirle que no necesito nada diferente, porque solo con tenerle cerca y aspirar su olor mis hormonas ya se disparan, pero Kenny tiene más experiencia que yo en estos temas y me dejo influenciar.

— Podría ser ahora... — ronroneo en su cuello, besándole con sensualidad — . Podríamos hacerlo ahora.

Él suelta una risita cariñosa y se dispone a responder, pero yo no le dejo. Salto sobre sus rodillas y enrosco su cuello entre mis brazos antes de besarle y reclamarle de forma apasionada. Su cuerpo cede a mi peso y, sin quererlo, caemos hacia detrás de manera estrepitosa. La hierba abunda en este claro así que a pesar del golpe Kenny no se hace daño y me devuelve el beso entre carcajadas ahogadas por el deseo. Aprisiona mis pechos bajo sus manos, adivinando la zona en la que se encuentran mis pezones para masajearlos. Un millar de mariposas revolotean en mi estómago y siento cómo me humedezco, presa del momento y de la lujuria. Intensifico mis besos hasta que, avergonzada, me aparto levemente al comprobar que me estoy frotando contra él de manera salvaje y animal. Primitiva. Pero entonces puedo sentir su erección palpitante debajo del pantalón, dura, rozando mis piernas. Regreso al ataque. Le deseo. Le necesito. Le quiero. Quiero que me haga el amor aquí mismo, en mitad de la nada.

Sé que Kenny es para mí.

Puede ser una mentalidad algo retrograda, pero hay cosas que en el campo jamás cambian. Yo soy para él y él es para mí. Dentro de año y medio nos casaremos y Connor, mi padre, nos cederá parte de las tierras que tiene al norte del pueblo. Levantaremos otro rancho y puede que incluso pongamos una huerta, quién sabe.

— Quiero hacerlo ahora... — gimo ahogadamente en su boca, sin detener el beso.

No voy a darle la virginidad a cualquiera, sino a él.

Pero entonces se detiene y me observa fijamente con esos ojos verdosos. Prácticamente ha anochecido así que se han tornado un poco más oscuros, pero aún así, me encantan.

— No, hoy no...

Con delicadeza, me obliga a girar por la hierba hasta quedarse sobre mi cuerpo. Después se aparta, aún con la respiración entrecortada, y se tumba a mi lado. Siento algo parecido a la decepción mientras Kenny enrosca sus dedos entre los míos.

— Será especial, princesa... — susurra en voz muy baja — , te lo prometo.

Asiento y ambos clavamos la mirada en el cielo.

Nos quedamos así durante tanto tiempo que pierdo la noción de las horas. Observamos cómo se mueven las escasas nubes que salpican el firmamento y, después, cuando todo se tiñe de negro y la luna brilla en lo más alto, vemos nacer las estrellas. Poco a poco las luces comienzan a resplandecer como pequeños destellos, dotando al cielo de Kansas de un fenómeno tan mágico como único.

— Te amo, mi princesa... — musita Kenny, sin dejar de contemplar el espectáculo que tiene lugar sobre nuestras cabezas.

«Yo también te amo... y te amaré siempre».

4

El avión pega una fuerte sacudida obligándome a regresar a la realidad. Una lágrima silenciosa recorre mis mejillas y la angustia que sentía esta mañana no sólo no ha desaparecido, si no que se ha intensificado.

No quiero pensar en él... No después de haberme esforzado tanto por olvidarle y enterrar todos mis sentimientos.

¿Por qué demonios tienen que resurgir ahora los recuerdos? Es evidente que este viaje no me traerá nada en positivo, así que nada más pisar el aeropuerto estoy tentada de darme media vuelta y regresar a mi hogar. A mi verdadero y único hogar; ése en el que soy yo misma y no el reflejo de un hombre torturado. Pero no lo hago.

Debo ser lógica y sé que cuanto antes termine con esto, antes podré regresar y deshacerme de todos los lazos que aún me unen al rancho de mi padre.

Cuando enciendo mi teléfono me encuentro con un millar de mensajes que reclaman mi atención, pero decido ignorarlos hasta que esté en el rancho, relajada, y pueda prestar a cada uno la atención que se merecen.

Recojo el coche que había alquilado previamente y me incorporo a la carretera mientras sopeso si debería de quedarme en algún hotel cercano. La casa de mi padre me trae demasiados recuerdos y viendo mi delicado estado anímico, dudo que sea capaz de sobrellevarlos con corrección. Pero una vez más, la lógica me aplasta. El hotel más cercano estará a una hora de distancia y no merece la pena perder el tiempo; debo de mantener la cabeza fría y solucionar la situación con rapidez.

Para cuando llego al pueblo ya ha anochecido. Los ranchos están separados entre sí por miles de hectáreas de campos y el paisaje monótono hace que poco a poco vaya adormeciéndome, así que pongo la radio a un volumen alto y bajo las

ventanillas para dejar correr el aire y despejarme.

Los últimos kilómetros los realizo de manera automática y distraída, pensando en las cuentas y reuniones que tengo pendientes con los clientes de la empresa. Estoy tan absorta en mis propios pensamientos que no soy consciente de la falta de velocidad que va adquiriendo mi vehículo hasta que, prácticamente, viajo a treinta kilómetros por hora. Piso el acelerador a fondo y el motor ruge, protestando.

— ¡Oh, no, no! — exclamo, golpeando el pedal con fuerza — . ¡No te pares, no te pares!

Pero el vehículo termina de pararse por completo justo antes de petardear de manera estrepitosa.

— ¡Joder, joder!

Me bajo de él refunfuñando para mí misma y abro el capó, dejando que la condensación de humo negro que contenía se libere y se mezcle con el aire limpio y fresco del campo.

Y justamente en ese preciso instante, cuando decido que sin ayuda no lograré hacer funcionar el aparato, soy consciente de dónde me encuentro. Estoy frente al rancho Russel, propiedad de la familia de Kenny Russel desde varias generaciones atrás.

¡De todos los malditos lugares de este odioso planeta tenía que dejarme tirada el coche aquí! Parece una macabra broma del destino...

Me agacho de cuclillas y entierro la cabeza entre mis piernas, intentando controlar mi respiración. Podría subir andando hasta el rancho de mi padre, pero eso significaría dejar tirado el coche de alquiler en mitad de la nada, taponando la calzada. También podría pedirles ayuda a los Russel... Puede que, con un poco de suerte, Kenny ya no viva allí. Puede incluso que se haya casado y haya cumplido todos sus estúpidos y absurdos sueños de formar una familia y vivir en el campo.

Una punzada de celos sacude mi organismo, provocándome un dolor bastante similar a una patada en la boca del estómago. Tengo que esforzarme por borrar esos pensamientos de mi cabeza y concentrarme en buscar una solución.

— ¡Eh, oye! — exclama una voz en mi espalda — . ¿Necesitas ayuda?

Me giro hacia su procedencia y me topo de bruces con Jhon, el hermano más pequeño de Kenny.

«Oh, no... ¡lo que me faltaba!»

Lo último que deseo ahora mismo es tener que ver al cabrón que me rompió el corazón. El único hombre que me ha hecho añicos y que me ha destrozado en mil pedazos, dejándome heridas tan profundas que jamás he sido capaz de recuperarme totalmente de ellas.

— El coche..., se me ha parado y..., bueno, yo..., no sé... — tartamudeo, confusa.

Jhon abre los ojos como platos, sorprendido.

Es evidente que me ha reconocido porque su rostro expresa una auténtica sorpresa.

— ¿Gina? ¿Eres tú?

Me quedo mirándole con una sonrisa falsa que, desde luego, no llega a mi mirada.

Jhon está..., más o menos como siempre. Arrastra un potrillo con unas riendas calzada arriba y, a pesar de la falta de luz, puedo ver que sus facciones no han cambiado lo más mínimo.

Es evidente que el muchacho ha crecido y que ya no es un niño, si no un hombre. Calculo que tendrá unos veinte años, aunque sigue siendo bastante menudo de constitución. Lleva la camisa metida por dentro de los vaqueros, que están atados fuertemente a su cintura con un cordón. Supongo que los habrá heredado de Kenny, ya que le quedan enormes y lo dotan de un aspecto raquítico que no le favorece lo más mínimo.

— Sí, soy yo...

El potrillo se detiene junto a Jhon, a unos metros de distancia de mí.

El olor a cuerdas alcanza mis fosas nasales haciéndome regresar a mi infancia con rapidez.

— ¡No jodas! — exclama con su acento de Kansas — . ¡No esperábamos verte por aquí!

Trago saliva, intentando mantener la compostura.

«¿Quién no esperaba verme por aquí? ¿Kenny o tú?»

— Connor ha fallecido y... bueno, tengo asuntos que...

— Ya nos hemos enterado — me corta, atando las riendas del potrillo en la valla que rodea el rancho de su familia para después acercarse a mi coche — . Kenny se ha pasado la mañana en el rancho, solucionando el asunto de los caballos. Creo que ha conseguido bajarlos todos a nuestras cuadras, aunque le he escuchado decir que mañana tenía que volver...

— ¿Kenny a...?

— Ha estado ayudando a tu padre estos últimos años... — continúa, metiendo la cabeza bajo el capó — . Ya le conoces, no se rinde nunca...

— Sí, ya — murmuro, sin saber muy bien a quién se refiere. ¿A Kenny o a mi padre?

Nos quedamos en silencio unos segundos hasta que Jhon sale de debajo del capó y se limpia la grasa del motor en sus roídos pantalones vaqueros.

— Creo que es una bujía, podría arreglártelo para la semana que viene si...

— No será necesario — corto apresurada — . No me quedará más que unos días.

Y es la verdad.

Necesito volver a la ciudad cuanto antes.

No llevo más que unas horas aquí y ya echo de menos el tráfico, el aire contaminado, la luminosidad de los rascacielos, la vida en cada esquina.

— ¡Vaya! — exclama Jhon, mirándome fijamente y recorriéndome de hito a hito — . Te veo bien, Gina...

— Seguro. Yo también te veo bien... Has crecido... mucho.

Me siento incómoda con la conversación, así que intento buscar una vía de escape.

— ¿Podrías ayudarme a retirar el coche de la calzada? Quizás mañana consiga llamar a una grúa para que venga a buscarlo.

— ¡Oh, sí, claro! — se apresura el muchacho — . Sube al asiento del piloto y yo empujaré. Tu solo guía el volante y no pises el freno hasta que yo te diga, ¿vale?

Cuando lo retiramos del medio y deja de estorbar, Jhon se ofrece a llevarme a casa. Me dice que Kenny se ha comprado una nueva pickup y que está deseando tener una excusa para probarla, por lo que deduzco que mi antiguo amor aún vive en el rancho de los Russel.

«Kenny..., ¡uf!», suspiro, intentando desprenderme de la sensación que me causa escuchar su nombre.

— ¿Estás segura? Ya sabes que hay una larga caminata y... — añade, señalando la dirección que debo tomar — , no hay farolas. Esto está muy oscuro.

Me apresuro a recoger mi bolso del asiento del copiloto y a cerrar la puerta con estruendo.

— No te preocupes, Jhon... Llegaré sana y salva — aseguro, convencida.

El hermano pequeño de Kenny se queda mirando fijamente mis zapatos de tacón de aguja con el ceño fruncido, pero yo echo a caminar hacia arriba antes de que pueda comentar nada al respecto.

— ¡Saluda a tus padres! — le grito, alzando la mano en señal de despedida.

— ¡Claro, de tu parte!

5

Y Jhon tenía razón.

El camino está totalmente sumido en la penumbra, sin siquiera una pequeña lucecita que me guíe. Aunque la calzada está pavimentada, la gravilla del campo la ha salpicado por completo y no puedo evitar tropezarme de vez en cuando. Me duelen los pies.

«Al menos, no llueve...», pienso, intentando imaginar que mi situación podría empeorar notablemente.

Escucho el canto de los grillos de fondo, escondidos bajo los hierbajos de los campos que me rodean, y el ulular de un búho no muy lejano. No soy consciente, hasta después de haber caminado unos quince minutos más, de que he dejado la bolsa de viaje en el maletero del coche de alquiler.

Es un enorme inconveniente teniendo en cuenta que no podré asearme hasta que la recupere, pero no pienso regresar y desandar el camino que ya he logrado dejar atrás.

Cuando las punzadas que siento en la planta de mis pies se vuelven insoportables, decido quitarme los zapatos. Hace frío y no voy lo suficiente abrigada, pero tampoco me importa. Solo quiero llegar cuanto antes y dejarme caer en el sofá, así que camino con paso acelerado, clavándome en los pies todas las piedritas que me voy encontrando en la carretera.

Veo las luces del vehículo antes siquiera de escuchar el sonido de su motor, rugiendo a mis espaldas. Me giro deslumbrada, haciéndome a un lado de la carretera para cederle el paso.

Pero... ¿Por qué no pedir ayuda? Este sitio es demasiado pequeño y todos los vecinos se conocen entre sí. Seguramente conocerían a mi padre — y quizás también a la Gina que fui en mi infancia — y si hay algo positivo que sacar en

todo eso, es en la ayuda desinteresada que se suelen prestar entre sí. Intento recordar el nombre del rancho que separaba las hectáreas de mi hogar de la infancia de las de los Russel; ¿serían los Price? Han pasado demasiados años desde que me marché y mi memoria está confusa, pero estoy casi convencida de que sí, eran los Price. Tenían dos niñas pequeñas, la mayor de la misma edad que la hermana mediana de Kenny, Paige.

Pero no es necesario que alce la mano para detener su trayectoria porque, sea quien sea, disminuye su velocidad hasta quedarse detenido a mi lado.

Mi corazón se detiene en el acto cuando observo la pickup roja y raída, y mi imaginación no necesita volar demasiado para imaginar quién es el conductor.

«Kenny no, por favor... ¡Que sea Jhon!»

El motor se detiene, aunque deja las luces encendidas.

Y ahí está, como si el tiempo no hubiera pasado jamás, vestido con su camisa de cuadros y su sombrero de cowboy huraño. Porque eso es lo que parece: un cowboy huraño y un paleta de campo. Pero después me fijo mejor en él y verifico que sigue siendo el mismo Kenny de siempre, con su sonrisa de lado, sus ojos verdosos chispeantes, sus brazos fornidos y musculados y su actitud de seguridad. Siempre tan decidido y confiado en sí mismo.

— Jhon me ha dicho que tenías problemas — dice después de bajar la ventanilla del copiloto.

«¡Oh, Dios...!»

No sé muy bien si seré capaz de sobrellevar esto.

Estoy demasiado confusa para responderle, pero finjo una sonrisa conciliadora y espero paciente hasta que el me la devuelve y añade algo más.

— ¿Quieres que te acerque a algún sitio?

No necesito hacer demasiada memoria para rememorar cómo terminó nuestra relación. Lo recuerdo como si hubiera sido ayer, lo que hace que esta escena sea todavía más incómoda de lo que debería ser.

— Por favor... — musito entrecortada, subiéndome con las piernas temblorosas en la vieja furgoneta.

El olor de Kenny ataca mis fosas nasales nada más sentarme dentro. Estoy

demasiado próxima a él y mi cuerpo reacciona instintivamente, como si aún recordase lo que significaba él para mí.

Pero ya no soy la misma chica que era entonces. Ahora soy fuerte, ahora estoy decidida y... ahora no le necesito. No le he necesitado ni una sola vez durante todos estos años.

— ¿Vas al rancho de Connor? — me pregunta, apretando las manos alrededor del volante.

Le miro por el rabillo del ojo; tiene la mandíbula tensa y los músculos rígidos. Me pregunto por qué narices habrá venido a buscarme...

— ¿Gina? — repite, al ver que no le respondo.

Necesito dos segundos más para rememorar su pregunta y asentir, en silencio.

Los siguientes minutos son embarazosos.

Ni yo hablo con él, ni él habla conmigo. Lo único que rompe el silencio es la respiración ronca y concentrada de Kenny; ésa que ya conozco muy bien y que siempre utilizaba para intentar relajarse.

Bien, está bien. Supongo que me gusta saber que aún soy capaz de ponerle nervioso... O al menos que lo está pasando tan mal como yo.

Detiene el vehículo frente a la verja que rodea el antiguo rancho de mi padre. Las luces de cruce lo alumbran levemente y puedo apreciar que todo continúa tal y como lo recuerdo en mi cabeza. A pesar de los años, la fachada de color beige sigue estando igual de cuidada y el porche parece encontrarse en muy buena manera. Quizás, incluso, mejor que la última vez que lo vi.

— Esto... gracias.

No sé me ocurre otra cosa mejor que decir.

Kenny se gira y sonrío, con esos dientes tan perfectos y blanquecinos.

En ese instante, me digo a mí misma que la sonrisa fue la razón por la que terminé perdiendo locamente la cabeza por él, seguro. Por estos lares de Kansas los ganaderos y granjeros no suelen invertir demasiado dinero en cuidar su higiene bucal y la mayoría terminan, con los años, luciendo unos dientes podridos — siempre que conserven sus dientes, claro — .

— ¿Te quedarás mucho tiempo?

Puedo sentir su tono de voz pausado y lento, midiendo cada palabra que

abandona su boca. Vuelvo a quedarme hipnotizada unos segundos, contemplándole fijamente, hasta que reacciono.

— No demasiado.

De pronto borra la sonrisa y me escruta con el semblante más serio.

— Ya sé que no es de mi incumbencia, pero... ¿qué harás con el rancho de Connor?

Lo sopeso unos instantes, valorando si darle una explicación o no. Al fin y al cabo, el mero hecho de estar dirigiéndole la palabra ya es algo que no tenía previsto y con lo que no contaba. Creía que nada más verle toda la rabia y el odio que había contenido contra él explotarían en un torbellino destructor de emociones.

«No, no es de tu incumbencia...»

— Bueno, si no quieres decírmelo... — añade, presionándome.

— Lo venderé — confieso, con la mano apoyada sobre la manilla de la puerta, preparada para marcharme.

Kenny sonrío irónicamente y suelta una pequeña risita, acompañada de un resoplido.

— ¿Qué...? — pregunto, sintiendo cómo ese odio que había estado conteniendo hasta ahora amenaza peligrosamente con escapar.

«No me juzgues, Kenny, no te atrevas...»

— Nada, supongo que era lo que me esperaba — dice, sin borrar esa odiosa sonrisa de su rostro y con la mirada clavada al frente — . Siempre fuiste demasiado egoísta, así que... ¿Por qué ibas a dejar de pensar en ti ahora?

— ¿Perdona? — escupo, rabiosa — . ¿Egoísta? ¿Por qué se supone que soy egoísta, Kenny? Cuéntame... ¿Por vender el rancho y seguir con mi vida? ¿Por escapar del campo en busca de un futuro? ¿Por qué, Kenny?

He soltado la manilla de la puerta y me he girado hacia él con actitud amenazante. No voy a permitirselo; no de nuevo.

¿Quién demonios se cree que es para darme lecciones? Él... Que fue capaz de destrozarme en pedazos, de abandonarme, de humillarme. Él...

— Sabes perfectamente por qué eres una egoísta, Gina, así que no me obligues a decirlo en voz alta — murmura, sin borrar su sonrisa.

«¡Oh, Dios!»

Tengo ganas de lanzarme sobre él y apalearle, pero no perderé mi tiempo en ello porque no se merece, ni siquiera, que me estropee las manos en atizarle un puñetazo.

— No te metas en mis asuntos, Kenny Russel — concluyo, bajándome de la pickup con la mayor dignidad posible.

Echo a caminar hacia la verja sin volver la vista hacia detrás, apretando los puños con furia para descargar la ira que me posee por instantes.

— ¿Quieres saber por qué eres una egoísta, Gina? ¿Quieres saberlo? — grita él, asomando la cabeza por la ventanilla. No puedo verle, pero la sangre hierve en mis venas con tan solo imaginarle y tengo que concentrarme para continuar andando hacia el porche — . ¡Porque te largaste de aquí y dejaste a tu padre muriéndose en la miseria! ¡Porque no has sido capaz de venir a verle ni una sola vez en todos estos años! ¡Porque dejaste un corazón roto y no fuiste capaz de derramar ni una sola lágrima por él, Gina! ¡Siempre fuiste una puñetera egoísta!

Repito en mi cabeza la última frase, ésa que ha dicho sobre un hombre con el corazón roto, y me pregunto si lo dirá por él o por mi padre.

«Kenny no tiene corazón...», me recuerdo, justo cuando comienzo a subir las escaleras de madera.

Me quedo plantada frente a la puerta hasta que escucho el sonido del motor de la furgoneta alejándose calle abajo y, cuando estoy segura de que ya no me ve, me derrumbo en el suelo y estallo en un llanto desgarrador. Sé que ha dicho todo eso sobre mi padre para dañarme y que no debería de caer en su juego, pero no puedo evitarlo. El día ha sido demoledor, me siento exhausta y... además, tiene razón en todo lo que me ha dicho. ¿Cómo negarlo?

Grito y lloro, calmándome a mí misma con el propio alarido de dolor que abandona mis entrañas. Me lo merezco...

«Te lo mereces, Gina Steven...»

6

Me siento demasiado exaltada e inquieta como para intentar conciliar el sueño, así que nada más entrar al interior — gracias a la llave que Connor mantenía oculta en la maceta de la entrada — , me dirijo a la cocina en busca de una botella de vino y una copa. Sin éxito.

Tan solo quedan cuatro latas de cerveza y, para ser sincera, creo que necesito algo un poquito más fuerte que eso.

Convencida de que mi padre debía de tener alguna botella de licor guardada por el rancho, me embarco en una búsqueda mientras poco a poco voy repasando cada rincón del hogar en el que pasé la mayor parte de mi infancia. Todo está exactamente igual, lo que hace que la nostalgia sea aún más dolorosa.

¡Ni siquiera tiró la colcha que cubría mi cama el día que me marché a la universidad!

Repaso las fotografías que decoran las paredes con la yema de mi dedo, impregnándola de polvo. En algunas de ellas puedo verme a mí de pequeña, junto a papá. Sonrío al observar la instantánea que capturó en mi primer rodeo de barriles y no puedo evitar una carcajada al comprobar la mueca de espanto que delata lo poco que me agradaban los rodeos y las actividades propias de un rancho.

— Este nunca ha sido tu sitio, Gina... nunca lo fue — me digo en voz alta, sin apartar la vista de una fotografía de mi padre.

En ella se le ve domando a un potrillo salvaje, junto al padre de Kenny Russel. Nuestras familias siempre habían estado unidas, lo recuerdo bien — cosa que hace aún más doloroso el final que tuvimos Kenny y yo — .

Tras recorrer las habitaciones, decido tumbarme en el sofá del salón y taparme con una de las viejas mantas de lana que he encontrado en el armario de la entrada. No puedo dejar de sentirme como una intrusa, a pesar de haberme criado aquí y de que ahora esta propiedad me pertenezca.

«El rancho es mío, y haré con él lo que me plazca...»

Ese último pensamiento me recuerda lo que ha dicho antes Jhon; eso de que Kenny se ha llevado los caballos a sus establos. Tengo que recuperarlos, porque también me pertenecen, y venderlos a un buen postor.

Diviso una fotografía de mi padre sobre el mueble de la chimenea y me quedo mirándola fijamente, intentando adivinar qué opinaría él de mis próximos planes de futuro. Supongo que no estaría de acuerdo, pero al fin y al cabo, jamás lo estuvo conmigo.

— Buenas noches, papá... — susurro, dejando que mis párpados cedan al cansancio.

Los gritos traspasan las paredes de mi habitación, pero eso no es lo peor de todo. Es la voz rota de papá, suplicante y desesperada.

Me tapo las orejas con la almohada de mi cama y comienzo a tararear una melodía para amortiguar el sonido, pero no hay manera.

— ¡No serás capaz! — exclama papá, con ese tono de voz que tanta angustia me causa.

La voz de mi madre, en cambio, es firme y decidida.

— Sí, Connor, lo siento pero sí... Esto no puede seguir así, yo no puedo seguir así.

— ¡Joder, Jessica! ¡No puedes hacerlo!

— ¡Suelta la maleta, Connor! ¡He dicho que me marchó!

Aparto de golpe la almohada y dejo de canturrear de inmediato. Se marcha; mamá se va a marchar. ¿A dónde? ¿Cuánto tiempo? ¿Por qué?

Salto de mi cama y me apresuro hasta la puerta, agudizando más mis sentidos para no perderme ni un solo detalle de la discusión. Por alguna razón, sospecho

que ésta no será una pelea cualquiera...

— ¡No puedes marcharte así, sin más!

— ¡Oh, sí, Connor! — grita mi madre con satisfacción — . Sí que puedo y lo voy a hacer...

«Se marcha, se marcha...»

— Esto ya no tiene sentido — añade, ahora más calmada — . Yo no quiero quedarme en este maldito rancho y jamás lo quise, sólo vine por ti, Connor... Y ya ni siquiera te quiero a ti.

Tiro del picaporte para abrir la puerta y lanzo una mirada al exterior. He debido de hacer ruido, porque nada más dirigir mi vista al salón mis ojos chocan con los de mi padre, que están empañados y enrojecidos.

— ¿Y Gina? — pregunta él, señalándome con el dedo — . ¿También vas abandonarla? ¿Vas a dejar de lado a tu familia?

— Volveré a por ella cuando la situación esté mejor y haya encontrado un lugar en el que vivir — asegura mi madre, recuperando la maleta que hasta entonces mi padre había estado reteniendo entre sus manos — . Asúmelo, Connor. Me marcho.

— No lo hagas, por favor... — suplica con el corazón en un puño.

No termino de comprender muy bien qué es lo que sucede, pero sé que las cosas están mal, muy mal. Cuando mi madre rodea a mi padre para acercarse hacia mí, comienzo a llorar. No quiero que se marche. No quiero que abandone a mi padre. No quiero que me abandone a mí.

— No llores, niña — me dice, agachándose para quedar a mi altura — . En esta vida no sirve de nada llorar...

Asiento con las lágrimas aún resbalando por mis mejillas.

Ella me da un pequeño beso en la frente y, sin siquiera decirme adiós, abandona el rancho.

Me despierto con el último recuerdo que tengo de mi madre aún flotando en mi mente, recordando cómo las siguientes semanas mi padre no dejó ni un solo

segundo de llorar. Ella le destrozó el corazón y... más tarde se lo destrocé yo.

Después de resultar la ganadora de la beca Loyce estaba demasiado emocionada y entusiasmada pensando en cómo sería mi vida en la mejor universidad de Manhattan, Columbia, como para preocuparme por mi padre. En esos instantes de mi juventud tan solo podía imaginar cómo de feliz sería en mi nueva vida en la ciudad, junto a Kenny. Me veía vestida con un traje, sentada en un bonito despacho, y esa proyección me entusiasmaba. Me encantaba. Sería una empresaria de éxito y podría quitarme las botas del campo y dejar de oler a avena todo el día. Sería «algo más» que una simple ganadora de rancho.

Puede que mi madre, al marcharse, crease esas aspiraciones y sueños en mi subconsciente, o puede que simplemente la bombilla se encendiera en mi mente justo cuando el director de mi instituto me nombró como ganadora de la beca, abriendo una nueva puerta frente a mí. Una a la que hasta entonces jamás había tenido acceso.

Pero las cosas no fueron exactamente como yo imaginaba; Kenny tuvo que escoger entre el campo o la ciudad, o mejor dicho, entre quedarse en su rancho o acompañarme a mí. Escogió el rancho, claro.

Supongo que esa fue la principal razón por la que Kansas terminó tachado sobre el mapa de mi vida y mis destinos; regresar al campo era demasiado doloroso para mí. Él... Kenny... me lo había robado todo. La inocencia, la juventud y la esperanza. Me había hecho soñar con esas absurdas historias de amores verdaderos y príncipes y princesas. A fin de cuentas, todo había sido un engaño y yo me había dejado manipular como una niña tonta y estúpida. Muy estúpida.

Connor pagó mis errores de la juventud.

Al principio me excusaba a mí misma diciéndome que “había la misma distancia del rancho a Manhattan que de Manhattan al rancho” y que si él no venía a verme era porque no quería. Ahora, aquí sentada frente a su fotografía, supongo que lo veo un poco diferente. Me duele no saber si murió guardándome rencor...

Me levanto del sofá para inspeccionar la cocina en busca de café cuando me parece escuchar el relinchar de un caballo.

— No es posible... — murmuro contrariada, recordando las palabras que Jhon me había dicho el día anterior.

¿No se había llevado el capullo integral de Kenny los caballos de mi padre?

Otro pequeño relinchar me confirma que sí, debe de quedar alguno en las

cuadras. Y parece estar reclamando su desayuno...

Aunque no he comprobado la hora, supongo que serán las siete u ocho de la mañana — demasiado tarde para mí y para el caballo — . Hace muchos años que no amezco en un rancho, pero la típica frase de mi padre de “el día no espera” resuena en mi mente como si me la hubiera dicho ayer mismo. Doy por hecho que ese animal jamás ha desayunado más tarde de las seis de la mañana...

Una fría mañana de Kansas me da la bienvenida cuando salgo al porche, abrigada con la manta de lana bajo la que he dormido esta noche. La aprieto más contra mi cuerpo mientras inspecciono el paisaje que me rodea y diviso las hectáreas de rancho que ahora me pertenecen a mí. Todo lo que veo es mío, y esa afirmación me parece tan increíble que me cuesta asimilarla con totalidad.

Desciendo las escaleras y me dirijo hacia los establos con esa opresión en mi pecho; nostalgia, angustia, ansiedad y... de nuevo esas ganas terribles de escapar y huir de este lugar.

Abro las puertas atrancadas con esfuerzo. Las bisagras chirrían por el desgaste de los años y el olor a paja y cebada inunda el ambiente.

Me alegra haber dejado los zapatitos de aguja en el rancho y haberme colocado estas viejas botas de campo, porque con tan solo caminar dos pasos ya estarían destrozados y pringosos. El caballo vuelve a relinchar con furia, impaciente.

— Ya voy, ya voy...

Camino hasta el fondo y, en el último de los establos, me encuentro con un precioso potrillo de pelaje completamente blanco y mirada color miel.

— ¿Tienes hambre, chico?

El animal recula hacia detrás, seguramente al considerarme una intrusa.

Tanteo la mirada por cada esquina hasta dar con el saco de pienso y relleno su comedero. Me alejo unos pasos para que el potrillo no se asuste y recupere su círculo de confianza.

Junto a la puerta de su establo mi padre grabó un nombre en plata; Twist.

— ¿Te llamas Twist, chico? — pregunto, sonriendo a unos metros de él.

Me quedo ensimismada contemplando su belleza tan singular y recuerdo, haciendo un gran esfuerzo, que los caballos albinos no son precisamente comunes. Es el raro y el olvidado. Me pregunto por qué Kenny lo habrá dejado

aquí y se habrá llevado al resto a su rancho...

Compruebo que el campo esté totalmente vallado y, cuando termina de desayunar, abro la puerta de su cuadra para que salga al exterior. Bajo los rayos de sol la belleza del animal resplandece con más fuerza. Es, prácticamente, hipnótico. Pienso que le falta el cuerno para convertirse en un animal mágico y mitológico.

Me dirijo al porche y me siento en el banco de madera que mi padre debió de colgar en las vigas del techo después de que yo me marchara, porque nunca antes lo había visto aquí. Me balanceo lentamente, arropada con la manta de lana mientras observo al potrillo recorrer el campo cerrado en pequeños círculos. El sol golpea mi rostro, bañándome de calidez.

Cierro los ojos, perdiéndome en la paz y en la tranquilidad del lugar que me rodea hasta que el sonido del motor de un coche aproximándose al lugar capta mi atención.

— ¡No me lo puedo creer! — exclamo en voz alta, incapaz de procesar lo que estoy viendo.

Se trata de la puñetera pickup de Kenny Russel.
¿Pero qué demonios puede querer ahora?

No me lo pienso dos veces y corro al interior del rancho en busca del rifle que mi padre siempre guardaba en el armario de las armas. No sé si está cargado o no, pero creo que supondrá un importante incentivo para que Kenny deje de pisar de una maldita vez mi propiedad. Mío. El rancho es mío. ¿Qué tengo que hacer para que le entre en la cabeza de una vez? ¿Querrá convencerme para que no lo venda? ¿Qué más le da a él lo que haga con mis pertenencias?

Vuelvo a salir al porche con el arma colocada en alto, de manera amenazante. La Pickup se detiene a pocos metros de mí y detiene su motor, mientras yo me pregunto qué tipo de polen habrá esnifado en el campo ese pedazo de imbécil como para no ser capaz de pillar la indirecta.

— ¡Sal de mi propiedad ahora mismo, Kenny! — amenazo con el tono de voz lo suficientemente elevado como para que pueda escucharme a través de las ventanillas bajadas.

Me imagino la patética imagen que debo de dar; una paleta de campo con un rifle en las manos. De pronto, me he transformado en esa chica cowgirl con las

botas llenas de heces de caballo, cuidando de un rancho que ni siquiera desea poseer.

— Al parecer el amor que os procesáis es mutuo, Gina... — grita ella, con una enorme sonrisa en el rostro.

Instantáneamente, dejo caer el rifle junto a mi cuerpo.

— ¡Paige! — exclamo, dejando el arma en el suelo y caminando a su encuentro
— . ¿Pero qué haces aquí?

Ella suelta una enorme carcajada que me recuerda la felicidad innata que poseía esa chica. La hermana de Kenny siempre era un soplo de aire fresco allí por donde pasaba, y eso hacía que todo Kansas City la adorase nada más verla.

— Creo que te lo puedes imaginar — se ríe, alcanzándome y estrechándome entre sus brazos.

Una vez más, tengo esa extraña sensación de que aquí, en el campo, el tiempo no ha pasado para nadie — excepto para mi padre y los que, al igual que él, se han ido — .

Paige está diferente y, a su vez, exactamente igual. Ahora lleva el cabello muy, muy corto, con las puntas acabando en pinchos. Parece que el sol se lo ha ido aclarando con los años dotándolo de unos reflejos cobrizos que antes, en su juventud, no tenía. Aunque está más mayor, sigue teniendo esa expresión desenfadada y tierna de siempre, con sus ojos azules pequeños y saltones. Va vestida con unos vaqueros desgastados y un niqui de color beige.

Pasamos al interior y nos sentamos en el sofá del salón.

No he sido capaz de encontrar té ni café, así que me avergüenza confesarle que no puedo ofrecerle nada para tomar; ni siquiera unas tristes galletas. Mi estómago ruge confirmando mis palabras y yo me ruborizo, avergonzada por el aspecto desaliñado y desastroso que debo de tener.

— No te imaginas la que se armó ayer en casa... — se ríe, echando la cabeza hacia atrás en un gesto que, por desgracia, me recuerda demasiado a Kenny.

Siempre se parecieron en muchos de sus gestos.

— Ya...

— Esta mañana mi madre ha amenazado con echar de casa a Kenny si el muy miserable no subía a disculparse contigo...

Evidentemente, Sydney jamás pondría de patitas en la calle al mayor de sus hijos.

— ¿Os ha contado que nos peleamos? — pregunto, acomodándome a su lado.

Ella niega.

— No ha hecho falta, nos lo hemos imaginado — explica Paige — . Ayer llegó como un loco, despotricando y hablando solo... Eso más lo que Jhon nos contó, ya te puedes imaginar...

Asiento, sonriente, satisfecha ahora que sé que Kenny también se llevó un mal rato.

— He pensado que te vendría bien la visita de una vieja amiga por aquí, Gina...
— murmura, mirándome con ternura.

«Es imposible no quererte, Paige»

Asiento y ella se apoya en el sofá para abrazarme.

La siguiente media hora la dedicamos a ponernos al día.

Me pregunta qué tal estoy y cómo llevo la muerte de Connor y yo le explico cómo me va en la ciudad. Tengo poco que contarle, prácticamente nada que le pueda interesar, así que me mantengo en silencio y permito que sea ella quien lleve la batuta en la conversación.

Me entero con pesar que su padre también murió. Por la manera en la que habla de él y me relata los hechos, supongo que debió de ocurrir hace bastante tiempo. No profundiza en ello así que yo tampoco insisto en el tema. Desde que el señor Russel se marchó, Kenny ha tomado las riendas del rancho y se ocupa de mantenerlo a flote y a llevar las facturas al día — que eso ya es más que suficiente — . Me habla de lo ruda que resulta la vida en el campo y de lo mal que llegan a final de mes y no puedo evitar pensar que, para algunos al menos, ese estilo de vida siempre ha sido una elección. Jhon también trabaja codo a codo con Kenny en el rancho, así que hace tiempo que dejó los estudios. La única que terminó el instituto fue ella, pero confiesa que sus estudios tampoco sirvieron para mucho.

— Me casé con Taylor Cook y, bueno, ahora me dedico a ser mamá...

— confiesa con ilusión.

Ayuda a Sydney con las tareas del hogar y también colabora con la limpieza de las cuadras. Taylor, su marido, trabaja en la granja que hay en las afueras, ayudando con los cultivos y las huertas.

— Es un trabajo honrado y Henry valora muy bien a sus empleados... Pero aún así no podemos permitirnos construir o comprar una casa, así que vivimos en el rancho con mi madre.

Su hijo, Nathan, ya tiene seis años de edad y ha comenzado el colegio.

Mientras me relata todo eso, no puedo dejar de pensar que si no hubiera ganado la beca y me hubiese marchado, ésa habría sido la vida que me habría correspondido llevar. Rancho, niños, limpiar, cocinar... Ningún futuro, ninguna aspiración, ni una sola ambición. Cero metas.

Me acostumbraría a terminar el mes cenando una rebanada de pan y a comer, prácticamente a diario, hortalizas o caldos. Un hueso en una cazuela podría suponer un manjar en un lugar como éste.

— He pensado que quizás necesitarías a alguien que te rescatase del rancho — bromea — . No creo que consigas llegar muy lejos sin el coche...

Y tiene razón.

El pueblo está a más de treinta minutos caminando, así que necesito un vehículo para desplazarme sí o sí. Cuanto antes lo reparen o me den otro de sustitución, mejor.

— Sí, creo que debería llamar a la grúa cuanto antes... — digo, estirándome para coger mi teléfono móvil.

Paige niega, sacudiendo la cabeza con rotundidad.

— Primero tendrás que encontrar cobertura, y ya sabes que por estos lares es una tarea complicada.

— ¡No!

Y por segunda vez consecutiva, Paige tiene razón; ¡no hay ni una sola raya de cobertura!

— ¡No, no, no! — repito, agitando el teléfono de forma absurda.

— No conseguirás nada, aunque Larry sigue teniendo una cabina en su local.

Me dan ganas de estrellar el maldito teléfono contra la pared y maldigo para mí misma a este horroroso lugar. ¿Cómo se supone que voy a poder trabajar y responder los mensajes si no hay ni una sola raya de cobertura en este odioso rancho?

La idea de marcharme a un hotel vuelve a brillar en mi mente. Quizás sí que sea lo mejor.

— Venga, vamos — me dice, tirando de mí —, te llevaré a donde Larry y después nos acercaremos a ver al juez Dixon. Me ha parecido escuchar que tenéis papeleo que solucionar y que firmar antes del entierro.

— ¿Entierro? — pregunto, asombrada.

Era algo en lo que aún no había caído.

— Mi madre se ha hecho cargo de casi todo, pero... bueno, ya sabes que no andamos precisamente bien de dinero.

— ¡Oh, sí, claro! — salto, cayendo en la cuenta —. No os dejaría pagarlo de ninguna manera, Paige...

Ella sonrío con ternura y me aprieta la mano de forma cariñosa.

— La misa será a las siete. Podría bajar y acompañarte, si te apetece, claro...

— Sería estupendo — confieso, recordando porqué esa chica había sido mi mejor amiga durante tantísimos años.

Me asombra comprobar que en el pueblo todo sigue exactamente igual que cuando me marché. Hubiera cabido esperar que Larry modernizara su teléfono o contratase wifi para el local, pero al parecer el siglo XXI aún no ha alcanzado a los campesinos de los ranchos.

Llamo a la grúa y también hablo con la empresa encargada de mi coche de alquiler. Se comprometen a traerme uno lo antes posible, aunque no me aseguran un plazo fijo; entre veinticuatro y setenta y dos horas en caso de disponibilidad. Supongo que hasta que se solucioné tendré que contar con la ayuda desinteresada de Paige.

Después de hacer la llamada y de poner esos asuntos en orden, me siento junto a mi antigua amiga en una de las mesas del fondo y nos dedicamos a ponernos al día al igual que lo hemos hecho en el rancho de mi padre. No hablamos de nada en concreto, pero me siento a gusto junto a ella. Paige siempre ha sabido tratar a las personas como corresponde, y ésa es una de las cualidades que más valoro de ella.

Pasamos en el bar de Larry el tiempo exacto que nos dura la cerveza; una media hora aproximada. Durante ese rato reconozco un par de caras familiares, aunque es evidente que mis antiguos vecinos no tienen ni idea de quién soy yo. Eso sí, no paso desapercibida, y supongo que algo tendrá que ver con mis zapatos de aguja y mi ropa de chica de ciudad.

«Eres y siempre serás una chica de ciudad», me digo a mí misma, sin poder evitar una pequeña risita con cierto orgullo.

Después nos dirigimos al despacho del juez Dixon. No es más que un cuartucho en el viejo edificio que corresponde al ayuntamiento; pero un lugar como éste, supone un nivel superior. Lo suficiente lujoso como para que los catetos del pueblo te traten como a un Dios.

— Voy a aprovechar para hacer unas compras, te veré en un rato — me dice Paige, despidiéndose en la puerta principal del edificio.

Yo asiento y me dirijo al interior.

Pisar este suelo es exactamente igual que introducirte en una cápsula de viajar en el tiempo. Contemplo las paredes de ladrillo mientras rememoro aquellos años de mi juventud en los que acompañaba a mi padre a este ayuntamiento.

— ¿Gina Steven?

Me giro al escuchar mi nombre.

— ¡Juez Dixon! — exclamo con un tono demasiado infantil.

¡Es increíble que no haya envejecido absolutamente nada!

Puede que mi memoria me esté jugando una mala pasada o que mis recuerdos se hayan ido oxidando.

— Cuánto tiempo, querida, cuánto tiempo... — resopla, sujetando mis manos entre las suyas — . Te has convertido en toda una mujer, ¿eh? — añade,

sonriendo con cariño — , tu padre estaría muy orgullo... Sí, señor, muy orgulloso...

— En cambio, usted no ha cambiado absolutamente nada — indico, aún fascinada — , sigue exactamente igual que cuando me marché.

Recordaba al juez Dixon como a un hombre mayor y sabio al que todo el mundo respetaba en el pueblo, pero ahora, pasados los años, sigue sin tener una sola cana en su poblado cabello.

— ¡Oh, no! ¡Ya me gustaría! — exclama entre risotadas, guiándome hacia su despacho.

— Deberá contarme cuál es su secreto... — río, coreándole.

Nada más entrar, montañas y montañas de papeles nos saludan.

Todo lo que nos rodea es un verdadero desastre y supongo que, quizás, en algunos aspectos sí que haya envejecido.

Las bromas cesan rápidamente cuando el juez Dixon saca el tema del funeral. Me explica cómo Sydney se las ha apañado para organizarlo todo sin ayuda de nadie y me digo a mí misma que tendré que pasar por casa de los Russel — aunque no me haga ninguna gracia — para darle las gracias a la mujer. La verdad es que siempre se ha portado realmente bien con Connor desde que mi madre nos abandonó.

Recuerdo con perfección esas primeras semanas de duelo que sufrió mi padre y cómo Sydney se ocupó de nosotros, de las comidas y de la casa. Fue nuestra salvadora, y al parecer ahora vuelve a serlo.

Firmo los cheques para hacerme cargo de los gastos del funeral, agradeciendo mentalmente que no sean excesivamente elevados. Después la conversación gira en torno a la herencia y del rancho.

— Hay un par de cabos sueltos que tengo que verificar, porque por alguna razón el archivo del ayuntamiento no cuenta con todos los papeles que debería — me explica con aire pensativo, hojeando el contenido de una carpeta — , pero no creo que nos lleve demasiado tiempo. Una semana como mucho.

— ¿Una semana? — repito, incrédula.

Eso es mucho más de lo que esperaba pasar aquí.

— Como mucho — me asegura, sin apartar su mirada del papeleo — . Mientras tanto tendrás que ocuparte de otros asuntos que no pueden esperar.

— ¿Qué tipo de asuntos?

El juez Dixon saca un tocho de papeles grapados y los pone sobre la desordenada mesa del despacho, justo encima de una mancha de café.

«Sí, debe de estar haciéndose mayor...»

— Las facturas pendientes de tu padre — explica, deslizándolo hacia mí — . A Connor le costaba mucho sacar adelante el rancho y si consiguió hacerlo... Bueno, fue gracias al mayor de los Russel, eso seguro..., pero ni con su ayuda consiguió liquidar todas las deudas que tenía pendientes.

Con los ojos desorbitados, voy deslizando mi dedo índice por las cuantiosas cantidades que muestran las facturas impagadas.

«¡Oh, Dios, mi padre estaba realmente endeudado!»

— Tendrás que hacerlas frente antes de poder vender la propiedad. Porque supongo que querrás vender el rancho, ¿verdad?

Yo sacudo la cabeza en señal afirmativa.

— Lo suponía, lo suponía... — murmura — . Entonces... veamos. Intentaré poner los papeles en orden lo antes posible y mientras tanto tú te harás cargo de esas facturas. ¿Te parece bien?

«¡Qué remedio!», pienso, aturdida.
Esto es algo con lo que no contaba.

— Pues eso es todo, Gina... Espero que tu estancia en el rancho te traiga unos recuerdos bonitos de tu infancia — se despide, estrechándome la mano con la misma ternura que lo había hecho al verme.

— Gracias, juez Dixon.

Me levanto con intención de abandonar el despacho pero nada más hacerlo, el viejo juez carraspea llamando mi atención.

— ¿Algo más? — inquiero.

Él frunce el ceño, dubitativo.

— No es un asunto de mi incumbencia — dice, pensativo — , pero el mayor de los Russel se ha ocupado de ese rancho durante muchísimos años. Bueno, yo creo..., y esto solo es mi opinión..., que deberías de hablar con él antes de venderlo.

— Sí, claro...

«¡Ni loca!»

— Pero ésa es sólo mi opinión, Gina... A fin de cuentas, dentro de muy pocos días se convertirá en tu rancho.

— Claro...

Sonrío levemente y me apresuro a abandonar el lugar con esa extraña presión que ayer comencé a sentir en el pecho en pleno crecimiento.

Todo, absolutamente todo lo que me rodea, me recuerda al estúpido de Kenny Russel.

— ¿Todo bien? — me pregunta Paige, con las bolsas del supermercado colgando de ambos brazos — . No tienes muy buena cara...

— En realidad, no — escupo, rabiosa — . Creo que mi estancia en el rancho tendrá que alargarse más de lo que pensaba.

7

Paige no sólo ha hecho la compra para ella, sino que también se ha preocupado de recargar mi nevera de provisiones.

— La mayoría de los días Connor comía en nuestro Rancho, Con Kenny y Sydney — me explica rápidamente cuando me entrega la bolsa de comida — , así que supongo que tendrás la nevera vacía...

Se lo agradezco en el alma y no puedo hacer menos que pagar su cuenta y la mía. Sé que los Russel no andan sobrados de dinero.

Después de recuperar mi equipaje, me lleva al rancho de mi padre y se despide fugazmente de mí. Su marido Taylor está a punto de llegar a casa y se extrañará si no está para recibirle. Una costumbre que, en mi juicio, es de lo más machista; pero no digo nada al respecto. Paige ha escogido el estilo de vida al que se quiere someter y yo no soy nadie para juzgarla.

Twist me da la bienvenida acercándose a mí cuando camino en dirección al porche. Vuelvo a quedarme ensimismada contemplando la belleza descomunal del animal y me acerco a la valla para darle un par de zanahorias. Las acepta encantado y no tardo en descubrir cuál es su golosina favorita.

— Así que zanahorias, ¿eh, chico? — susurro, acariciándole el hocico.

El animal me responde restregando su cabeza contra la manga de mi jersey y yo no puedo evitar una pequeña carcajada.

— No me puedo quedar, Twist... — le digo con voz dulce — , tengo cosas que hacer antes del funeral.

Después de propinarle un par de palmaditas cariñosas regreso al interior de la casa y vacío el contenido de las bolsas en la nevera.

A pesar del hambre voraz que siento y de mi estómago vacío, corro a la ducha para asearme. Me siento sucia y pegajosa, y esa desagradable sensación es capaz de ganarle la batalla a cualquier cosa.

El agua caliente cae por mi espalda creándome una falsa sensación de confort. Echo de menos Manhattan y mi apartamento, pero sobre todo echo de menos la tecnología y las modernidades que la gran manzana me brindaba. Intento pensar cómo me entretenía por estos lares en mi infancia, pero Kenny vuelve a aparecer en mis recuerdos y decido concentrarme en cualquier otra cosa que no tenga nada que ver con él. ¿Qué demonios hacía yo aquí antes de que ese gilipollas apareciese en mi vida?

Suelto otra carcajada al recordar los rodeos de barriles en los que mi padre me obligaba a participar; seguramente era el acontecimiento más importante del año en Kansas City. Los rodeos, claro. Nunca se me dio demasiado bien conectar con los animales y mucho menos montar a caballo, pero papá se dedicaba todo el año a entrenarme para poder rodear esos barriles y ser medianamente competitiva para el resto de las chicas. Nunca gané un solo rodeo, pero él jamás perdió la esperanza de que pudiera hacerlo.

«¿Seré capaz de volver a subirme en un caballo?», pienso, imaginándome cabalgando sobre Twist un día soleado de Kansas City. Por alguna razón que no comprendo, ese potro ha logrado conquistarme con tan solo una mirada.

«Igual que te conquistó Kenny...»

¡Oh, Dios! ¿Qué tengo que hacer para sacármelo de la cabeza?

Después de tantos años pensaba que tendría todo esto más que superado, pero al parecer, me equivocaba.

Me visto con ropa cómoda y me calzo unas camperas que considero lo suficiente apropiadas para el campo. Picoteo algo en la nevera y cuando ya no tengo nada que hacer, me tumbo en la antigua cama de mi habitación a contemplar el techo e intentar ordenar mis ideas. Pero sin querer hacerlo, vuelvo a recordar la ladera en la que nacen las estrellas y mi imaginación consigue recrear con exactitud esos cielos titilantes de verano en los que Kenny y yo nos tumbábamos sobre la hierba y nos quedábamos hasta prácticamente el amanecer.

Entonces todo era precioso y yo pensaba que tan sólo le necesitaba a él para ser la mujer más feliz del mundo.

— Esto es lo más bonito que he visto jamás — le decía cada noche,

impresionada por el espectáculo.

— Tú eres lo más bonito que he visto jamás, princesa — me respondía él.

Y sus ojos... ¡Oh, Dios, sus ojos verdes!

Parecía tan sincero cuando me lo decía que yo, estúpida, me creía cada palabra.

Recuerdo un verano en el que nos dedicamos a correr e investigar por los campos de girasoles, a recorrer la ladera montados sobre un caballo y a descubrirnos a nosotros mismos. Pensaba que si Kenny desaparecía del mundo todo dejaría de tener sentido, así que cada suspiro que abandonaba mi cuerpo era por él.

Entonces él era... perfecto.

Era el chico más altruista del condado, siempre dispuesto a ayudar sin recibir nada a cambio. Se desvivía por los demás y tenía unos valores muy fuertes que siempre tenía presentes.

— Si un hombre no tiene palabra, entonces no tiene nada — me decía siempre que me prometía algo.

— ¿Me dejarás sola?

— Jamás.

— ¿Lo juras, Kenny? — preguntaba asustada, imaginando cómo podría llegar a superar una pérdida semejante llegado el momento — . ¿Estarás siempre a mi lado?

Y él siempre tenía esa respuesta preparada.

«Mentiroso de mierda...»

Me había dejado engatusar y engañar como una idiota. Sí, eso es lo que había sido: una niña estúpida e idiota.

Y aunque sé perfectamente que ya no soy esa niña y que ahora soy una mujer hecha y derecha, con un puesto de trabajo importante y una carrera universitaria capaz de abrirme cualquier puerta en el mercado laboral, me cuesta recordarlo. Tal vez sea culpa del rancho, de los campos, o de Kenny, pero es como si al haber pisado este lugar todos mis logros se hubiesen esfumado y volviera a ser Gina Steven, la hija de Connor, ganadero, ranchero y entrenador de potrillos.

Es una sensación extraña porque, a pesar de que mi sueldo cuadriplique el del juez Dixon — que es el único hombre de todo el pueblo con un título

universitario y la dentadura completa a su edad — , siento que no soy nadie. Absolutamente nadie.

«No seas tonta», me recrimino justo en el instante en el que Paige golpea la puerta principal del rancho.

Ha llegado la hora de acudir al funeral de papá.

Bajamos en la pickup hasta el pueblo y llegamos las primeras a la pequeña capilla. Absurdamente, había dado por hecho que no acudirían demasiados vecinos a la ceremonia, pero estaba equivocada. Parece que todo el mundo se ha enterado de la muerte de Connor y todos los vecinos quieren presentar sus respetos y condolencias.

El sacerdote comienza a dar un discurso emotivo sobre mi padre y, aunque él no me suena de nada, comprendo que debían de ser muy buenos amigos por los comentarios que hace. Según pasan los segundos el corazón se me va encogiendo y siento que la ansiedad que me está estrujando los órganos terminará por estallar de algún modo.

Intento contener las lágrimas sin éxito, recordando las tostadas que mi padre hacía cada domingo para desayunar, los cuentos que me relataba por las noches antes de dormir o la primera silla de montar que me regaló cuando cumplí los ocho años. Yo quería una muñeca Barbie, no una silla de montar, así que me agarré tal berrinche que estuve dos días enteros antes de perdonarle sin salir de mi habitación. También rememoro esas primeras llamadas de teléfono cuando me mudé a Manhattan; en ellas mi padre intentaba entonar una voz alegre y fingir que no le dolía mi marcha para no hacerme sentir mal, pero era evidente que sufría mucho. Jamás me preguntó cuándo pensaba regresar y quizás esa fue la razón principal por la que nunca volví a pisar Kansas. No lo sé.

A Paige también se le caen unas lagrimitas, pero ambas pasamos desapercibidas en comparación con su madre, Sydney, que no consigue contener los gimoteos y sollozos de angustia. Si no supiera quién es, hubiera jurado que se trataba de la viuda desconsolada del difunto.

Aún con todas esas emociones a flor de piel, consigo aguantar el tipo hasta que llega la gota que colma el vaso y todo a mi alrededor se desmorona. Paige y yo salimos de la iglesia y nos juntamos con su esposo y el pequeño Nathan, mientras, incomprensiblemente, todos los presentes se acercan hasta Kenny para darle el pésame y hacerle saber cuánto sienten la marcha de Connor.

¡A Kenny! ¡No a mí!

Sí, puede que no me reconozcan porque han pasado demasiados años pero...
¿Por qué narices tienen que ir a donde Kenny? ¿Quién se supone que es él?

— Esto es increíble — grazno, con el odio conquistando cada poro de mi piel.

— ¿Qué ocurre, Gina? — me pregunta Paige, separándose de su marido.

Pero yo no le respondo.

No puedo más. Esto es demasiado.

Echo a caminar sin siquiera pensar hacia dónde me dirijo, tan sólo deseando alejarme de ese lugar y de toda esa parafernalia que los Russel han armado. Puede que no haya sido la mejor hija del mundo, pero yo quería a mi padre, siempre le quise... A pesar de que jamás encajé en este lugar. Nunca.

Aprieto los puños con ira y acelero el paso cuando presiento que Paige se dispone a seguirme. No quiero estar con ella, tan sólo necesito... respirar.

— ¡Gina, espera!

Su voz me duele como un puñetazo en la boca del estómago.

Por alguna razón, mis pies se clavan en el suelo, negándose a caminar.

— ¿Y qué demonios se supone que quieres tú? — pregunto con rabia, girándome hacia Kenny.

Debo de tener un aspecto terrible y, además, no consigo dejar de llorar.

Supongo que esta es la consecuencia de haber contenido esa horrible opresión en mi pecho durante dos días.

— Yo... — musita entrecortadamente, mirándome con los ojos repletos de dolor — . Yo solo quería disculparme y... decirte que lo siento.

No puedo evitar preguntarme si esa mueca dolorida de su rostro es tan falsa como lo eran los “te quiero” que me decía cada noche, bajo las estrellas.

— ¿Y qué demonios es lo que sientes, Kenny Russel? ¿Haberme insultado ayer o que mi padre esté muerto y que a nadie le importe cómo me siento yo?
— grito, furiosa, mientras todas las miradas de los presentes se clavan en nosotros — . ¿Qué sientes, eh? ¡Dímelo!

— ¿Ésa es la hija de Connor Steven? — pregunta alguien entre susurros.

— No parece la misma... — dice otra.

— Pues al parecer se ha dignado a venir al funeral...

— Yo no daba ni dos duros por verla aquí...

«Esto es demasiado, no puedo más...»

— Siento las dos cosas — asegura Kenny, agarrándome de la mano.

No soy muy consciente de mi reacción hasta que ya le he propinado el puñetazo en la cara, haciendo que el contacto que se había generado entre nosotros se anule.

Kenny se lleva la mano a la nariz con una expresión contrariada mientras un hilillo de sangre se desliza paulatinamente a través de sus labios.

— ¡No vuelvas a tocarme en tu vida o la siguiente vez te mataré, Kenny Russel!

Cuando echo a correr a través del sendero que guía hacia los campos, agradezco haber escogido las camperas en lugar de cualquier otro zapato. Ahora mismo soy una bomba de relojería y no sé cuál es la mejor manera de recuperar el control sobre mí misma, pero desde luego, tengo claro que necesito escapar de todo esto cuanto antes.

«Olvídate del rancho y vuelve a Manhattan, Gina...»

— ¡Le odio! ¡Le odio! ¡Le odio! — grito, histérica, cuando el espesor de la vegetación me rodea y me siento lo suficiente alejada del mundo.

Respiro con dificultad así que tardo varios minutos en calmarme y, poco a poco, la irritación que sentía va desapareciendo hasta dejar paso a la serenidad.

¿Y si el problema soy yo? Al fin de cuentas, Kenny tampoco ha hecho nada malo. Quizás sea que regresar a Kansas City me esté suponiendo un trastorno más grande del que imaginaba. De pronto, soy plenamente consciente de que me he comportado de una forma infantil y loca. No puedo imaginar qué es lo que pensarán los vecinos sobre mí, pero sospecho que nada bueno. Seré la comidilla del bar los próximos días, seguro. Y lo peor de todo es que me lo merezco por comportarme de esa manera tan... irritante. Inevitablemente me odio a mí misma.

«¿Y qué más da?», me digo, recordándome que pronto volveré a subirme a un

avión, «no volverán a verme jamás».

— ¿Vas a volver a atizarme si me acerco a ti?

Su voz me sobresalta.

— No... no lo haré.

Sorprendida, me pregunto por qué demonios me habrá seguido hasta aquí.

Kenny camina unos pasos hasta quedar a mi lado y ambos nos sentamos en el suelo. No hablamos, simplemente los minutos pasan mientras las nubes se mueven y el silencio conquista el lugar.

«¿Me habrá echado de menos?»

Sacudo esa pregunta inmediatamente de mis pensamientos, pero por desgracia tan sólo es la primera que acontece a otras que son mucho peor.

«¿Me quería de verdad? ¿Me ha esperado? ¿Se alegra de verme de vuelta?»

— Ha pasado demasiado tiempo, Gina... — resopla, con la vista clavada en el cielo.

Está despejado y las esparcidas nubes que aún se resisten a desaparecer se van alejando poco a poco por el noreste. El olor a hierba, libertad y campo inunda el ambiente.

— Sí, demasiado — admito, encogiéndome de hombros.

— ¿Quieres hacerme alguna pregunta?

Intento comprender a qué se refiere con ello, pero no lo consigo.

Claro que quiero hacerlo; me encantaría expresar en voz alta todas esas preguntas que acabo de hacerme a mí misma, pero sospecho que la respuesta a cada una de ellas sería demasiado dolorosa de soportar. Las heridas que creía cerradas han vuelto a abrirse y lo último que necesito es que alguien les eche sal encima.

— Tu padre sacó el rancho adelante como pudo, pero no le fue fácil... — comienza a explicarse — . Al principio aún tenía la fuerza suficiente para enfrentarse a todo, pero poco a poco fue decayendo... Con los años se le veía peor. Hace siete años que comencé a ayudarle de forma diaria con las tareas del rancho. Ya sabes, los desayunos de los caballos, las cenas, limpiar las cuadras y

seguir con las tareas de los potros.

Trago saliva, intentando no pensar en lo duro que tuvo que resultar para mi padre. No consigo imaginarme cómo de mal tuvo que sentirse sus últimos días de vida sin nadie a su lado, totalmente solo.

— Mi madre cuidó de él — añade, como si me hubiera leído el pensamiento — , pero eso no quiere decir que no te echase de menos. Siempre que tenía ocasión alardeaba con orgullo de los éxitos que había logrado su hija..., del trabajo que habías conseguido en una de las más potentes multinacionales y de lo bien que te iba todo. Se sentía muy orgulloso de ti.

Una lágrima rebelde se escurre por mi mejilla y yo me apresuro a atraparla, procurando no mostrar más signos de debilidad. Pero en el fondo, estoy destrozada. ¿Cuándo fue la última vez que hablé con papá? Ni siquiera recuerdo la última llamada. Y su imagen..., la última imagen que tengo de él es esa expresión de dolor y angustia, roto por mi marcha.

— Me voy, papá... me voy.

Prácticamente le había repetido las mismas palabras que le dijo mi madre porque sabía que de esa manera no me intentaría convencer para que me quedase. Kenny tenía razón: le había roto el corazón. Y ahora ya no podía arreglarlo.

— Eh, Gina... — susurra, ahuecando la palma de su mano en mi rostro — , no llores, por favor... Todo saldrá bien.

«¿Otra de tus mentiras, Kenny?»

Me sorprendo cuando al abrir los ojos me encuentro su rostro a tan solo unos centímetros del mío. Mi corazón se dispara en ese instante, mientras un fuego abrasador recorre mi garganta.

Se acerca unos centímetros más y con suavidad posa sus carnosos labios sobre los míos, recordándome lo bien que sabían sus besos.

«Sus besos matan, Gina... No seas tonta»

Pero no puedo. Ya es tarde.

Toda la angustia que he sentido estos días va desapareciendo mientras su lengua se abre paso entre mis labios con brusquedad, inundando mi boca con impaciencia. Estiro la mano y recorro su nuca hasta llegar a su sombrero de cowboy, que retiro de un manotazo haciéndolo caer al suelo para poder enredar

mis dedos en su cuero cabelludo. Me junto más a su cuerpo sin dejar de besarle, sin siquiera pensar en lo que estoy haciendo. Me falta aire y, a su vez, respiro fuego. Fuego que hace que mis pulmones ardan en llamas y me incineren el corazón descompuesto que contiene mi pecho.

«Oh, Kenny...»

— Te he echado de menos... — murmura encima de mis labios, golpeando mi piel con su aliento.

Y esa frase es suficiente para hacerme regresar a la realidad y comprender el error que estoy cometiendo. Me separo de él, empujando su pecho con una mano y poniéndome de pie de un solo salto. Siento mi corazón acelerado y mil pulsaciones por segundo palpitándome en la sien.

«¿Pero qué demonios acabas de hacer? ¡Estúpida mujer inmadura!»

— ¿Qué...? — comienza, pero no termina su pregunta.

— No puedo, Kenny, no puedo — le digo, con las extremidades temblorosas. Siento que en cualquier instante me desplomaré en el suelo — . Esto es demasiado para mí...

Nos quedamos observándonos fijamente los próximos segundos, traspasando nuestras almas con la mirada.

Todo es tan doloroso... Su recuerdo, su sabor, su cuerpo, su mirada, su sonrisa. Es como un veneno que poco a poco me va matando. Un veneno del que me he mantenido alejada demasiado tiempo y que ahora estoy ingiriendo voluntariamente.

«No dejes que vuelva a acabar contigo, Gina... ¡Aléjate!»

— Lo siento — concluyo, rompiendo el contacto visual y echando a caminar de vuelta al sendero principal.

— ¡Deja que te lleve a casa, por favor! — exclama a mi espalda.

«Mi casa no está aquí. Mi casa está muy, muy lejos».

— Necesito caminar...

8

Cuando llego al rancho, el cielo ya ha comenzado a teñirse de anaranjado. Me quedo embobada observando cómo Twist galopa por la campa con gracilidad y elegancia, iluminado por los colores pasteles del atardecer.

Parece feliz.

Me duelen las piernas y siento la cabeza embotellada, así que me dejo caer en el porche, rendida, dejando que el espectáculo de la naturaleza me distraiga fugazmente de todos los sentimientos encontrados que han surgido en mi interior.

Unos minutos después, consigo reunir las fuerzas necesarias para volver a meter a Twist en su establo y rellenar su comedero de pienso.

— ¿Has tenido un buen día, chico? — pregunto, acariciándole la crin.

Aunque no me responde, sus ojos de color miel me transmiten paz y serenidad.

— Te veo mañana... — susurro, rozándole por debajo de las orejas.

Mientras camino por los establos vacíos no puedo evitar sentirme agradecida porque Kenny se llevase a los caballos. Me imagino la preocupación que me supondría tener que ocuparme de cinco potros más y no sé si sería capaz de sobrellevarlo.

«Pero... ¿Por qué no se ha llevado a Twist?», me pregunto a mí misma, incapaz de encontrar una respuesta lógica.

En muy poco tiempo, me he encariñado mucho con el potrillo y no sé si

encontraré la manera indolora de vendérselo a un desconocido.

«No, éste se lo quedarán los Russel... Paige cuidará de él».

Echo el cierre y me dirijo al interior del rancho, abatida.

El día ha sido realmente demoledor, así que después de una larga y reparadora ducha me tumbo en el sofá.

Estoy convencida de que hoy no lograré conciliar el sueño, pero en contra de todo pronóstico, termino cayendo rendida en los brazos de Morfeo. No soy consciente de ello hasta que la melodía de mi teléfono móvil, resonando por alguna de las esquinas del rancho, me hace volver a realidad.

— ¡No puede ser! — exclamo, levantándome de un salto.

¿Cobertura? ¿De verdad hay un punto con cobertura en este maldito lugar?

El sonido proviene de mi antigua habitación.

— ¿Francis?

«¡Lo que faltaba!»

Sopeso unos instantes si debo responder o no, pero al final termino pulsando el botón verde que contesta la llamada. Supongo que Eva, mi secretaria, le habrá contando por encima dónde estoy y lo de la muerte de Connor.

— Hola, cariño... — susurro en voz baja, como si temiera despertar a alguien más.

Pero la verdad es que estoy sola. Muy sola.

— ¿Gina? — pregunta, dubitativo — . ¡Oh, Gina! ¡Pensé que habías perdido el teléfono!

Una punzada de culpabilidad se hunde en mi pecho por no haber pensado en él ni una sola vez desde que llegué a Kansas City.

— Lo siento, es que aquí no hay demasiada cobertura.

Francis resopla. Me parece que es un resoplido de alivio, aunque tampoco estoy muy segura.

— Vale, bueno... Pero podías haberme avisado — continúa — . Eva me ha contado lo de tu padre. ¿Estás bien?

«No, no lo estoy.»

— Sí, tranquilo — miento — , sólo estoy cansada. Estoy deseando terminar con el papeleo y volver a casa cuanto antes.

— Y yo deseando que regreses, cariño...

Por alguna razón, Kenny vuelve a aparecer en mi cabeza, torturándome.

No quiero pensar en él, no ahora. ¿Por qué no puedo concentrarme en mi rico, guapo y simpático novio de Manhattan? ¿Ése que daría por mí su riñón izquierdo? ¿Ése con el que llevo saliendo más de cinco años y que nunca jamás me ha fallado? Se merece mucho más que el estúpido e imbécil de Kenny Russel.

— Espero regresar la semana que viene, si todo va bien...

— ¿Gi...Gi...n? N...no... es...cucho... — tartamudea entrecortadamente al otro lado de la línea.

Miro la pantalla del teléfono y compruebo que las líneas de cobertura están totalmente vacías. Intento volver a colocarme en el mismo sitio en el que estaba hace dos segundos, pero no hay manera.

— ¿Francis? ¿Hola?

Escucho un sonido distorsionado a través del auricular y un poco después la llamada se corta.

Después de eso, el sueño ya no regresa a mí hasta entrada la madrugada. No sé muy bien qué es lo que he soñado, pero cuando me despierto a las ocho de la mañana en Kansas City, sé que no ha sido con Francis. Pienso en este momento que me encantaría poder escoger qué sentir, por quién sentirlo y cuándo sentirlo. Pero no puedo. Lo único que puedo escoger — y lo haré — , es de quién alejarme.

— Te había olvidado, maldito Kenny Russel...

Nada más amanecer y abrir los ojos, me visto con unos tejanos y las camperas del día anterior para poder ir a saludar a mi nuevo compañero favorito; Twist. He desempolvado la silla de montar que papá me regaló hace años por mi cumpleaños y estoy dispuesta a corroborar si aún conservo algo de sangre de Kansas por mis venas. Quizás pueda fingir por un rato que soy una auténtica *cowgirl* de la que mi padre se sentiría orgulloso.

— ¡Buenos días, chico! — exclamo mientras camino directa a por su pienso.

Supongo que estará hambriento.

La luz amarillenta de la mañana se cuela en el establo entre las maderas roídas por el paso de los años. De pronto, el ambiente me parece mágico. Como si me encontrase en el lugar idóneo en el momento oportuno; como si este maldito rancho no me causara tanto odio y repulsión.

Twist termina de desayunar y después me entretengo cepillándolo, bañándolo con ayuda de la manguera y trenzando su crin. Cuando termino con él, casi parece uno de esos preciosos ejemplares que se venden en las exposiciones por miles de dólares.

— Tú vales mucho más, ¿verdad? — murmuro, propinándole unas pequeñas palmaditas en el lomo — . Ahora pasemos a lo difícil, Twist...

Le coloco el cabestro con delicadeza, muy despacito para no asustarle, y después salimos al campo para trabajar con el ramal. Hay muy pocas cosas que recuerde de las antiguas lecciones que me dio mi padre, pero nunca olvidaré que para montar un caballo primero debes de ganarte su confianza, así que empezamos a pasear en círculos hasta que poco a poco avanza a un ligero trote.

Puedo sentir cómo la conexión que se va creando entre nosotros es cada vez más fuerte y, pasada una hora de entrenamiento, decido probar suerte. Quiero montar. Mientras le preparo tal y como recuerdo que se hacía, me pregunto qué pensaría mi padre si pudiera verme así, de vuelta en el rancho, preparando esta silla que tanto odié en mi infancia.

Twist es muy listo. El caballo más listo que jamás he conocido; así que supongo que no tendré demasiados problemas. Además, ya reconoce casi todas las órdenes y comandos de voz.

— ¿Vamos a hacerlo juntos, vale, chico? — le susurro con delicadeza — . Hace mucho tiempo que no hago esto, así que necesitaré tu ayuda... Pórtate bien conmigo, ¿vale? Quiero que esto salga bien, Twist...

Coloco el pie izquierdo en el estribo, pero no termino de sentirme completamente segura hasta que balanceo la pierna derecha sobre su lomo y compruebo que Twist no se mueve ni un solo centímetro. ¡Quiere hacerlo! ¡Quiere que lo monte!

Cuando estoy sobre la montura, en su espalda, apretando mis piernas contra su

lomo, Twist comienza a trotar lentamente. Una conexión increíble fluye entre nosotros y siento que soy capaz de percibir el campo de la misma forma que él.

— Venga, vamos, chico — murmuro, acariciándole el cuello — . ¡Enséñame lo que me he perdido!

Le golpeo levemente con las camperas y, al momento, el trote se convierte en un medio galopar. Siento un millar de cosquillas atravesando mis extremidades mientras sujeto con firmeza las riendas y me muevo junto a él, disfrutando del olor a la hierba húmeda y del cielo despejado.

«Lo estoy haciendo... ¡Lo estamos haciendo!»

Ahora mismo, daría cualquier cosa del mundo porque mi padre pudiera estar ahí, en el porche del rancho, observando esta imagen. Daría cualquier cosa por poder darle las gracias; las gracias por haberme traído al mundo, por haberme enseñado la naturaleza, por haberme querido, haberme respetado, y sobre todo, las gracias por haber dejado que hiciera mis sueños realidad. Por haber entendido que mi camino y el suyo jamás estuvieron en la misma dirección.

— ¡¡¡Gracias, papá!!! — grito con fuerza, liberando todo el aire de mis pulmones y sintiendo la velocidad del galope bajo mis piernas.

— ¡Guau! — exclama Paige, apoyándose sobre la verja que delimita el campo — . Si me llegan a contar esto... ¡No me lo creo!

No puedo evitar saltar en carcajadas como una loca.
¿Estaré perdiendo la cabeza? ¿Estará Kansas City afectando a mi buen juicio?

—¡ So, chico, so!

Twist obedece y comienza a desacelerar hasta que, al final, termina caminando en dirección a Paige.

— ¿Y esto? — me pregunta, risueña.

— Creo que lo necesitaba — confieso, bajándome de la silla y acariciando al caballo. Ha sido increíble — . Además, hay muy pocas cosas que se puedan hacer por aquí...

— Justo venía a hablarte de eso... — murmura, frunciendo el ceño con disgusto — , bueno, de varias cosas en realidad.

— ¿Qué ocurre?

Ella señala el porche con la cabeza.

— He traído limonada, ¿por qué no nos sentamos?

Acomodo a Twist antes de acompañar a Paige al porche, con la curiosidad a flor de piel e impaciente por descubrir qué novedades tiene para contarme.

Espero, por el bien de mi cordura, que no tenga nada que ver con su hermano mayor...

Nos sentamos en las escaleras del porche con un vaso de refrescante limonada entre las manos y nos quedamos varios segundos en silencio, observando al potrillo galopar por el cerco.

— Es precioso, ¿verdad?

— Sí que lo es — confieso, sin quitarle la mirada de encima.

Debo admitir que, sin quererlo, me he enamorado de ese animal.

— Era el favorito de tu padre... Kenny me dijo que no se lo había llevado porque quería que tú lo conocieras.

— ¿De verdad?

— Ajá — admite con una pequeña risita, torciendo la mirada hacia mí — . No es tan malo como tú crees, Gina, de verdad...

— Lo sé — suspiro.

— Sé que te partió el corazón que no quisiera marcharse contigo pero...

Paige aguarda un segundo, buscando las palabras más sensatas con las que explicarse. Mientras tanto, yo tengo la sensación de que va a contarme algo que no debería; algo que debería decir Kenny y no ella.

— Él no es como tú... Él es de campo, Gina, de verdad que lo es. No hubiera sobrevivido en la ciudad.

Sospecho que al final no ha dicho todo lo que pretendía decir.

— Podía haberlo intentado... haber venido conmigo a probar suerte — señalo, incapaz de mirarla a los ojos — . Él sabía lo importante que era para mí y la suerte que había tenido ganando esa beca, Paige... Lo sabía y no quiso

acompañarme.

Ella aprieta los labios, conteniéndose.

— Deberíais hablarlo, de verdad. Creo que hay demasiadas cosas que no os habéis dicho.

«En realidad, hace mucho que no hay nada que decir...»

— De todas maneras, ya no importa — aseguro con una leve sonrisa — . Todo eso quedó atrás hace mucho tiempo...

«Y seguirá atrás...»

— Bueno — añade, dejando el vaso de limonada sobre un escalón — , en realidad no he venido para hablar del pasado.

— ¿Y a qué has venido?

Ella tuerce su rostro en una mueca de niña traviesa que la hace aparentar ser mucho más joven de lo que es.

— He venido porque hoy comienzan las fiestas y me gustaría que vinieras al baile del granero — confiesa, golpeándome levemente con el costado de su cuerpo — . Lo pasaremos genial, de verdad.

— ¡Oh, Paige! No tengo pensado asistir a ningún baile, y menos si es en un granero.

— ¿Y dónde está la Gina Steven que yo conocí? ¡Siempre te encantó el baile del granero!

Suelto una tremenda risotada ante su afirmación.

— Eso era porque no conocía ningún otro baile — señalo — , después supe lo que era una gala en condiciones. Te aseguro que en Manhattan no se dedican a pescar manzanas con la boca en baldes de agua.

Paige se levanta del escalón, fingiendo unos pequeños pucheritos.

Me digo a mí misma que como su hijo Nathan haya heredado sus dotes teatrales el pobre Taylor debe de estar vendido.

— Vendrás — asegura, sin borrar esa carita de pena — , lo sé. No hay nada mejor que hacer en el campo... Además, estará todo el pueblo.

«¡Genial! ¡Quedada de ganaderos!»

— Pero ahora tenemos otra cosa pendiente — murmura, caminando en dirección a la pickup — . El juez Dixon quiere verte. Me ha dicho que es importante.

Como norma general, las carreteras en el campo suelen estar tranquilas. De vez en cuando te cruzas con algunas vacas o puede que con alguna yegua que se ha extraviado, pero hay pocos coches por aquí.

No puedo evitar pensar en lo diferente que es mi vida en Manhattan mientras un sol radiante ilumina la calzada por la que nos deslizamos hasta llegar al pueblo. ¿Podría sobrevivir un mes en el campo? Sí, puede que sí. ¿Sobreviviría un año? No, definitivamente, no.

Justo antes de aparcar frente al ayuntamiento, Paige me cuenta que Larry tiene en venta su camioneta antigua y que está deseando deshacerse de ella. “Puede que se la consigas sacar por un buen precio”, me asegura, y me aconseja pensármelo.

Pero, ¿para qué le iba a comprar a Larry la camioneta si lo más probable sea que el juez Dixon haya solucionado mis problemas de herencia? Eso significaría que, con suerte, mañana mismo podría estar haciendo las maletas y subiéndome a un avión — lo que sin duda sería maravilloso — .

— Te veo en un rato — se despide Paige, alejándose en dirección a la tienda de ultramarinos que hay en la esquina.

Cuando entro en el despacho el juez aún no ha llegado, así que me acomodo en la silla que hay frente al escritorio para esperarle pacientemente. Sé que el hombre no es conocido, precisamente, por su puntualidad.

Vuelvo a sorprenderme con el desastre que el juez Dixon considera un despacho. Desastre o caos, esos son los únicos calificativos que pueden hacer referencia a esta habitación repleta de montañas de archivos sin orden ni lógica.

Me pregunto sin el expediente de mi padre andará por encima de la mesa y me levanto con intención de trastear cuando, de repente, la puerta del despacho se abre y yo vuelvo a dejarme caer en la silla.

— ¿Le ocurre algo, Gina? — pregunta el hombre.

Yo finjo cambiar las piernas de posición, buscando una postura más cómoda.

— Nada, nada...

— ¡Bien! ¡Veamos...! — exclama con energía, dejando su maletín aparcado junto a la mesa del escritorio y tomando asiento en la descomunal silla — . Tengo malas noticias para usted, muy malas...

— ¿Malas... noticias? — tartamudeo, sintiendo un nudo opresor en la boca de mi garganta.

«¡Por Dios, no! ¡No sobreviviré cuatro días más en este lugar!»

— En el registro civil del ayuntamiento no encuentran el divorcio de sus padres — anuncia, meneando la cabeza — . ¿Estaban sus padres separados?

Tuerzo una mueca.

— Juez Dixon, creo que conoce mejor que yo la historia de mi familia...

En efecto, no hay granjero o pueblerino a cincuenta kilómetros a la redonda que no conociera a mi padre y supiera que mi madre le había abandonado cuando yo tan sólo era una niña; así que su pregunta es realmente absurda.

— Lo sé, lo sé... Pero me refiero a una separación oficial — señala — , con los papeles firmados.

— Supongo que sí.

— Bien, esperemos que sea así, claro. He enviado una solicitud al registro estatal, pero no recibiré respuesta hasta dentro de... al menos, quince días.

— ¡¿Quince días?! ¡No puede ser! — exclamo, a punto de caerme de la silla.

— Sé que es mucho tiempo, todavía más si le sumamos el necesario para regularizar el papeleo.

Tamborileo con mis dedos encima del escritorio, intentando buscar una solución para no venirme abajo. Podría regresar a casa, esperar pacientemente a que todo estuviera resuelto y, después, acudir a firmar los papeles y a proceder con la venta del rancho. Sí, es buena idea... Pero conllevaría el hecho de tener que regresar al campo y tener que volver a pasar por el sufrimiento que me está suponiendo.

— ¿Y no hay ninguna manera de solucionar el asunto cuanto antes? ¿Sin tener que esperar tanto?

— En realidad, sí... — murmura el juez Dixon, pensativo, mientras repasa papeles — . Pero no sé si será de tu agrado.

Guardo silencio, esperando más información.

— Podríamos intentar contactar con tu madre y solicitarle los papeles del divorcio a ella. El simple hecho de que confirme el divorcio agilizaría la mayor parte del trámite.

Lo medito unos instantes.

Mi madre... No he vuelto a verla desde que me abandonó. Tampoco hemos vuelto a hablar ni se ha interesado en saber nada de mí. ¿Sería capaz de sentarme con ella en una mesa y dialogar sin escupirle a la cara el rencor que le guardo y el dolor que me ha causado durante todos estos años? Y no sólo a mí, también a mi padre. Aún recuerdo cómo lloraba cuando ella se marchó, cómo esa mujer fue capaz de rompernos el corazón en pedazos sin mirar atrás.

«Y después tú hiciste lo mismo, Gina...»

— Está bien. ¿Tendría que contactar yo con ella?

El juez Dixon niega.

— Lo haré yo si lo prefieres así.

— Entonces no hay nada más que hablar — determino, levantándome del asiento con una sonrisa efímera en el rostro — . Solucionemos esto cuanto antes, por favor.

— Será un placer, querida — asegura el juez con ternura.

Debe de imaginarse lo poco agradable que resulta para mí.

Cuando estoy a punto de abandonar el despacho, una idea fugaz cruza mi mente.

— Señor Dixon, ¿qué ocurriría sin mis padres aún estuvieran... casados? O, al menos, no separados legalmente.

Él se encoge de hombros.

— Según consta en la partida de matrimonio, se casaron en régimen de bienes.

— ¿Y eso quiere decir..., qué...?

— El rancho y todas las pertenencias de tu padre pasarían a ser de ella. Sin excepción.

Trago saliva al escuchar eso.

¿Podría ser posible que mis padres jamás hubiesen llegado a firmar el divorcio? En realidad, sé que no debería de importarme lo que pase con ese maldito rancho — a fin de cuentas, tengo pensando venderlo — . Pero se trata de orgullo.

Kenny tiene razón cuando dice que he sido una egoísta todos estos años, seguro, pero está equivocado cuando afirma que no valoro ni tengo en cuenta lo deseos de Connor.

— Adiós, juez Dixon.

— Hasta luego, señorita Steven.

¿Sería mi madre capaz de reaparecer aquí para reclamar la herencia de un hombre al que abandonó hace tantísimos años? No, desde luego que no. No tendría sentido. ¿Querría yo volver a verla? ¿Preguntarle por qué no volvió a por mí? ¿Por qué jamás me llamó o me escribió? Tampoco. Lo mejor será que envíe un fax con los papeles firmados del divorcio y que solucionemos todo de la mejor y más rápida manera posible.

— ¿Gina?

Estaba tan distraída en mis propios pensamientos que tropiezo con Kenny y pierdo el equilibrio al darme de bruces contra su pecho. Él se apresura a rodear mi cadera para atraparme y evitar que caiga al suelo y cuando recobro la compostura, soy un manojito de nervios andante incapaz de pronunciar un simple gracias.

«¿Pero qué demonios pasa contigo, Gina Steven?»

— No quería asustarte, perdona...

«¡Oh, Dios! ¡Es insufrible!»

— No lo has hecho — aseguro, esquivándole y pasando de largo.

Puedo sentir su presencia en mi espalda y soy consciente de que me está siguiendo.

— ¿Irás al baile de esta noche?

— No.

Me alcanza y comienza a caminar a mi lado, manteniendo el ritmo de mis zancadas sin esfuerzo.

— Paige me ha dicho que sí.

Cuando llego a la pickup, estoy exhausta.

— Paige te ha mentado — escupo, subiéndome en la maldita furgoneta.

¿Cómo tiene la capacidad de ponerme de tan mal humor? El sólo hecho de tenerle cerca consigue enervarme.

— Pues entonces tendré que convencerte yo mismo — dice, sonriendo socarronamente.

¿Así que todo eso del baile ha sido idea de Kenny? ¡Vaya!

— No voy a ir al baile, Kenny Russel — afirmo, cerrándole la puerta en las narices.

Se queda mirándome fijamente al otro lado del cristal, con esa odiosa y maldita sonrisa en el semblante. En respuesta, agito mi mano en señal silenciosa de despedida y clavo mi mirada en el salpicadero para fingir que ya no está. Que Kenny ha desaparecido.

¿Por qué demonios no podría marcharse y dejarme en paz?

Dos minutos después, la puerta del piloto abriéndose hace que salte por los aires.

— ¿Pero qué demonios haces, maldito Russel? ¡Bájate de la camioneta!

Kenny se echa a reír como un loco.

— Sólo una chica como tú podría ordenarle a alguien que se baje de su propio vehículo de esa manera tan autoritaria — asegura, quitándose el sombrero de la cabeza para sacudirlo.

Una mata de polvo arenoso se levanta frente a mí y no puedo evitar un ataque de tos.

— No puedes dejarme en paz, ¿verdad? — pregunto, furiosa, apretando los puños.

¿Pero por qué demonios tiene que ser tan terriblemente guapo? ¿Por qué no ha engordado, se ha quedado calvo o se le han caído los dientes?

— Sí puedo, pero no quiero — susurra con voz sensual, guiñándome un ojo — .
Y sabes que yo siempre consigo lo que quiero.

¡Esto es demasiado!

— Bueno, vaquero... — digo, sonriendo con ironía — . Hasta aquí hemos
llegado tú y yo...

Pero nada más abrir la puerta, Kenny apresa mi brazo con su mano,
deteniéndome.

— Gina, por favor, deja de comportarte de esa manera... — suplica con voz
dulce.

Un millar de mariposas comienzan a bailotear en mi estómago y, sin poder
ocultarlo, mis ojos se encharcan.

«Necesito salir de aquí cuanto antes...»

— Déjame en paz, Kenny, por favor...

— No soy tu enemigo, Gina — asegura, sin soltarme.

Una lágrima se desliza por mi mejilla y yo me apresuro a zafarme de su mano.
Es como si el contacto entre nuestras pieles hubiera electrocutado mi cuerpo.

— No, tienes razón — aseguro, retirándome con fiereza la lágrima rebelde que
se me ha escapado — . Tú no eres nadie.

Me bajo del vehículo como un huracán, encrespada y... ¿Qué más? ¿Qué es eso
que siento? ¿Por qué quiero escapar y a la vez quedarme junto a él? ¿Por qué no
soy capaz de alejarme de ese maldito veneno que en una ocasión estuvo a punto
de matarme?

— ¡Te recogeré a las siete, Gina! — grita, sacando la cabeza por la ventanilla.

— ¡Será en tus mejores sueños, Kenny!

9

Desde una de las ventanas del bar de Larry puedo ver cómo Paige y Kenny discuten en la furgoneta. Bueno, al menos parecen estar peleándose, pero no puedo estar segura.

Diez minutos después se marchan del aparcamiento y yo me termino el maldito whisky sin hielos que irrita mi garganta y nubla mi visión, pero que gracias a Dios, calma el vuelo de las mariposas que ese maldito Russel es capaz de despertar en mi estómago.

Le odio. Le odio con toda mi alma. Le odio muchísimo más de lo que le odiaba la primera vez que me marché de este lugar y llegué a Manhattan sin él. Le odio aún más que antes de subirme al maldito y asqueroso avión que me ha traído hasta aquí. Le odio, le odio, le odio, le odio, le odio...

— ¿Señorita? ¿Uno más?

Alzo la mirada hacia Larry y sonrío desganada.

— Sí, por favor.

Necesitaré “muchos más” para superar el día de hoy.

Mientras Larry vacía otro chorrito de whisky en mi vaso vacío, recuerdo lo que me ha contado anteriormente Paige.

— Oye, Larry, ¿es verdad que vendes la camioneta? — pregunto, captando la atención del camarero.

Él duda unos instantes, repasándome de hito a hito.

Para estas alturas y después del numerito que armé en el funeral de papá, estoy convencida de que sabrá quién soy. Además, me consta que Connor y él tenían una buena relación y...

— Sí, así es — me confirma — . ¿Por qué? ¿Te interesa comprarla?

Yo niego, dibujando una sonrisa sincera. La primera desde que Paige ha aparcado la maldita pickup en el pueblo.

— En realidad, no. Me interesa alquilarla.

Él se lo piensa unos minutos en silencio y puedo ver en la expresión de su rostro que mi propuesta no le convence en exceso.

— Te pagaré treinta dólares al día y antes de devolvértela la limpiaré y te llenaré el depósito de gasoil.

Era un buen trato y sabía que no podía negarse a aceptarlo. Treinta dólares al día, tirando por lo alto, suponían sus ingresos de al menos media semana. Media semana en la que se contaba el sábado y el domingo, claro.

Esta vez Larry no se lo piensa demasiado antes de escupirse en la mano y tendérmela.

— Trato hecho — asegura con felicidad.

Con repugnancia, estrecho su pringosa palma y le devuelvo la sonrisa mientras contengo las nauseas. Bien, ya tengo transporte.

Cuando regreso al rancho me entretengo aseando a Twist y limpiando su cuadra. Descubro que ese ejercicio supone un esfuerzo muchísimo mayor al que implica correr en la cinta varios kilómetros diarios. Cuando termino estoy tan agotada que no noto ni los brazos ni las piernas, pero me siento feliz.

— Te veo luego, chico...

Me despedido con unas breves palmaditas y el corazón en un puño. Sé que estoy haciendo mal en encariñarme con él pero, ¿cómo evitarlo? Además, ahora sé que Twist es el único vínculo que me une aún a mi padre y de alguna manera, siento que está presente cuando yo comparto mi tiempo con el caballo.

«No seas estúpida, Gina...»

Me ducho rápidamente para desprenderme del olor a cuadra y me visto un pijama de dos piezas, cómodo y práctico. Después repaso las facturas pendientes que tenía Connor y voy tachando aquellas de las que ya me he hecho cargo esta mañana, en la taberna de Larry. Menos mal que aún funciona ese descacharrado y anticuado teléfono, porque si no estaría vendida. Cuando termino de poner al día el rancho, me centro en los mensajes que me ha ido enviando Eva y voy anotando en una agenda las tareas más importantes que tengo pendientes. Me digo a mí misma que mañana tendré que bajar al pueblo y poner en orden mis prioridades o cuando regrese a Manhattan mi puesto de trabajo se habrá rifado al mejor postor.

Dos golpes secos contra la puerta de madera me hacen brincar del sofá, asustada. Desvío la mirada hacia el reloj de pared que tengo frente a mí, maldiciendo en voz baja. No puede ser... ¡son las siete!

Deslizo mis pies por la madera sin hacer ruido, me acerco a la ventana y retiro la cortina con sigilo. El idiota y guapísimo de Kenny Russel aparece en mi campo de visión, vestido elegantemente de vaquero.

— ¿Gina? ¿Estás ahí?

«Kenny, Kenny, Kenny...»

¿Por qué no puedo dejar de suspirar por él cómo una niña tonta, estúpida y enamorada? No le quiero. No le amo. Hace demasiado tiempo que me olvidé de él y que he rehecho mi vida. Aunque el beso del otro día fue capaz de hacer vibrar cada poro de mi piel y....

«¡Y nada! ¡Maldita sea! ¡Tengo que sacarle de mi cabeza!»

— Venga, Gina, sé que estás ahí dentro... — grita, golpeando de nuevo la puerta con los nudillos — . La furgoneta de Larry está ahí aparcada y todo el pueblo sabe que se la has alquilado.

Aún estoy sopesando cómo debería actuar cuando Kenny, impaciente, vuelve a golpear la puerta crispando mis nervios. Camino enfurecida hasta ella y la abro, chocando de pronto con su intensa mirada.

— ¡Déjame en paz, por Dios! — grito con fuerza, fuera de control — . He vuelto a Kansas City para solucionar el tema de este maldito rancho y si te soy sincera, lo último que esperaba era verte, Kenny — continuo, hablando con demasiada rapidez — . Ya me rompiste una vez el corazón y decidí que no significabas nada para mí, ¿me oyes? ¡Nada! ¡Polvo! ¡Aire!

Veo cómo sus ojos se ensombrecen, pero es tarde para preguntarme si me estoy pasando de la raya o no.

— Las cosas no funcionan como tú te crees, Kenny Russel, ¡así que déjame en paz de una maldita vez y sigue con tu vida! — exclamo sintiendo cómo mi enfado va en aumento — . Sólo eres un maldito caprichoso egocéntrico y manipulador que se piensa que puede jugar y hacer con las personas lo que le da la real gana... ¡Y conmigo no! ¡Vas listo si te crees que voy a volver a caer en tus redes y a creerme todas tus puñeteras mentiras!

Le señalo con el dedo índice, exaltada. Mi pecho sube y baja con rapidez y soy consciente de que estoy hiperventilando.

— No significas... — susurro con el tono de voz contenido y las mejillas encendidas de rabia — , ni has significado... ¡nada! ¡Absolutamente nada para mí!

Kenny se quita el sombrero de cowboy con aire abatido y se encoge de hombros. Estoy convencida de que saltará en mi contra con alguna de sus artimañas, pero en lugar de eso sonrío con tristeza y se da la vuelta para regresar, en silencio, a su pickup.

Me parece que susurra algo en el momento en el que sube al asiento conductor, pero a esta distancia no soy capaz de escucharle.

Cuando cierro la puerta, me echo a llorar desconsoladamente, recriminándome a mí misma la patética actitud que estoy mostrando. Necesito un buen whisky, de eso no me cabe la menor duda, así que me dirijo a mi antigua habitación y me visto con los primeros trapos que encuentro en mi bolsa de viaje antes de echar a correr hacia la camioneta de Larry.

Conduzco distraída hasta que paso por delante del granero en el que cada año — desde mi infancia — se inician las fiestas del campo. La música suena a un volumen anormalmente elevado y la gente se aglomera en la puerta del lugar, charlando y riendo animadamente con un vaso de ponche en las manos.

«El ponche es para los catetos de campo», pienso, deseosa de poder ingerir algo fuerte que calme el dolor que se me ha formado en el pecho.

Disminuyo la velocidad — no sé muy bien con qué intención — , hasta que mis ojos chocan con los de él. Nuestras miradas se cruzan y el tiempo parece quedar suspendido en el aire. Cuando Kenny Russel abandona mi campo de visión, el dolor es aún mayor y la ansiedad ha crecido desmesuradamente. ¡Con una

puñetera mirada!

«Ese hombre es venenoso, Gina, muy venenoso.»

— Un whisky, por favor — pido, sentándome en la barra.

— Estaba a punto de cerrar — señala, arqueando las cejas.

Yo deslizo un billete de veinte dólares por la barra, incentivando al viejo Larry a mantenerse abierto un ratito más.

— Solo diez minutos — prometo, poniendo cara de niña buena.

Larry asiente y coloca un vaso con whisky frente a mí.

Sólo tengo diez míseros minutos para ahogar mis penas así que no hay tiempo que perder; alzo el vaso e ingiero el contenido de un rápido trago.

— Más — ordeno.

El camarero se lo piensa antes de rellenármelo.

— ¿Estás segura de qué...?

— Por favor.

Asiente, volcando la botella.

Cuando presiento que mis sentimientos están lo suficiente entumecidos como para soportar lo que resta de noche, sonrío, deslizo otro billete de veinte dólares por la barra y me despido de Larry tambaleándome de un lado a otro.

Estoy intentando dar con las malditas llaves de la camioneta cuando veo el granero de fondo, repleto de luces, música y de gente.

«No es buena idea...»

Pero el diablito malo que me susurra en la oreja gana la batalla al angelito y cuando quiero darme cuenta ya estoy caminando hacia allí. Deseo volver a encontrarme con Kenny Russel. Sé que no es lo mejor — dado mi estado, menos aún — , pero lo deseo tanto que es la única razón por la que camino hacia ese maldito granero. Quiero gritarle, quiero insultarle, quiero pegarle y... ¡Oh por Dios, también quiero besarle!

Es como si un remolino de sentimientos contradictorios aplastase cualquier lógica latente en mi mente.

Clavo los pies en la gravilla cuando mi mirada choca con Paige, que tiene a su pequeño sujeto de la mano. Taylor le rodea la cintura con ternura y la estrecha contra él mientras charlan animadamente con uno de los vecinos del pueblo. Un aguijonazo de celos me atraviesa y soy consciente por primera vez de cuánto envidia eso que tiene ella... una familia. Una familia de verdad. Eso que yo nunca, jamás, logré tener.

Me desplomo de rodillas en el suelo cuando soy consciente, de nuevo, de que Kenny no es tan malo como siempre pensaba. En fin, sé que dentro de cinco minutos volveré a odiarle con todas mis fuerzas, pero ahora mismo lo único que proceso son los celos, la envidia y la decepción. Celos porque los Russel siempre han estado unidos, porque nunca les faltó cariño o amor, porque jamás se separaron. Envidia porque el amor que se han procesado siempre ha sido sincero, porque han tenido una madre que los ha adorado por encima de todo y porque Paige ha encontrado a un marido de verdad. Uno capaz de cuidar de ella y del pequeño Nathan; uno capaz de bajarle la luna en vez de prometérsela. Y decepción porque todo eso fue lo que Kenny me prometió y no fue capaz de cumplir... decepción porque todos mis sueños quedaron atrás hace tantos años que ya ni siquiera era capaz de recordarlos.

— ¿Gina? — pregunta Paige, encaminándose a mi dirección — . ¡Gina!

Me ayuda a enderezarme sujetándome por ambos brazos, desde la espalda. Veo cómo le indica a Taylor que no hace falta que se acerque y después, se centra en mí.

— Paige, Paige, Paige... — ronroneo, riendo tontamente.

Ella también se echa a reír de la misma manera.

— Te has agarrado una buena, ¿eh?

Yo levanto los brazos y los dejo caer contra mi cuerpo en señal de rendición.

— Me haaaaas pillado...

Paige vuelve a reír, abrazándome con ternura.

— Creo que debería llevarte a casa — me dice al oído.

— No te preocupes, yo me encargo.

La voz de Kenny me golpea con fuerza, dejándome sin respiración.

Estoy a punto de gritarle que se vaya a la mierda, pero me trago las palabras

cuando su olor me golpea las fosas nasales, aturdiéndome.

— ¿Seguro? — pregunta Paige, aún sin soltarme.

Debe de saber lo mal que terminó la cosa entre nosotros la última vez que nos vimos; lo que no sé es cuánto le habrá llegado a relatar Kenny.

— No te preocupes, la dejaré en casa sana y salva.

— ¡Hip!

Me tapo la boca con ambas manos, avergonzada, cuando comienzo a hipar bochornosamente y sin pausa. Kenny se ríe de la misma manera tierna que Paige y me aúpa entre sus brazos. Yo me estrecho contra su pecho con fuerza, sintiéndome de nuevo esa niña desprotegida que quería quedarse junto a él para siempre.

— ¿Te encuentras bien? — inquiera, colocándome sobre el asiento del copiloto de la furgoneta.

Yo asiento rotundamente con la cabeza y debo de poner demasiado énfasis en el gesto, porque Kenny vuelve a echarse a reír de esa forma tan sensual que me vuelve loca.

— Te llevaré a casa...

Él arranca la camioneta, agarra el volante y echa a conducir en dirección al rancho de mi padre.

Tal vez se deba a la cantidad de alcohol que he ingerido, pero instintivamente pienso que esta situación podría haberse dado perfectamente si jamás me habría marchado a Manhattan. Las facturas llegarían al rancho a nombre de Kenny y Gina Russel y cada año acudiríamos a la inauguración de las fiestas. Bailaríamos en el granero, iluminados por la escasa luminiscencia de la decoración y tomaríamos ponche hasta marearnos. Seguramente, al llegar a casa, Kenny me haría el amor.

Vuelvo a sentir ese aguijonazo de envidia; esta vez por la vida que no he tenido y por el «podría haber sido».

Antes de que mi padre falleciera y de bajarme del maldito avión, estaba convencida de que lo único que deseaba y anhelaba en la vida era ser alguien importante y labrarme un buen futuro del que sentirme orgullosa, pero ahora ya no lo tengo tan claro. Quizás todos mis intentos por triunfar en el ámbito laboral

no eran más que un engaño a mí misma y una excusa para no pensar en Kenny Russel.

Desvió la mirada hacia él y me quedo observando cómo conduce, concentrado, con la vista fija en la carretera. Está tan sexy con ese sombrero de vaquero y esa mirada de hombre herido que...

«¡Estás borracha!», me recuerdo, «mañana te arrepentirás de todo lo que hoy hagas...»

Pero prefiero preocuparme por mis actos mañana que reprimirme hoy.

— Quiero ir a ver las estrellas... — murmuro en voz baja, procurando no arrastrar las palabras ni hipar.

En realidad, no estoy tan mal como pensaba. O eso creo.

Kenny me mira de reojo.

— No creo que sea un buen momento.

Yo sacudo la cabeza en señal afirmativa.

— Lo es — aseguro — , llévame al lugar donde nacen las estrellas.

Detiene el coche en mitad de la calzada y se gira para observarme de arriba abajo, mordiéndose el labio.

— No es buena idea.

— ¿Por qué no?

Las piernas me tiemblan mientras Kenny me traspasa con la mirada.

— Porque creo que no soy capaz de quedarme a solas contigo. No estoy... preparado.

— Por favor... — suplico, imaginándome el claro en el que por primera y única vez Kenny Russel y yo hicimos el amor bajo las estrellas — , llévame allí.

Parece contrariado, pero no me discute.

Hace girar el volante en dirección opuesta y vuelve a conducir con la misma concentración que antes, en silencio. No me mira ni me habla y eso me produce aún más confusión.

Me gustaría preguntarle qué es lo que está pensando, pero eso tan solo daría pie

a muchas preguntas más. Hay tantas cosas que no entiendo... ¿Por qué no me acompañó? ¿Por qué se quedó aquí si había prometido caminar junto a mí hasta el fin del mundo? ¿Por qué me dejó de querer de la noche a la mañana? Sí, ésa es la pregunta que más me ha torturado estos últimos años. ¿Cómo es posible que un hombre deje de amar sin motivo alguno? O quizás si hubo motivo... Pero entonces, ¿cuál fue?

— Hay que seguir a pie — dice, deteniendo el motor.

Me mira con curiosidad y puedo ver el brillo de sus ojos renacer.

— Vale.

Tambaleándome levemente, consigo salir de la camioneta por mis propios medios. Puedo escuchar la risita traviesa de Kenny al otro lado, caminando en mi dirección.

— ¿Qué te hace tanta gracia?

Él me atrapa entre sus brazos y me aúpa en volandas.

— Lo cabezota que eres — asegura, mientras yo comienzo a sacudirme entre sus brazos.

— Caminaré — le digo, convencida — . Caminaré hasta el claro.

— Hay demasiado camino y demasiada vegetación, y tú estás borracha.

Hipo sin control repetidas veces hasta que consigo controlarlo.

— Caminaré.

— ¿No puedes ser la misma chica que conocí? ¿No puedes confiar en mí?

— No. Caminaré.

Kenny me deja en el suelo riéndose suavemente, pero no suelta mis caderas. Siento cómo ese contacto hace vibrar cada parte de mi cuerpo y vuelvo a presentir la manera en la que su veneno me consume poco a poco. Sé que no es buena idea y que estoy jugando con fuego, pero, ¿cómo voy a echarme ahora atrás? ¿Cómo hacerlo si puedo sentir la calidez de sus llamas? Voy a acabar abrasándome, pero no me importa. Esta noche lo único que pienso es en morir calcinada por Kenny Russel.

Ahueca su mano en mi mejilla y me observa con ternura.

— ¿Puedo besarte de nuevo, Gina?

Mi corazón se acelera con brusquedad. Intento controlarme para no sufrir un infarto, pero es imposible. Está tan acelerado y desacompasado que no soy capaz siquiera de responderle.

— Me tomaré tu silencio como un sí.

Y antes de que pueda procesar nada, su aliento golpea mi piel y sus labios se posan sobre los míos. Al principio de forma brusca y salvaje, pero después demuestra una mayor suavidad y ternura. Recorre con su lengua mi boca, deseoso de coger todo aquello que nos hemos negado todos estos años.

Siento la excitación y pasión creciendo en mi interior y no puedo contenerme al deslizar mis brazos por su cuello, dejando caer su sombrero.

— Oh, Gina... — gime ahogadamente, sin liberar mis labios de los suyos.

Todo comienza a dar vueltas a mi alrededor, así que cierro los ojos y me rindo a él. Puedo sentir sus manos recorriendo mi cuerpo, deseándome. Sus dedos traviosos se introducen por debajo de mi blusa y se deslizan con suavidad a través de mi vientre para alcanzar mi sujetador. Estallo de placer cuando Kenny aprisiona uno de mis pechos. Jadeo lujuriosa y pasionalmente, necesitando mucho más de ese contacto.

Después saca la mano de mi blusa y, sin dejar de besarme, vuelve a auparme entre sus brazos.

— Llegaremos antes — susurra en mi oreja, sonriéndome con picardía.

Esta vez no discuto.

Cruzamos el campo de girasoles bajo la luz de la luna llena. Puedo notar el esfuerzo físico que debe de estar realizando Kenny, pero no quiero que la enemistad vuelva a surgir entre nosotros, así que no protesto. Ya no. He decidido rendirme a... él.

Sé que mañana será otro día y que dentro de muy poco regresaré a mi hogar. Y entonces, cuando llegue ese momento, ya me preocuparé por volver a reconstruir y pegar con pegamento cada pedazo magullado de mi destrozado corazón. Puede que esta vez sea mucho más letal que la primera, pero eso tampoco me importa. El veneno sabe tan bien y es tan delicioso que lo único en lo que pienso es en saborearlo lentamente y disfrutarlo hasta que me mate.

— Mira el cielo, Gina... — bisbisea — . Las estrellas han vuelto contigo. Hacía mucho tiempo que Kansas no brillaba tanto como hoy...

Levanto la mirada y choco con un manto de luces brillantes y titilantes que se alza hacia el horizonte sobre nosotros. El recuerdo de un millar de noches mágicas bajo este techo golpea mi mente, pero hago un esfuerzo por controlar las lágrimas y no derrumbarme.

— Seguro que en la ciudad no ves nacer las estrellas — asevera con un tono de voz que no soy capaz de identificar.

Podría contarle que tiene razón; que la contaminación lumínica encapota Manhattan. Podría explicarle que por ésa misma causa me compré un apartamento en uno de los pisos más altos de un rascacielos y podría decirle que cada noche antes de irme a dormir soñaba con la luna de Kansas City y me imaginaba que él también se encontraba observándola.

Pero decir todo eso implicaría dejar al descubierto lo débil que soy y el daño que él fue capaz de causar en mí, así que me quedo callada y me muerdo el labio.

Kenny me deja con delicadeza y se tumba a mi lado, en la hierba. Supongo que estará agotado del esfuerzo, pero no se queja en voz alta.

— Es precioso...

Él se cierne sobre mi cuerpo y me mira fijamente. Después se quita el sombrero con lentitud y lo coloca a mi lado.

— ¿Puedo hacerte el amor, Gina?

Una vez más, mi corazón se desboca en mi pecho y comienza a latir arrítmicamente.

«Sí, Kenny... hazme todo lo que quieras.»

Pero no soy capaz de responder porque, en el fondo, estoy tan atemorizada como aquella primera vez que le entregué mi virginidad pensando que lo nuestro sería para siempre.

«Ahora al menos sabes que no te quiere», pienso, «ahora los dos jugáis con las mismas cartas».

— Me tomaré tu silencio como un sí.

Me besa, primero bruscamente pero después con mayor suavidad.

Cuando se retira de mis labios siento que necesito mucho más de él, de su sabor, de su contacto. Puedo ver cómo se quita la ropa bajo la leve luz de la luna y cómo sus pectorales quedan al descubierto. Un escalofrío recorre mi cuerpo cuando posa las manos en mi cadera y eleva mi camiseta, retirándola. Estoy húmeda, hambrienta, desamparada. Preciso recordar con urgencia qué se sentía cuando Kenny inundaba mi ser, cuando reclamaba mi cuerpo con fiereza.

Pero él se toma las cosas con calma, conteniendo cada movimiento. Desabrocha mi pantalón y lo retira junto a mis bragas, así que únicamente llevo puesto el sujetador. Recorre con su dedo índice el camino de mis pies a mis pechos, pasando con disimulo por mi monte de Venus y obligándome a temblar ante él. Suspiro ahogadamente intentando controlar el impulso de agarrarle del pelo y tirarle hacia mí, para poder besarle, para poder tenerle.

Cuando llega a mis pechos, se entretiene dibujando la forma del sujetador, pero no lo desabrocha ni lo retira, si no que lo deja donde está. Después termina de desnudarse, dejando al descubierto su duro y viril miembro.

«Kenny...uff»

Alargo mi brazo dirigiéndolo a él, pero me retiene y coloca mi mano detrás de mi cabeza.

— Estate quieta, Gina — ordena con voz autoritaria, retomando esos aires superiores de cowboy seguro de sí mismo — . He esperado esto demasiado tiempo, así que voy a disfrutarlo...

«¿Así que es verdad? ¿Me has estado esperando?»

Sacudo esas preguntas de mis pensamientos porque no es momento de meditar en ellas.

Ahora sólo quiero disfrutar y... mañana ya tendré tiempo de arrepentirme de todo.

Vuelve a besarme, apoyando su cuerpo desnudo contra el mío y rozándose contra mí. Me muerde el labio mientras se restriega de tal manera que la tela del sujetador consigue erizarme la piel y los pezones. Intento rodearle con una pierna para exigirle más, pero Kenny me retiene con fuerza, inmovilizándome y tomándome sólo cuando y cómo quiere, anulándome. Aunque no quiero someterme a él de ningún modo, me gusta. Siento que se comporta de una manera animal y salvaje, como si intentara recordarme que soy suya. Sólo suya.

Termina desabrochándome el sujetador para succionar mis pezones en su boca y

mientras se entretiene en ese acto, haciéndome gritar de placer, no puede evitar que agarre su miembro por la base y lo masturbe con ansia.

— ¡Oh, joder, Gina! — grita, aspirando mi aroma.

Él me imita y mueve su mano hasta mi humedad para entrar y salir de ella con ferocidad. Ya no hay delicadeza ni movimientos contenidos, simplemente nos movemos por instinto.

«Te necesito, Kenny, siempre te he necesitado...»

Observo su rostro morbosos bajo esa luz blanquecina de la luna y pienso que en cualquier momento me desmayaré. No sé si es cosa de la oscuridad, del placer que me provocan sus actos o del alcohol que he ingerido; quizás el simple cóctel de los tres elementos sea mortal.

Cuando Kenny se clava en mi interior, inundándome por completo, arqueo la espalda y alzo las piernas para rodear su musculoso y tenso cuerpo. Quiero que me penetre con más fuerza, pero me resisto a suplicarle. No, jamás volveré a suplicar a Kenny Russel.

Respondo a sus embestidas recibéndole, alzando mi cuerpo hacia él para que consiga llenarme por completo. La mueca que Kenny contiene en el semblante es tan intensa que con tan solo mirarle todo mi cuerpo reacciona, excitándose.

No sé cuánto tiempo pasamos de esa manera, besándonos, disfrutándonos, saboreándonos... hasta que nuestros cuerpos sudorosos y resbaladizos no son capaces de contener más el orgasmo y estallan de placer bajo la luz y la mirada de las curiosas estrellas. Las mismas que años atrás nos vieron amarnos en este mismo lugar.

Kenny me abraza con fuerza, estrechándome contra sus brazos. Un instinto de supervivencia me grita que me aleje de él y recoja mi ropa pero por alguna razón, no hago caso a mi yo interior. No quiero alejarme de él, aunque tengo muy presente que al final terminaré herida.

«¿Qué poder tiene Kenny sobre mí?», me pregunto, mientras él recorre mi espalda con un reguero de besos. «El mismo que tenía cuando me marché».

Aunque me cueste admitirlo, siempre ha sido él. Siempre.

Pero también sé lo cruel y despiadado que puede ser y que si no huyo cuanto antes de Kansas City estas caricias terminarán convirtiéndose en un amor, en cariño, en algo tan doloroso que ni siquiera creo que pueda ser capaz de dejar atrás. Pensar que Kenny Russel ha cambiado y ya no es el mismo de siempre

sería un error que no puedo permitirme ni perdonarme. No, no puedo. He pasado demasiados años construyendo una vida como para volver a desmoronarme por él.

— ¿Tienes frío? Estás temblando.

Sigo callada, sin responderle.

Me cuesta ser agradable con él cuando se comporta de esta manera tan cariñosa y... falsa. Sí, quiero que haya una pequeña tregua entre nosotros — al menos por esta noche — , pero tampoco sé cómo sobrellevarla sin lanzarle los cuchillos que tengo preparados y apuñarle por la espalda.

— ¿Gina?

— Estoy bien, gracias — respondo ante su insistencia.

Aunque estoy delante de él y me tiene abrazada por la espalda, puedo sentir la sonrisa que se ha iluminado irónicamente en su rostro.

— Con los años te has vuelto aún más testaruda de lo que ya eras.

«Así que es eso, ¿eh, Kenny? Que ya no soy la niña tonta que podías manipular, ésa que te abrió su corazón sin dudarlo.»

— Una virtud que no quiero desaprovechar.

Él suelta una risita suave en mi espalda, después planta un beso en mi nuca de forma cariñosa.

— Te recuerdo que has sido tú la que me ha pedido esto...

— ¿Cómo? — murmuro, girándome hacia él — . Para un poco, vaquero. Yo no te he pedido nada.

Estoy a punto de saltar en chispas cuando Kenny vuelve a reír de esa manera tan dulce, derritiendo mi corazón. Me contengo porque su sonrisa sincera y desnuda me impide continuar con el ataque.

— Tienes razón... esto ha sido cosa mía, Gina — ronronea en mi oreja, besándome el cuello — . Todo ha sido cosa mía... perdóname por no haber sido capaz de resistirme a tu belleza.

— ¿Crees que con esos halagos conseguirás seducirme, Kenny?

Él vuelve a reír, ahora estrechándome con fuerza entre sus brazos.

— Creí que ya había logrado seducirte, Gina...

Odio que tenga la última palabra, así que empiezo a pensar una grosería para escupirle en la cara cuando Kenny atrapa mi rostro entre sus dos manos y me obliga a alzar la vista al cielo. Justo en ese instante una estrella fugaz resplandeciente cruza el cielo con rapidez, relampagueando.

— Ahora recuerdo por qué decíamos que en este lugar nacían las estrellas...

— murmuro en voz bajita, sintiendo una inevitable sensación de «deja vu».

10

Cuando amanece en Kansas City, aún estamos en el claro, abrazados. Nos hemos debido de quedar dormidos mirando las estrellas, así que cuando nos despertamos estamos congelados y, cómo no, todavía desnudos.

Nos vestimos con rapidez para dirigirnos a la camioneta, y mientras recorremos el camino de vuelta, no puedo evitar sentir que estoy cometiendo los mismos errores que marcaron el sufrimiento de mi pasado.

Kenny detiene su pickup delante del rancho de mi padre y se queda callado, observándome fijamente. Supongo que está esperando algo de mí, pero yo no sé qué es lo que debo decirle.

— Necesito saber que esto no va a ser cosa de una noche, Gina...

— Kenny... — suspiro, agotada, interrumpiéndole.

Ahora mismo, dada la confusión que sufro, ésa no es precisamente una de las conversaciones que puedo permitirme mantener.

— De verdad que necesito saberlo — asegura, estrechando mi mano entre las suyas — . No quiero volver a perderte y no quiero marcharme de este rancho pensando que puedes volver a desaparecer.

Lo miro fijamente mientras mi corazón vuelve a resquebrajarse.

«No seas egoísta, me perdiste porque tú quisiste. Me abandonaste».

Pero el nudo que me aprieta la garganta es tan fuerte que ni siquiera puedo responderle eso. Presiento que si no me marchó con celeridad, me echaré a llorar en cualquier instante y...

— Gina, por favor, sólo dime que no huirás de esto — suplica, con los ojos acuosos.

«¡Oh, Dios! ¿El importante vaquero de Kansas, Kenny Russel, está llorando? Eso sí que no me lo esperaba».

— Yo...

— Sé que las cosas no salieron bien en el pasado y sé que aún me odias por... por lo que hice — continúa, con una lágrima recorriéndole la mejilla — , pero no me quedó más elección, Gina.

Toda la ternura y la delicadeza del momento se esfuma cuando escucho esas últimas palabras de Kenny, así que retiro mi mano al momento, tensándome en el asiento y disponiéndome a abandonar la pickup.

— No vuelvas a hacerlo, Kenny — le advierto con un tono de voz firme que ni siquiera sé cómo soy capaz de mantener — . No te atrevas a volver a mentirme así.

Cuando me bajo de la camioneta y acelero el paso hacia el porche, las piernas me fallan y me derrumbo en el suelo. Puedo escuchar la puerta de la pickup abriéndose y presiento que Kenny acude en mi ayuda, pero no le necesito. Jamás volveré a necesitarle porque he aprendido a valerme por mí misma.

— ¡Estoy bien! — grito, levantándome de la gravilla.

Me quedo inmóvil sin caminar un paso más, temerosa de que mis temblorosas extremidades vuelvan a decidir dejarme en ridículo. Cuando escucho el motor de la camioneta alejarse a mi espalda, vuelvo a probar suerte y camino al interior del rancho.

Cojo una chaqueta del perchero de la entrada, me abrigo superficialmente con ella y me dirijo a los graneros para darle el desayuno a mi pequeño Twist.

— No te preocupes, chico — murmuro, observándole en la distancia cómo devora su pienso — . No dejaré que ese cavernícola se encargue de ti... Fiaré tu custodia a Paige. En ella sí podemos confiar.

«Tengo que salir de este maldito lugar antes de que sea tarde».

Twist deja de comer y alza la cabeza, observándome con esos preciosos e intensos ojos de color miel. Sabe que me estoy dirigiendo a él, lo sé.

— Eres muy listo, ¿verdad? Y yo muy estúpida. Realmente estúpida.

Sin quererlo, vuelvo a derrumbarme emocionalmente, y el golpe es tan intenso

que noto cómo el dolor atraviesa mi pecho. Apoyo la espalda contra la pared del establo y me dejo caer hasta terminar sentada en la paja, frente a Twist.

Ya es tarde para estar a salvo porque, una vez más, he sido tan idiota de dejarle entrar en mi vida y de entregarle mi corazón. ¿De verdad me creía que todas esas caricias y esos besos no iban a significar nada? ¿Qué podría borrar el contacto de su piel contra la mía con una ducha?

«Eres una mujer idiota, estúpida y absurda. Sobre todo, muy absurda».

Cuando recobro la compostura, me levanto y me dirijo al interior del rancho. Estoy demasiado cansada, física y psíquicamente, como para continuar meditando y repasando la noche, así que decido irme a dormir, convencida de que cuando despierte podré pensar con mayor claridad.

Vuelvo a abrir los ojos al mediodía, empapada en sudor.

El calor en Kansas es pegajoso e insoportable, y a eso debo sumarle el tufo a whisky que desprende mi cuerpo y mi aliento. Pero antes de meterme en la ducha, un pitido que proviene de mi teléfono móvil capta mi atención y me acerco al aparato para revisarlo. En algún momento debo de haber recuperado la cobertura porque todas las llamadas que he recibido estos últimos días han llegado al terminal en forma de mensajes de aviso. La mayoría de las llamadas son de Eva, de algún socio financiero de la empresa o... de Francis.

«Francis...»

Mientras el chorro de agua fría cae por mi espalda pienso en él.

Cierto es que nunca le entregué mi corazón, pero también sé que Francis se merece mi respeto y mi fidelidad. Confío en él, y eso es muchísimo más de lo que podría decir del maldito Kenny Russel.

Me envuelvo con la toalla y me quedo mirando fijamente la maleta de mano que tengo a medio deshacer en la habitación que me perteneció en mi infancia. Sé que todo el dolor que ahora me alberga es culpa mía, por haberme empeñado a regresar a este odioso lugar en vez de haber enviado a alguien en mi lugar. Siempre tuve la opción de firmar un poder a un abogado y no haber movido un pie de Manhattan; pero muy en el fondo deseaba volver y comprobar cómo estaba todo. Verificar que nada había cambiado y que las cosas seguían igual que cuando me marché. Y..., no sólo eso. Puede que también hubiera deseado volver a ver a Kenny. Por mucho que intente negarlo, siempre fui una masoquista en los asuntos que le concernían a él.

Ha llegado la hora de despedirme de este rancho para siempre. De volver a la realidad y dejar atrás todo lo que tenga que ver con mi pasado.

Me visto con rapidez, recojo mis pertenencias en el interior de la bolsa y me cepillo superficialmente mi cabello rubio antes de salir por la puerta principal. Cuando piso el porche, mi mirada se clava en los establos y no puedo reprimir otro ataque de angustia sacudiendo mi mente. Twist. También voy a dejar atrás a Twist.

Camino hasta su cuadra con la intención de despedirme, pero antes de alcanzarla ya estoy hecha un mar de lágrimas y casi no puedo ni respirar.

— Te echaré de menos — gimoteo, dándole unas pequeñas palmaditas en el lomo.

Twist apoya su cabeza sobre mi hombro y se queda en esa posición varios minutos; hasta que yo consigo calmarme y dejar de llorar.

Le echaré de menos, sí. Quizás, después de todo, sí que consiga llevarme algo bonito de todo este viaje.

— Paige cuidará bien de ti, te lo prometo...

Y en ese momento, el sonido de una camioneta llegando al rancho llama mi atención.

«Mierda, mierda...», murmuro. Había tenido la esperanza de poder marcharme evitando cualquier tipo de despedida.

Camino hasta la entrada, escondo la bolsa de viaje entre la paja y, fingiendo una sonrisa, salgo al exterior. Esperaba encontrarme al idiota de Kenny Russel aparcando su pickup frente a mi porche, pero me equivocaba. Se trata del juez Dixon.

Dibujo la mejor de mis sonrisas en el rostro, caminando hacia su encuentro.

— ¡Querida! — exclama el hombre, aproximándose a mí con movimientos dificultosos.

Al parecer, los años no pasan tan en vano cuando en agilidad se refiere.

— Juez Dixon — saludo, besándole fugazmente en la mejilla — . Ahora mismo iba a visitarle...

— ¡Pues fíjate! ¡No ha hecho falta! — bromea.

Yo suelto una risita tonta.

Estoy tan destrozada, que lo único que pienso es en terminar con esta reunión lo antes posible para poder marcharme de aquí.

— ¿Y la camioneta de Larry, querida?

«¡Oh no, la maldita camioneta!»

Debí de dejarla ayer en el pueblo, porque esta mañana ha sido Kenny quien me ha traído a casa.

— La dejé aparcada en el pueblo... ¡Ya sabe, el ponche!

— Sí, sí... ya me imaginaba — sonrío él — . Pero vayamos a lo importante, ¿te parece?

Asiento, caminando a su lado hasta el porche.

Ambos tomamos asiento en las escaleras, bajo el sol abrasador del mediodía. Una leve capa de sudor cae por la frente del juez Dixon y su aspecto parece tan cansado que estoy a punto de proponerle que pase al interior y se eche un rato. Pero no lo hago.

— Tengo malas noticias para ti, querida — susurra en voz baja, como si de ese modo fuera a pesar menos aquello que tiene por decir — . Tu madre ha regresado a Kansas City.

— Mi... ¿madre?

— Ahora mismo la acabo de dejar en el bar de Larry, tomándose una limonada.

Intento procesar la noticia, pero soy incapaz.

¿Qué mi madre ha regresado? ¿Cómo es eso posible?

Hace tantos años que se marchó, abandonándonos a nuestra suerte, que en realidad es como si jamás hubiera existido.

El sonido de un segundo motor acercándose al rancho distrae nuestra atención, obligándonos a mirar al frente.

— ¿Esperabas visita?

— No...

«¡Lo que me faltaba!»

La pickup destartalada de Kenny aparece al fondo del camino, levantando una nube polvorienta a su paso. El juez Dixon sonríe con picardía cuando le ve doblar la curva y aproximarse al rancho.

— ¡Vaya sorpresa! — exclama, clavando su longeva mirada en mí — . ¡Es el joven Russel!

— Sí, vaya sorpresa... — replico con ironía.

Kenny se baja de la furgoneta con su sombrero de vaquero ladeado y una sonrisa grabada en el semblante. Va vestido con una fina camiseta de lino que, por el sudor, se ha pegado a su piel, haciéndome recordar la visión de sus pectorales bajo la luz de la luna. Me estremezco con tan solo imaginar la escena que tuvo lugar en el claro.

— ¡Buenos días, juez Dixon! — saluda con alegría — . ¿Qué tal, Gina?

Me encojo de hombros sin mover un solo dedo del lugar en el que estoy sentada.

— Creo que no es buen momento, Kenny...

— Oh, sí, será mejor que se quede aquí, señor Russel — señala Dixon, contradiciéndome — . Hay noticias que son más fáciles de escuchar en compañía de los seres queridos.

— Exacto. En compañía de los «seres queridos» — enfatizo, frunciéndole el ceño a Kenny.

Pero a pesar de mis esfuerzos, parece que no tiene intención de marcharse a ninguna parte.

— ¡Dios, qué horrible bochorno! — exclama Kenny, sentándose junto al juez.

El juez Dixon comparte su opinión con un movimiento afirmativo de cabeza.

— ¿No tendrás limonada dentro, no, Gina? — pregunta, secándose el sudor que se ha formado en su frente, bajo el sombrero — . Esto es insoportable.

— Si quieres li...

— Un poco de limonada sería estupendo — me corta el juez Dixon.

Refunfuñando para mis adentros, me introduzco en el interior de la vivienda para

rescatar un par de vasos y la limonada que me trajo Paige el día anterior. Media jarra se quedó en la nevera; lo que es una verdadera suerte.

Cuando salgo, el juez Dixon y Kenny charlan animadamente como viejos amigos, y yo no puedo evitar sentirme un poco fuera de lugar. Además, lo último que me apetece ahora mismo es tratar los asuntos de mi herencia y del divorcio de mis padres en presencia de Russel.

Les lleno ambos vasos y me vuelvo a sentar donde estaba antes.

— Como te iba diciendo, Gina... tu madre ha regresado.

Kenny abre los ojos como platos, en silencio, y centra toda su atención en mi rostro.

— Y el asunto se ha terminado enredando aún más — continúa —. Según cuenta ella, jamás se llegó a firmar el divorcio y... bueno, por lo que me ha dicho, tampoco tiene ninguna intención de renunciar al rancho.

— ¿Perdone? — escupo, sintiendo una oleada de odio creciente ascender por mis entrañas —. ¿Qué ha dicho?

El juez Dixon se encoge de hombros.

— Pero esa mujer se marchó hace veinticinco años, juez. No puede quedarse el rancho de Connor cuando no ha movido un solo de...

— Lo sé, lo sé... — canturrea Dixon —. No he dicho que vaya a ser fácil conseguir el rancho, pero tampoco he dicho que sea imposible. Habrá que pelearlo.

«Pelearlo», repito mentalmente.

Pero ya estoy cansada.

Este viaje al pasado me ha costado mucho más de lo que podía imaginar y, si continúo aquí, terminaré pagándolo con mi cordura e incluso puede que con mi actual puesto de trabajo.

— Connor siempre decía que iba a hacer un testamento, así que no descarto que pudiera haber algo escrito por él en el rancho. Si fuera así, y si además se pudiera demostrar la separación y el abandono de su mujer, entonces Gina volvería a ser la heredera total del rancho. Como poco, la heredera parcial.

— Esa mujer venderá el rancho, se quedará el dinero y se olvidará de este lugar tan pronto haya firmado los papeles, juez. Connor jamás lo habría permitido.

«Exactamente lo que esperaba hacer yo. Vender, firmar, marchar».

Quizás, muy en el fondo, mi madre y yo no seamos personas tan diferentes.

Me levanto de las escaleras y me sacudo el polvo de los tejanos con la palma de las manos, justo antes de mirar fijamente a los dos hombres que hay sentados en el antiguo porche de mi padre. Ha llegado la hora de decir adiós y de continuar.

— Puede quedarse con el rancho. Renuncio a él.

Ambos me escrutan de hito a hito, como si de pronto se me hubiera ido la chaveta.

— No sabes lo que estás diciendo, Gina... — escupe Kenny, con una nota de odio en su voz.

El juez se levanta con esfuerzo y camina un paso al frente para apoyar su mano sobre mi hombro en un gesto paternal.

— No tomes ninguna decisión precipitada de la que luego te puedas arrepentir, querida — murmura — . Ven a verme de nuevo cuando aclares las ideas.

Sin esperar mi respuesta, se aleja cojeando levemente hasta su camioneta.

Kenny y yo volvemos a quedarnos a solas, mirándonos fijamente. Puedo ver el desafío y la decepción impresos en su rostro, aunque no consigo identificar la razón que los causa. ¿Acaso esperaba que me quedara aquí a vivir, en el rancho, para el resto de mis días? ¡Gina Steven, ranchera y ganadera! Desde luego, ése debe de ser el sueño de cualquier mujer cosmopolita hecho realidad, ¿eh?

— No renuncies a la herencia, Gina — murmura en un tono prácticamente de súplica — . Hazlo por él.

Todo esto es demasiado.

— Me da igual que después vendas el maldito rancho, pero no dejes que esa mujer se quede todo lo que tu padre construyó, por favor...

— Kenny...

El dolor en su mirada es tan patente que casi lo puedo sentir como mío y, por

primera vez desde que volví a pisar Kansas City, me doy cuenta de lo mucho que los Russel querían y valoraban a mi padre.

— Recuerda lo que sufristeis cuando os abandonó, lo que le costó a tu padre salir adelante...

«Lo recuerdo perfectamente, Kenny».

Fue la época más dura de toda mi infancia y tan sólo conseguimos dejarla atrás gracias a la ayuda de Sydney Russel.

Dubitativo, se levanta de las escaleras y da un paso al frente hasta quedar junto a mí. Puedo sentir el miedo en su tono de voz, en sus movimientos y en sus ojos. Aprisiona mis manos entre las suyas y tira de mi cuerpo hasta pegarlo al suyo.

— Te ayudaré a luchar por él, Gina... Si me lo permites, estaré a tu lado hasta que todo esto termine. Pero lucha, por favor, lucha por Connor. Se lo debes.

«Sí, se lo debo».

¿Cómo no se lo voy a deber? ¡Le debo mi vida!

Sé, justo en ese instante, que mi estúpido plan de salir corriendo y coger el primer avión en dirección a Manhattan se ha ido al traste. No puedo marcharme. Y quizás, después de todo, jamás consiga huir de estos malditos campos que nublan mi razón.

Kenny coloca un dedo debajo de mi barbilla, obligándome a alzar la cabeza y mirarle.

— Confía en mí por una vez en la vida, Gina... Prometo que esta vez no te fallaré.

Soy incapaz de pasar por alto la parte de “esta vez”, pero antes de poder replicar, sus labios vuelven a posarse sobre los míos robándome el aliento y un suspiro ahogado. El olor varonil de su sudor inunda mis fosas nasales y, sin quererlo, vuelvo a perderme en esas dos noches que Kenny y yo hemos pasado juntos; una tan diferente de la otra.

«No prometas nada que no vayas a ser capaz de cumplir, Kenny...», me digo para mis adentros.

11

Estamos desnudos en el sofá del rancho, acariciándonos mutuamente. Con él todo es tan intenso que estoy segura de que podría pasarme los días de esta manera, bajo las mantas, sin salir a la calle. Si por mí fuera, a su lado todo sería sexo, pasión, caricias y besos.

La culpa me invade fugazmente cuando Francis aparece en mi cabeza, pero ni siquiera en este momento pienso en él como mi novio o como la persona a la que debería ser fiel. Lo que me digo, en cambio, es que nadie en este mundo ha sido capaz de besarme y provocarme como Kenny. Ningún otro hombre ha sido capaz de despertar un millar de mariposas en mi estómago y hacerme sentir como una adolescente enamoradiza.

— Siempre me ha gustado cómo frunces el ceño cuando estás pensativa — ronronea en mi oreja, mordisqueándome el lóbulo.

Le miro cansadamente, intentando averiguar qué es lo que imagina él que sucederá ahora.

Sé que espera encontrar algo que me dé la potestad para decidir sobre el futuro del rancho, pero no termino de comprender qué es lo que Kenny espera de mí. ¿A qué vienen ahora todas esas promesas si los dos sabemos que cuando me marche a Manhattan quedarán suspendidas en el aire? Ya me lo dijo Paige; él es un chico de campo. No sirve para la ciudad.

Entonces, ¿qué? Venderé el rancho y nuestros caminos volverán a separarse. Todo esto volverá a quedarse en el recuerdo y, como me temía desde el principio, será una evocación del pasado tan venenosa que me consumirá.

— ¿Quieres volver a verla? — me pregunta.

Puedo sentir su dedo travieso recorriendo mis pechos, provocándome de nuevo. Si continúa así, volveremos a empezar donde lo hemos dejado y jamás

lograremos reunir las fuerzas necesarias para detener nuestros juegos pasionales.

— No, no quiero verla. No tengo nada que decirle a esa mujer — aseguro.

Tuvo la oportunidad de hacer las cosas correctamente y la desaprovechó, así que ahora me es indiferente lo que espere o quiera de mi persona. Por lo que a mí respecta, jamás tuve madre, tan sólo padre. Y la verdad es que fue el mejor de los padres.

— Gina... — murmura Kenny con voz dulce, besándome el vientre — , quiero hacerte una propuesta, pero no quiero que respondas ahora.

Instintivamente, mi cuerpo se tensa.

Kenny Russel nunca fue conocido por sus buenas ideas.

— Cuéntame...

— Este año tengo pensado participar en el rodeo del condado. Llevo preparándome para esto mucho tiempo y creo que tengo oportunidades reales de ganar.

«¿Nunca cambiarás, vaquero?»

— Ya sabes lo que pensaba de los rodeos... y mi opinión aún se mantiene.

— El premio es demasiado tentador como para resistirme a él, Gina. Además, tengo pensando invertirlo en una buena causa — añade, riendo sobre mí boca.

Me besa levemente y antes de retirarse, mordisquea mi labio tirando de él con sensualidad. Siento cómo la excitación vuelve a ir en crecimiento y tengo que contenerme y concentrarme para poder continuar con la conversación que estamos manteniendo.

— ¿En qué vas a invertir el premio? — inquiero, a pesar de saber que estoy cayendo en sus redes.

— En comprarte el rancho — confiesa — , será más que suficiente y te daré por él una cuantía mayor de la que cualquiera pueda pagarte.

La sangre se me congela nada más escuchar aquello.

¿Así que por eso quiere que yo sea la propietaria? ¿Para poder pagármelo?

— Será tuyo siempre que lo desees, podrás venir cuando quieras y no tendrás que deshacerte de la única herencia que Connor te dejó.

Lo medito unos instantes y me sorprendo pensando que suena bien. Realmente bien. Sobre todo por el hecho de que el rancho se convertirá en un vínculo que nos ate, a pesar de la distancia.

— ¿Y si no ganas el rodeo? — sugiero.

No es una competición sencilla y el listón está realmente alto.

Kenny se encoge de hombros y por su actitud, supongo que no tiene un plan B del que tirar en el caso de que el primero falle.

— Ya me preocuparé por eso más adelante, ahora sólo quiero preocuparme por... esto — dice, besándome el ombligo.

Yo sonrío como una quinceañera tonta y Kenny continúa descendiendo con su reguero de besos hasta alcanzar mi entrepierna. Posa su boca sobre mis labios vaginales, humedeciéndome, y después atrapa mi clítoris haciéndome temblar de placer.

«Oh, Dios, sí que podría pasarme así el resto de mi vida...»

— ¿Jugamos a vaqueros, princesa? — me pregunta, guiñándome un ojo con picardía.

Antes de que pueda responder, Kenny hace vibrar cada célula de mi cuerpo y no logro ahogar un gemido ronco de placer.

Las próximas horas las pasamos de esa manera; tocándonos, besándonos, lamiéndonos. No llegamos al final porque ninguno de los dos quiere que el juego termine y que la excitación se extinga, así que simplemente disfrutamos de nuestros cuerpos desnudos hasta que el orgasmo nos atraviesa sin remedio. Y aún con esas, tampoco nos movemos del sofá. Hay demasiado que ver y disfrutar, demasiado tiempo perdido que nos habíamos prometido y que jamás llegamos a tener para nosotros.

— ¿Sabes dónde guardaba mi padre los papeles? — le pregunto, dispuesta a buscar ese maldito testamento del que ni siquiera tenemos constancia de su existencia.

Kenny se levanta del sofá y se coloca los calzoncillos antes de plantarse en mitad del salón. Desvía la mirada por cada esquina y después, la clava fijamente en mí. Sonríe. Y lo peor es que su sonrisa está cargada de ternura y de amor.

«No, de amor no. Deja de engañarte, tontita».

— Creo que subía todo el papeleo al desván, aunque también dejaba las carpetas más recientes en el armario del pasillo. Ya sabes, las facturas pendientes y todo eso...

Suspiro pensativa, diciéndome a mí misma que buscar ese testamento imaginario será exactamente igual que encontrar una aguja en un pajar.

— ¿Nos ponemos manos a la obra? — pregunta, tendiéndome la mano.

Asiento, me envuelvo el cuerpo en la sábana y abandono el calor del sofá para comenzar la búsqueda del tesoro.

Unas cuantas horas más tarde, hemos revuelto la casa de arriba abajo sin resultado. Estamos sentados entre las montañas de papeles, revisando cada uno con determinación, cuando Paige aparece con una bolsa de comida en una mano y el pequeño Nathan sujeto de la otra.

El niño, nada más ver a su tío Kenny, sale disparado y se engancha de su cuello. Kenny se tira al suelo fingiendo ser derribado y ambos empiezan a dar vueltas y vueltas por el suelo de madera, entre carcajadas contagiosas. Paige y yo no tardamos demasiado en unir nuestras risas a las de ellos y en pocos minutos el rancho se transforma en un escenario de juegos y diversión.

— He pensado que te gustaría guardar esto de recuerdo — me dice, entregándome una fotografía — . Nos la sacó Taylor hace algún tiempo.

Me quedo observándola fijamente. De izquierda a derecha son Paige, su hijo Nathan cogido de la mano de mi padre y, junto a ellos, Kenny. Instantemente, la ternura invade mi corazón y me alegro de comprobar lo querido y bien rodeado que vivió mi padre sus últimos años, aunque a la vez me siento culpable por no estar también presente en esa instantánea.

— Te quería mucho, Gina — susurra para que los dos revoltosos del suelo no puedan escucharla — . Siempre se sintió muy orgulloso de ti.

— Gracias..., muchas gracias.

Ella me abraza y me besa la mejilla.

Bebemos un poco de limonada en la cocina y le cuento a Paige el asunto del testamento, de mi madre, y todo lo que se ha enredado el tema de la herencia. Promete ayudarnos en otra ocasión, porque de pronto, recuerda que Sydney la

estaba esperando para hacer varios recados.

— ¿Te llevamos?

— No hace falta. Nathan necesita hacer un poco de ejercicio — asegura, sonriente.

Llama a su hijo con voz firme y autoritaria y ambos nos despedimos de ellos, agradecidos por la fugaz visita.

Después de decidir abandonar la búsqueda momentáneamente, salimos de paseo con Twist y Tormenta.

Tormenta es la yegua rebelde de Kenny, ésa que adora por encima de cualquier cosa — al igual que asegura que mi padre adoraba a Twist — . Es curioso porque Tormenta es negra como la noche y tiene unos ojos oscuros y penetrantes, que contrastan terriblemente con la blancura de mi chico. Mientras cruzamos al trote los campos, riendo como si volviéramos a ser esos dos niños que se prometían la luna, no puedo evitar pensar que podría llegar a ser feliz aquí, en Kansas City.

Sé que esto no es real y que en el día a día no sería así; un rancho requiere de mucho trabajo y esfuerzo físico para salir adelante. Un trabajo demasiado sacrificado para la recompensa que se obtiene, claro. Pero es inevitable que sienta algo parecido a la esperanza mientras Kenny entrelaza mis dedos con los suyos y ambos, unidos, montamos caminando hacia el atardecer como si fuéramos capaces de acariciar el cielo con la yema de los dedos.

Regreso al rancho y Kenny pasa de largo para regresar a casa. Promete volver mañana para continuar con la búsqueda, y yo sigo siendo incapaz de creer ninguna de las palabras que salen de su boca.

Cuando me acuesto en la cama y cierro los ojos, siento que este día ha sido mágico. Un sueño hecho realidad que, por mucho dolor que pueda ser capaz de infundirme cuando desaparezca todo, jamás olvidaré.

«Jamás olvidaré a Kenny», pienso.

Puede que ése sea el pensamiento más desgarrador.

12

Hoy comienza el rodeo estatal.

Hay demasiados participantes inscritos y el listón está muy alto, así que espero que Kenny no sueñe demasiado con resultar ganador. Al fin y al cabo, resultaría demasiado decepcionante para él perder y que además el rancho fuera vendido a un cualquiera.

Tengo que pensar muy bien cómo actuar en el futuro si espero que ninguno de los dos termine herido después de todo esto.

Preparo una taza bien caliente de café y me acomodo en las escaleras del porche, con la cabeza apoyada sobre la barandilla. He madrugado bastante, así que un impresionante amanecer rojizo se extiende por doquier frente a mí.

Veo aparecer la furgoneta de Kenny al fondo de la carretera y sonrío tontamente. Quizás sí que haya cambiado y ya no sea ese chico egoísta y mentiroso que conocí en el pasado. Puede que esta vez se esté intentando ganar una oportunidad de verdad; una que no desperdiciará.

— ¿Sydney? — pregunto perpleja, saltando del escalón en el que estaba sentada.

La mujer ensancha una sonrisa de oreja a oreja en su rostro y, con una cesta aferrada bajo el brazo, se aproxima hacia mí.

Los años la han tratado mal; a pesar de que sigue estando igual de regordeta — ni un kilo arriba ni uno abajo, al menos a primera vista —, la expresión de su rostro muestra un sentimiento perpetuo de sufrimiento y tristeza. Tampoco me sorprende, porque ya lo había visto antes en otros hombres y mujeres del campo después de que alcanzasen cierta edad.

— Gina, Gina... — canturrea con su voz aguda.

Un millar de recuerdos me aplastan inmediatamente y siento en mi interior un agradecimiento tan profundo que no sé ni cómo reaccionar. Esa mujer que tengo delante fue la responsable de que mi padre consiguiera superar el abandono de mi madre y la única que cuidó de nosotros dos.

Camina cojeando levemente de la pierna izquierda hasta llegar al porche.

— ¿No vas a saludarme? — bromea, dejando la cesta sobre un escalón y con sus brazos abiertos, se va acercando para recibir mi abrazo.

Desciendo los escalones que me separan de ella y respondo de esa misma manera. El apretón es cálido, reconfortante y real. Un abrazo real.

— ¡Oh, mi niña! ¡Cuánto te he echado de menos!

— Yo también a ti, Sydney...

Pasamos al interior y pongo la cafetera al fuego.

Sydney se desenvuelve con comodidad en el rancho y doy por hecho que durante este tiempo, a pesar de mi ausencia, ella también siguió cuidando de mi padre. En realidad, todos lo hicieron, menos yo.

— Cuéntame qué tal te ha ido todo — me pide, apoyando los codos sobre la mesa con aire soñador — . ¿Es la ciudad tan bonita como he escuchado?

— Más aún — aseguro, sonriendo del mismo modo que ella — . Tiene edificios que parecen ascender hasta el cielo, luces por todas partes, comercios, calles abarrotadas de gente que proviene de culturas diferentes...

— ¿Y es verdad lo que he visto en televisión? ¿La gente se tiñe el pelo de azul?

Yo suelto una tremenda carcajada.

— De azul, de verde, de rosa... ¡Del color que más les guste!

— ¡Santo cielo! — exclama, tapándose la boca con una mano.

Ambas saltamos en risotadas hasta que la cafetera comienza a silbar. Me apresuro a servir dos tazas de café calentitas, la de Sydney, como siempre, con mucho azúcar. Nos mantenemos en silencio unos instantes hasta que decido aventurarme a preguntar.

— ¿Qué te trae por aquí, Sydney?

Intuyo que no se debe a una simple visita de cortesía.

Ella tuerce una mueca de disgusto.

— ¿No puedo venir a saludarte? — inquiera, guiñándome un ojo — ¿Después de tantos años sin verte?

— Claro que sí, ya lo sabes.

Sydney vuelve a guardar silencio, removiendo el café pensativamente.

— Te he traído empanada y rosquillas, supongo que no estarás alimentándote correctamente en la ciudad. Estás demasiado delgada.

— Oh, gracias — murmuro, revisando el contenido de la cesta — . Huele de maravilla, la verdad.

— Oye, Gina... ¿Es verdad lo que me ha contando Paige? ¿Tu madre... ha regresado?

— Sí.

— ¿La has visto?

Yo niego con un movimiento de cabeza y ella vuelve a concentrarse en el contenido de su taza.

— ¿Quiere quedarse con el rancho de tu padre? — escupe finalmente.

— Eso parece, Sydney.

— Verás, tenías razón... — murmura distraída — . No he venido sólo para saber qué tal estás...

— ¿Y a qué has venido, entonces?

Ella suspira profundamente, con pesar. Sea lo que sea lo que me tenga que decir, no le está resultando en absoluto sencillo.

— He venido a traerte esto — dice, sacando del bolsillo un papel doblado en cuatro partes — . Espero que me perdones y que te sea de ayuda.

Lo desliza por encima de la mesa hasta hacerlo llegar a mí.

Dubitativa, desdoble el papel y leo superficialmente el contenido.

— ¡Oh, Dios mío! ¡Es el testamento de papá!

En él se especifica todo... Absolutamente todo.

— Lo siento mucho, de verdad — asegura, disgustada.

Releo con más detenimiento las letras que mi padre escribió en él.

«¿Kenny? ¿En serio?»

— ¿Por qué, Sydney? ¿Por qué lo has estado guardando todo este tiempo?

— Creí que las cosas se resolverían mejor de ese modo — susurra en voz baja, avergonzada — . Las herencias suelen enfrentar a las personas y Kenny y tú... bueno, ya teníais las cosas complicadas. Además, no quería perderle. Kenny adora este rancho y acudía a él cada día para ayudar a tu padre, así que si tú te marchabas él... bueno, me dejaría.

— ¿Y por qué me lo das ahora?

— Connor jamás habría permitido que esa mala mujer se quedase con su rancho — me dice con rabia — . Solicitó el divorcio por abandono malicioso, así que esa tipeja no tiene derecho a poner un solo pie aquí.

Vuelvo a repasar la hoja.

Kenny debió de portarse muy bien con mi padre para que también lo nombrase heredero de su patrimonio. Pero... ¿ahora qué? Aunque este papel facilita las cosas, en cierto modo también las complica, ¿no?

Si consigue ganar ese absurdo rodeo y salir vivo de él entonces me comprará la mitad del rancho y nos olvidaremos del tema, pero, ¿y si no es así? ¿Qué sería lo correcto? ¿Regalarle el rancho y olvidarme del asunto? ¿Comprarle su parte y después venderlo? El testarudo de Kenny Russel jamás vendería el rancho y menos después de saber que mi padre quería que él también lo tuviera.

— Confío en que sepas utilizar esta última voluntad de tu padre de la mejor manera posible — murmura Sydney, levantándose de la mesa.

Yo asiento y la imito.

— Gracias por entregármelo.

— Gracias a ti por perdonarme — responde, revisando su reloj de muñeca — . Ahora, querida, tendrás que disculparme... Mi hijo tiene la primera prueba del

rodeo y voy un poco apresurada de tiempo.

— ¿Kenny? ¿Ahora? — pregunto, anonadada — . Ayer me dijo que comenzaría por la tarde.

— Lo han adelantado hace unas horas — explica, dirigiéndose a la puerta — . Por la tarde se espera la llegada de un tifón y tendrán que suspenderlo.

— ¿Un tifón? — vuelvo a repetir, intentando recordar alguno.

No, no recuerdo ningún tifón en mi infancia.

— Dicen que viene con bastante fuerza, así que será mejor que no salgas de casa después de comer.

La mujer comienza a descender las escaleras, cojeando levemente.

— ¿Sydney?

— Dime, querida — responde, desviando la mirada hacia detrás.

— ¿Puedo acompañarte?

— ¡Claro que sí, niña!

El pueblo está abarrotado de gente.

Al parecer, el rodeo estatal debe de atraer a la suficiente audiencia como para que el bar de Larry reciba los clientes necesarios para sobrevivir el año completo hasta el siguiente rodeo. Sydney aparca la camioneta junto a la mía y, nada más bajarme, me digo a mí misma que hoy me la llevaré al rancho. Estoy cansada de sentirme dependiente de la gente.

— ¡Estás temblando como un flan!

Estamos sentadas en las gradas, junto a Paige y el pequeño Nathan.

Por desgracia, Jhon y Taylor no se han podido escaquear de su jornada laboral — menos aún sabiendo que esta tarde llegará un tifón para arrasarse en Kansas City — .

— Mi madre cada vez lo pasa peor con los rodeos — me explica Paige, sujetando a la mujer por ambas manos para intentar relajarla — . No entiendo por qué sigue viniendo...

— Es el lugar en el que debo estar — asegura — . Aquí mismo, por si me necesita.

Sé que los rodeos no son moco de pavo; ¿pero tanto peligro corre Kenny en esta competición?

— No le pasará nada, mamá... — canturrea Paige, como si hubiera repetido esa frase veinte mil veces más — . Kenny lleva haciendo esto toda la vida, recuérdalo.

Un escalofrío recorre mi cuerpo al escuchar la conversación y no puedo evitar ponerme nerviosa.

— ¡Y da comienzo el rodeo estatal!

La voz del comentarista resuena a través de los altavoces que hay colocados alrededor de la pista y la muchedumbre salta en aplausos, agitando sus sombreros ferozmente.

— ¡Venga, vamos! — grita Paige, emocionada, levantándose de su asiento.

— ¡Comenzaremos por la disciplina de rodeo de caballo con montura! — continúa el presentador — . Nuestro primer participante, Fernando Gan, se prepara para entrar en la pista. ¿Estás preparado, Fernando? ¡Cuando quieras!

Los altavoces ahogan un pitido ensordecedor y dos segundos después el potro bronco aparece en la pista con el vaquero a volandas. El vaquero sujeta superficialmente las riendas y procura mantener el equilibrio mientras el caballo se agita y salta con una agresividad extrema hasta que consigue lanzarlo disparado hacia delante. Para pasar a la siguiente ronda, debe de lograr mantenerse sobre el caballo al menos ocho segundos.

— ¡Siete con treinta, Fernando! ¡La siguiente tendrás más suerte!

Un “ooh” lastimoso se extiende por las gradas.

— ¡Dios mío! — exclamo, impresionada.

Esto es mucho peor de lo que recordaba. No tengo que usar demasiado la imaginación para suponer qué es lo que le asusta tanto a Sydney...

Los concursantes van pasando a la pista de uno en uno y el espectáculo continúa sin descanso. A pesar de la temprana hora a la que ha comenzado — tan sólo

son las diez de la mañana — , todo el mundo se dedica a comer, cantar y beber en abundancia — sobre todo a beber, sí — .

Cuando resuena el nombre de Kenny Russel en los altavoces me doy cuenta de que estoy tan nerviosa o más que Sydney. Paige salta en aplausos, sujetando en sus hombros al pequeño Nathan para que pueda disfrutar del espectáculo desde unas vistas privilegiadas.

— ¡Vamos, Kenny! — grita Paige, emocionada — . ¡Enséñales lo que sabes!

Las únicas que nos mantenemos sentadas cuando el caballo sale a la pista somos Sydney y yo. No tardo demasiado en comprender que el espectáculo es demasiado agresivo para mí, así que aparto la mirada aterrorizada por lo que pueda suceder y escondo mi rostro entre ambas manos. El tiempo se paraliza. Todo sucede demasiado despacio.

— ¡Enhorabuena Kenny! ¡Has batido el récord! — grita el presentador.

Todo el mundo aplaude y ríe asombrado, así que destapo mi rostro poco a poco y busco la figura de Kenny en la pista. Está levantándose del suelo y sonrío con sinceridad y orgullo, feliz por haber logrado pasar la primera prueba.

Poco después da comienzo el rodeo de barriles, el concurso que va dirigido hacia las mujeres. Una hilera de *cowgirls* se prepara para competir y ser las más rápidas de su modalidad mientras Paige, Nathan, Sydney y yo abandonamos las gradas para buscar a Kenny.

Cuando nuestros ojos se encuentran su sonrisa se ilumina en su rostro y mi corazón deja de latir. Se acerca hacia nosotros caminando con parsimonia, pero no saluda a ninguno de los miembros de su familia. Tan sólo a mí.

— ¿Me has visto? — pregunta, apresando mi rostro entre sus manos.

Puedo sentir las miradas de Sydney y de Paige clavadas en nosotros, así que, inevitablemente, el rubor asciende hasta mis ardientes mejillas.

— En realidad, no — confieso — , me daba miedo mirar.

Él suelta una sonrisa traviesa mientras niega rotundamente con la cabeza, justo antes de plantarme un beso delante de todas las personas que nos están mirando. Mi corazón vuelve a activarse, pero ahora parece demasiado acelerado. Me pregunto cuándo demonios lograré mantenerme en calma en presencia de Kenny...

«Imposible», me respondo, mirando fijamente su sonrisa sincera y su expresión, «él siempre logrará robarme el aliento».

Saluda a su madre, a Paige, y después se echa en brazos al niño y comienza a girar fingiendo el sonido de un avión. Nathan no puede parar de reírse con su tío y unos segundos después nosotras también les coreamos.

Cuando nos dirigimos hacia el bar de Larry, Kenny rodea mi cintura y me estrecha con fuerza contra él.

— Voy a ganar el rodeo — susurra en mi oreja, seguro de sí mismo — , y voy a comprar ese rancho para nosotros.

Trago saliva, incapaz de responder.

¿Qué quiere decir con eso? ¿Acaso no es consciente de que si le vendo mi parte del rancho será para poder abandonar Kansas City de una vez por todas?

Yo... no puedo quedarme aquí. Tengo demasiado por lo que luchar en Manhattan.

Me planta un beso fugaz en la mejilla cuando alcanzamos las camionetas.

El viento comienza a levantar polvo y arenilla; señal de que el tifón cada vez está más cerca de nosotros. Kenny tiene que marcharse al rancho para organizarlo todo antes de que el viento sea insoportable.

— Cierra bien las puertas y las ventanas y si la cosa se pone fea, baja al sótano y espera a que todo pase.

Yo asiento, obediente y me subo al asiento del conductor.

Kenny se apoya en mi ventanilla y me observa fijamente.

— Hoy estás realmente preciosa, Gina Steven... — susurra con la voz cargada de ternura, antes de golpear la chapa del vehículo — . Ten cuidado, princesa.

«Princesa...»

Todos los recuerdos de nuestra juventud estallan como un huracán en mi cabeza, haciéndome recordar lo bonito que fue y lo sufrido que resultó. Yo me creía eso, su princesa... y resulté no ser nadie.

El repentino odio que he acumulado todos estos años hacia Kenny vuelve a resurgir de mis entrañas y tengo que apresurarme a arrancar la camioneta para abandonar cuanto antes el lugar en el que nos encontramos. Sospecho que desde que he pisado Kansas, debo de sufrir alguna especie de bipolaridad.

13

Aparco la camioneta frente al rancho de mi padre, sintiéndome realmente agradecida por la paz que se respira en este lugar. La necesito.

Unas gotas de lluvia salpican la luna delantera del vehículo mientras yo aún estoy dentro, intentando regular mi agitada respiración.

No parece que el tiempo esté demasiado revuelto, así que supongo que lo del tifón será alguna exageración de los campesinos que se reducirá a una tormenta y poco más.

Antes de entrar en el interior de la casa, me acerco hasta los establos para comprobar que Twist esté bien y colocarle una manta por encima. No creo que pase frío, pero la humedad en un lugar como éste — de madera y paja — puede resultar bastante desagradable.

«Es sólo un caballo, Gina...», me digo a mí misma, sintiéndome estúpida repentinamente.

Pero la verdad es que le quiero y me preocupo por él.

Tengo pensado bajar al pueblo y entregarle el testamento a Dixon en cuanto la alarma por el temporal quede en un segundo plano. Aunque aún no he decidido cómo actuaré respecto a la venta y a la parte que le corresponde de propiedad a Kenny, debo formalizar el asunto con la mayor celeridad posible.

Estoy pensando en ello cuando subo el primer escalón del porche y me quedo paralizada en él, sintiendo las frías gotas de lluvia cayendo sobre mi cabeza mientras los recuerdos me aplastan con fuerza.

— No puedo acompañarte, princesa — susurra Kenny con la voz contrariada.

«¿Qué? ¿Por qué?»

— ¿No vas a venir a Manhattan conmigo?

Él sacude la cabeza con pesar, negando.

— No puedo irme... Mi sitio está aquí, Gina.

Alzo mis ojos acuosos hacia el frente. Puedo ver a papá desde la ventana contemplando la escena... ¿Tendrá algo que ver en todo esto? ¿Le habrá pedido a Kenny que no vaya para que yo también decida quedarme?

— Pero... ¿Y qué hacemos, Kenny? Me han dado la beca y...

Intento ordenar mis pensamientos y ser coherente, pero no puedo.

¿Por qué me está diciendo esto? ¡Lo hemos hablado! ¡Vamos a ir a Manhattan juntos y a comenzar una nueva vida! ¡Es lo que los dos deseamos, estar juntos! Me han pagado los billetes de avión, la universidad y un apartamento... ¡No puedo abandonarlo todo!

— Tú debes ir, pero yo no... Entiéndelo, por favor.

No puede ser. No tiene sentido.

Noto mis ojos encharcándose y no puedo evitar que las lágrimas comiencen a deslizarse sin control por mi rostro.

— Kenny no digas eso, por favor... — suplico angustiada — , yo me quedaré donde tú te quedes.

Él sacude la cabeza de una forma fría y espeluznante.

¿Qué le pasa? ¿Por qué se comporta así?

— Gina, no lo entiendes, ¿verdad? No quiero estar contigo, así de simple.

«¡Embustero!»

— ¿Esto es una broma? Porque si es una broma no tiene ninguna gra...

— No lo es — me corta.

Estoy llorando tan desconsoladamente que casi no puedo ni respirar, menos aún, hablar. ¡Pero qué demonios le pasa! ¡Kenny no es así!

— Siento mucho que las cosas terminen de esta manera, pero creo que la mentira

se ha alargado demasiado...

«La mentira... ¿Así que todo esto ha sido una mentira?»

— No he sabido pararlo a tiempo, princesa.

Alzo la mano en alto, rabiosa, y la estampo contra su rostro con todas las fuerzas que albergo. Kenny no responde ni se mueve un solo milímetro y papa aún continúa observando la escena. No, esto no puede ser cosa de papá... Jamás se comportaría de un modo tan cruel conmigo.

— No vuelvas a llamarme princesa jamás — escupo, antes de salir corriendo escaleras arriba.

«Ya no eres esa niña tonta, Gina. Has cambiado. Ahora no puede hacerte daño», me digo, terminando de subir.

Cuando cruzo el umbral de la puerta, empapada, escucho un breve golpeteo en el salón. No necesito sumar dos más dos para comprender que hay alguien más en el rancho, así que sigilosamente me apresuro a por la escopeta de Connor. No tengo ni la menor idea de cómo utilizarla, pero supongo que será lo suficiente persuasiva como para que el intruso abandone mi propiedad sin rechistar.

— ¿Quién anda ahí? — pregunto, sujetando el arma de forma temblorosa entre mis manos.

— ¿Gina?

«No puede ser... ¿Pero qué demonios hace él aquí?»

Francis aparece frente a mí, sonriendo de oreja a oreja hasta que ve el arma.

— ¡Pero qué haces con ese trasto, Gina! ¡Suelta eso!

Obedezco inmediatamente al comprobar que no hay ningún peligro y la dejo apoyada contra la pared. Cuando me deshago de ella, Francis camina hasta mí y me estrecha entre sus brazos de manera protectora.

«Oh, no... ¡Lo que me faltaba!»

Estoy demasiado confusa como para devolverle el abrazo, así que me mantengo

inmóvil de pie, entre sus brazos.

— No imaginas cuánto te he echado de menos... — me dice, apretándome con más fuerza aún.

Y no sé porqué, le creo.

Francis es así de... bueno. No importa cuánto tiempo pase sin hablarle; él siempre devuelve mis llamadas. Tampoco le importa que le dé calabazas o que desaparezca sin dar explicaciones porque él, simplemente, me quiere. Es así de sencillo. Aquí está, en Kansas City, vestido con un elegante traje de Armani y unos caros zapatos repletos de barro, en un rancho.

Ha dejado todo atrás para venir a buscarme y acompañarme hasta este espantoso lugar que nada tiene que ver con su lujoso apartamento...

— Eh, eh, Gina... no llores, cariño — murmura con suavidad — . ¿Qué te ocurre?

«Que esto es lo que esperaba de Kenny, no de ti», pienso. Pero no digo nada.

Dejo que me arrulle entre sus brazos, meciéndome con suavidad hasta que al final el disgusto se va disipando.

Cuando me tranquilizo, le cuento a Francis todo lo que respecta al tema de la herencia, sin obviar ningún detalle exceptuando que Kenny Russel es mitad propietario del lugar. Él, en cambio, me pone al día sobre los últimos acontecimientos de la ciudad: cotilleos, trabajo, compañeros... Y me explica lo mucho que ha tardado el taxista en alcanzar el rancho. Nada que ahora mismo me importe lo más mínimo.

Para cuando terminamos de relatar las novedades, el tifón ya ha comenzado a sacudir el lugar con fuerza. El viento sopla y se cuela por las rendijas de las ventanas y las puertas provocando un silbido escalofriante capaz de erizarme el vello. Me preguntó qué tal estará Twist en su cuadra y me alegro de haberle puesto la manta de lana por encima; le protegerá del frío esta noche.

— ¿Por qué te estás quedando en un lugar como esté, Gina? — pregunta Francis, observando su alrededor — . He visto varios moteles a la entrada del pueblo.

Puedo responderle que ha sido por comodidad y cercanía, pero esas excusas tan sólo han servido para mentirme a mí misma. La verdad es que todo lo que he hecho desde que pisé Kansas ha sido buscar a Kenny desesperadamente, aunque quizás ni siquiera yo lo sabía.

— No lo sé.

— Podemos hacer la maleta y marcharnos — dice, pensativo.

Sé lo que está pensando.

Le aterra la idea de tener que pasar la noche en un lugar como éste, en mitad del campo.

— Aún no puedo marcharme. Tengo que entregarle el testamento y los papeles a Dixon y dejar el asunto cerrado.

— Lo dejaremos en su despacho de camino al aeropuerto.

«¿Por qué no te marchas tú, Francis?»

En realidad, sé que estoy frustrada y no quiero pagarlo con él, así que pienso con tranquilidad la respuesta, guardando la calma.

— No creo que sea buena idea dejar las cosas sin atar después de todo lo que he conseguido — replico — . Además, con ese temporal, dudo que no hayan cancelado los vuelos.

Él asiente y me rodea con ambos brazos justo en el momento en el que uno de los cristales del salón estalla en mil pedazos.

Una rama del arbusto que hay en el exterior ha debido de golpearla con fuerza a causa de las ráfagas de viento.

— ¡Gina! ¿Estás bien? — pregunta, temeroso de que haya resultado herida.

— Estoy bien.

Se ha formado una fuerte corriente de aire y no sé muy bien cómo solucionar la situación. Por una vez, los ganaderos de Kansas no han exagerado avisando del tifón.

— Espérame aquí — le pido, dirigiéndome a la salida.

El pobre Francis parece tan impactado que ni siquiera se mueve cuando me ve abandonar la casa. Corro contra el viento hasta el establo mientras la lluvia me azota con fuerza, empujándome hacia atrás.

Cuando abro la puerta, no me lo pienso dos veces y me dirijo hacia Twist. Un sentimiento de alivio recorre mi cuerpo cuando verifico que se encuentra tranquilo, sano y salvo.

— Aguanta, chico — murmuro, propinándole unas palmaditas en el hocico — . Ya verás como la tormenta pasa rápido.

Después recojo unas cuantas maderas del suelo y me apresuro a la vivienda con ellas bajo el brazo. No son demasiado gruesas, pero espero que sirvan para taponar el agujero que ha quedado en la ventana.

Cuando salga del establo, me topo de bruces con Francis que ha caminado hasta aquí contra el viento.

— ¿Qué haces? — pregunto, sujetándome a la puerta del establo para no salir volando.

Él también parece estar sufriendo estragos para mantenerse en pie.

— ¡Tengo que decirte una cosa, Gina!

— ¿Ahora? — grito por encima del silbido del viento.

Él asiente, pero no tiene tiempo a decir nada más porque una ráfaga de viento nos azota y está a punto de derribarnos.

Consigo mantener el equilibrio y sujeto a Francis de la mano para guiarlo hasta la vivienda de vuelta, incapaz de imaginar cómo demonios se puede comportar de una manera tan imprudente. Cuando cerramos la puerta tras nosotros, la corriente que se extiende desde la ventana rota del salón aún nos golpea, sin dejarnos ni un solo segundo de tregua.

— ¿Pero qué te ocurre? — pregunto, dudosa.

— No sabía a dónde te ibas... — se excusa.

Yo me quedo en silencio sin saber muy bien qué responder.

— Gina, estoy cansado de que huyas, de tener que enterarme de los últimos detalles de tu vida por mediación de tu secretaria... — me explica, tembloroso — . No podemos tener una relación si tú no terminas de dar el paso hacia delante.

— Ya lo sé...

— ¿Y te da igual? No puedes huir a Kansas City sin decirme que tu padre ha muerto — me dice con un tono de reproche — . Y ahora... Cuando has salido sin decir nada... Creí que volvías a huir. Esto no tiene sentido, Gina.

El viento continúa silbando con más fuerza, congelando el interior de la vivienda.

— Déjame taponar esa ventana y después hablaremos de...

— ¡No! — me corta, sujetándome del brazo — . Estoy cansado de que siempre sea después... ¡Tienes que parar!

Me detengo en el acto, incapaz de reunir el valor para mirarle a la cara.

«No me merezco a Francis», pienso, dolida. Lo peor de todo es que ni siquiera soy capaz de corresponderle, a pesar de saber fehacientemente que él es todo lo que he soñado y lo que me conviene para el futuro.

— Gina... — continúa, arrodillándose frente a mí.

«¡Oh, no, por favor!»

Francis saca de su bolsillo la cajetilla de un anillo y la abre, dejando un deslumbrante diamante al descubierto.

— Di que sí — suplica con una sonrisa en el rostro — . Di que te casarás conmigo y regresa a Manhattan de una vez por todas.

Una presión indescriptible oprime mi pecho y mi garganta en ese instante, asfixiándome. No puedo respirar. Estoy convencida de que de un momento a otro me desmayaré cuando, de pronto, la corriente golpea con más fuerza la vivienda. Otro cristal se rompe en mil añicos mientras nosotros aún continuamos inmóviles y, dos segundos después, la puerta se abre de un portazo.

Cuando miro al exterior, sólo soy capaz de ver el rostro descompuesto de Kenny; está sentado en el asiento piloto de su pickup. Supongo que ha acudido para comprobar que me encontraba bien.

Francis se tambalea hasta caer al suelo mientras mi sangre se congela.

«Oh, Kenny... Siempre supiste que éste no era mi lugar. Yo no soy como tú».

Contemplo cómo rodea la carretera y gira en sentido contrario para alejarse de vuelta al mismo lugar del que ha venido. Las lágrimas vuelven a resurgir y mi cabeza da vueltas a gran velocidad.

«No pierdas todo por lo que has luchado hasta ahora, Gina...»

— Sí, Francis, me casaré contigo.

14

Aquel que dijo que después de la tormenta siempre llegaba la calma tenía razón.

Apoyo la maleta de mano en el porche y alzo la mirada al cielo para contemplar el azul despejado con el que Kansas City ha amanecido.

— ¿Preparada? — pregunta Francis, cerrando la puerta del rancho de mi padre detrás de mí.

Después me entrega la llave y nos dirigimos a la camioneta que he alquilado a Larry. Decido no despedirme de Twist porque sospecho que no seré capaz de sobrellevar un adiós de tal magnitud. Aún sopesando si mis decisiones son las correctas y sufriendo internamente por haber decidido cerrar este capítulo de mi vida, conduzco distraída hasta alcanzar el edificio del ayuntamiento.

Esta parte del pueblo está totalmente desierta por la celebración del rodeo estatal, y no puedo evitar pensar en Kenny y en su afán por ganar. En realidad, no lo necesita. Me gustaría poder decírselo en persona, pero también he dado por hecho que esa despedida no me traería nada bueno.

— Te esperaré aquí — me dice Francis, buscando con la mirada el taxi que debe de recogerme.

Asiento.

— No tardaré.

El juez Dixon me espera en su desordenado despacho, sentado frente a una torre de papeles que debe revisar — como siempre — .

— Buenos días, querida — saluda con alegría — . ¿Pasó sin causar daños el tifón?

No sé qué responderle.

En realidad, los daños que causó fueron más emocionales que físicos.

— Bueno, ya sabe, algunos cristales rotos...

— ¡Oh, vaya!

Me siento frente a él sin alargar más el diálogo de cortesía y saco el testamento que Sydney me entregó.

— Aquí está el testamento de mi padre — susurro en voz baja, intentando ocultar el dolor que me causa todo esto — . Y la solicitud de divorcio que presentó por el abandono de mi madre.

El juez asiente y recoge los papeles.

— Veamos... está firmado, sellado y datado. No debería haber ningún problema, desde luego.

— Bueno, creo que con eso queda solucionado el asunto de mi madre.

— ¡Ah, casi se me olvida! — exclama Dixon — . Hablando de eso..., tu madre se marchó esta mañana. Dejó un sobre para que te lo entregase.

Me lo pienso dos veces antes de aceptarlo.

¿De verdad quiero volver a saber algo de ella? ¿Merece la pena leer una carta de la persona que me abandonó?

— Creo que es una dirección — explica Dixon, observando mi rostro de desconcierto — . Me dijo que así sabrías dónde encontrarla si algún día decides perdonarla.

Al final, termino aceptando el sobre. Ya pensaré después lo que hacer con él.

— Señor Dixon, me marchó — anuncio, sacudiéndome el polvo de los pantalones antes de levantarme — . He decidido ceder mi parte del rancho a Kenny Russel, así que mi estancia en Kansas ya no tiene ningún sentido.

— Pero debes formalizar el asunto antes de...

— Mis abogados se encargarán de todo desde Manhattan — le explico, sonriéndole.

— ¡Vaya, querida, no esperaba que te marcharas tan pronto!

«Yo tampoco».

— Cuídese, juez Dixon — me despido, acercándome a la puerta — . ¡Ah! Y entréguele a Larry la llave de la camioneta de mi parte, por favor — añado, dejando la susodicha sobre la estantería del despacho.

— Sí, claro... Ha sido un placer volver a verte, querida Gina — murmura con tristeza.

Cuando me subo junto a Francis en el taxi, un sentimiento de culpabilidad recorre mis extremidades haciéndome sentir francamente fatal. Por alguna razón, siento que las tornas entre Kenny y yo se han cambiado y que esta vez soy la única que ha roto sus promesas y que abandona todo sin importarle los daños colaterales que pueda causar. Seguramente, así sea. Y seguramente los daños sean atroces.

Mientras el taxista hace avanzar el vehículo por la carretera secundaria, yo me pregunto si Kenny Russel interpretará esto como una especie de vendetta hacia él. Espero que no. Y también espero que recuerde estos últimos días con cariño.

— No sé cómo has podido sobrevivir todos estos días sin teléfono, Gina...
— me dice Francis, alzando su móvil en alto para intentar captar alguna señal
— . Debe de haber sido horrible.

— En realidad, no. Te terminas acostumbrando.

Él me observa con el ceño fruncido, como si fuera una nueva modalidad de insecto a inspeccionar.

— Ya...

«¿Cuánto tardaré en dejar de pensar en Kenny esta vez? ¿Cuánto tiempo necesitaré para olvidarle? ¿Cómo de hondo habrá vuelto a marcar mi corazón?»

Aunque no lo diga en voz alta y aunque no lo quiera admitir, mientras el taxi se aleja de este lugar yo intento encontrar la señal que me indique que estoy cometiendo un error. Algo que me obligue a quedarme. ¿Pero cómo saber qué decisión es la correcta? Allí lo tengo todo. Absolutamente todo. Un prometido guapo que me adora por encima de cualquier otra cosa, un importante puesto de trabajo en una multinacional y un apartamento con vistas a... el cielo. A las estrellas...

— ¿Sabes por qué las estrellas me recuerdan a ti, Gina? — me pregunta Kenny, colocándome su sombrero sobre mi cabeza.

Me queda enorme, pero me encanta llevar encima algo que le pertenece a él.

— Porque brillan en los momentos más oscuros, como tú.

El sonido de las sirenas de una ambulancia me obliga a dejar mis recuerdos atrás y volver a la realidad. Observo desde mi ventanilla cómo se aproxima por el carril contrario a gran velocidad hasta que al final la cruzamos. Una ambulancia.

«No puede ser para Kenny... él no...»

— ¡Dé la vuelta! — grito, histérica, sujetando por los hombros al conductor — . ¡Dé la vuelta ahora mismo!

Francis me sujeta por la cintura, obligándome a volver a mi asiento.

— ¿Pero qué te ocurre, Gina?

«¡Oh, no, no! ¡Kenny no, por favor!»

— ¡Necesito volver ahora mismo!

El taxista detiene el vehículo en el arcén y lanza una mirada interrogante a Francis.

— ¡Dé la vuelta ahora mismo!

— Está bien, dé la vuelta — dice mi prometido, escrutándome con curiosidad — . ¿Te has dejado algo en el rancho?

Yo no respondo.

No puedo decir nada porque, como abra la boca para hablar, sé que el sonido que abandonará mi garganta será un grito de pánico.

El taxista se acerca a gran velocidad hasta el ayuntamiento y yo le indico con señas que continúe el camino hacia el rodeo estatal. Ésta es mi señal; la señal de que quizás haya tirado por la borda todo lo que quería por escapar hacia una vida de ensueño en la que realmente seré una triunfadora fracasada. Alguien que muy en el fondo, no deseo ser.

«Me quedo contigo, Kenny... Prefiero ser una cateta de campo dichosa y feliz».

La gente se aglomera alrededor de las gradas, en la parte exterior.

Mientras el taxi se aproxima al escenario, puedo ver las luces de la ambulancia encendidas. Salto del vehículo sin siquiera dirigirle la palabra a Francis y me hago paso entre la gente a empujones, rezando en pequeños susurros a un Dios en que hasta entonces jamás había creído.

— Que no sea Kenny, por favor..., que no sea Kenny...

Llego justo cuando están alzando la camilla al interior de la ambulancia, y aunque no consigo ver quién es la persona que han metido dentro, el rostro descompuesto, desconsolado y desgarrado de Sydney Russel me lo cuenta todo.

— Oh, Dios... — gimo, derrumbándome entre la gente — ... Kenny...

15

Sydney no puede dejar de llorar.

En la sala de espera del hospital el tiempo parece paralizado y las horas se hacen eternas. No podemos hacer otra cosa que rezar porque sobreviva y que todo esto quede en una anécdota que relatar en el futuro.

Los médicos no han querido ensuciarse las manos con un pronóstico precipitado, así que llevamos más de cuatro horas esperando a que alguien salga a decirnos algo.

Sydney gimotea y entierra su rostro bajo sus manos, destrozada, despedaza. Había temido porque este momento llegase... y ha llegado.

— Todo saldrá bien, Sydney... ya lo verás — suspiro, esperanzada.

— Gina — susurra ella, secándose las lágrimas con dos manotazos — . ¿Sabes por qué Kenny no se marchó contigo a Manhattan? Su padre tenía cáncer. Se estaba muriendo y... Jhon solo era un niño y no podía cuidar del rancho. Si se hubiera marchado habríamos tenido que vender todo. No habiéramos logrado salir adelante.

«Oh, Kenny...», suspiro, mientras todo el odio que sentía hacia él se disipa en un segundo. En el fondo sabía que me amaba... Que le conocía de verdad.

— He pensado que deberías saberlo... Por si acaso.

Yo asiento, agradecida.

Un médico irrumpe en la sala y nos mira fijamente, escrutándonos con detenimiento.

— ¿Sydney Russel?

La mujer, incapaz de pronunciar palabra y temblando de pies a cabeza, asiente. Yo me aferro con fuerza a su brazo y ambas nos levantamos para recibir las

noticias.

El rostro del hombre se tuerce en una mueca de disgusto y no necesito que diga nada para saber que, en realidad, está buscando las palabras adecuadas para darnos el pésame. Sydney también se da cuenta al instante.

— ¡NO! — grita desgarradoramente, enganchándose a la bata del doctor — . ¡No ha muerto! ¡No ha podido morir! — exclama, sacudiendo al hombre.

El doctor no se mueve ni un solo centímetro, permitiéndole a la mujer desahogarse.

— ¡Oh, Dios! — exclamo, incapaz de procesar la noticia — . ¿Es eso cierto? ¿Ha muerto?

— Lo siento... — susurra el hombre, sin encontrar una respuesta mejor que ésa — . Hemos hecho todo lo que ha estado en nuestras manos, pero los pisotones del caballo han dejado una hemorragia interna que no hemos podido frenar. Estaba demasiado débil para la operación y... lo siento. De verdad.

Todo a mi alrededor empieza a nublarse.

No puede ser verdad, no puede haber muerto.

Pero el grito roto y rasgado de Sydney Russel, de una madre que llora una pérdida de tal magnitud como ésa, me indica que sí. Es verdad. Ha muerto.

Me derrumbo en el suelo del pasillo llorando desconsoladamente.

— No puede morir... — repito entre gimoteos — . ¡Tiene un hijo! ¡No puede morir!

En ese instante, Taylor y Kenny irrumpen en la sala de estar.

No habían estado presentes en el rodeo de barriles femenino porque se habían tenido que encargar de reparar los destrozos que el tifón había dejado en el rancho y en los establos del ganado.

Nada más observar nuestro estado, Taylor comprende que Paige no ha sobrevivido a la caída. Se queda inmóvil en la puerta y puedo ver en su mirada el dolor interno que está sufriendo. Hago alarde de todas las fuerzas que albergo para levantarme y dirigirme hacia Kenny. Cuando me estrecha entre sus brazos, soy consciente por primera vez de que acabo de perder a mi mejor amiga; la única que he tenido de verdad.

— Lo siento, lo siento mucho, de verdad...

Él asiente, sin soltarme.

La estampa de los Russel es tan desgarradora que me pregunto si alguna vez lograrán recuperarse de ello.

— Lo siento tanto... — repito, destrozada.

16

Algunas veces la vida te ofrece lecciones sin que tú las pidas, y tú deber es saber aprovechar cada una de esas ocasiones para aprender lo máximo posible. Si no lo haces, tarde o temprano la lección se repetirá, pero con mucha más dureza y consecuencias que la primera vez.

Me siento en el antiguo escritorio de mi padre e inevitablemente veo su imagen aquí, presente, repasando esas interminables facturas que no sabe cómo pagar. Me pregunto cuántas veces habrá levantado el bolígrafo con intenciones de escribirme antes de que todas las frases se quedasen en el aire, sin ser escritas; sin ser leídas por mí.

El sobre que el Juez Dixon me dio está frente a mí, esperándome. Lo abro cuidadosamente y me encuentro con la pulcra y desconocida caligrafía de mi madre: “Por si algún día decides perdonarme”. Debajo también ha escrito su dirección. Doblo el papel por la mitad y, en el reverso, escribo: “Sólo se perdona mientras se ama. No me esperes más”.

Tal vez no sea la respuesta que ella se imagine, pero es la respuesta con la que yo podré estar en paz.

Alzo la mirada y me encuentro con el desastre que tengo armado en el salón. Me he pasado los dos siguientes días al funeral revisando las fotografías de mi infancia en busca de aquellos mejores recuerdos junto a Paige que alguien, en algún momento, capturó. No hay demasiados, pero serán suficientes para mantenerla con el paso del tiempo en mi memoria.

— Está bien... — murmuro, repasando con la mirada cada desastroso rincón.

Si pienso conservar el rancho, tendré que ponerme manos a la obra y ordenar esta leonera.

Las siguientes horas las paso recogiendo, limpiando, y ordenando las pertenencias de mi padre en cajas. No voy a tirar los recuerdos que él construyó, pero ahora este espacio tiene que convertirse en mío. Al menos, mientras viva en él.

Dos golpes secos contra la puerta principal distraen mi atención. Aparto las cajas que tengo en frente y me acerco para abrir la puerta con la mano temblorosa. Supongo quién es. Y no sé si estoy preparada para enfrentarme a ello.

«Oh, Kenny... ¡Cuánto lo siento!»

Nos miramos en silencio sin decirnos nada hasta que la tensión vence y termino apartando la mirada y haciéndome a un lado para que entre.

Pasea sus ojos por todas las cajas que hay esparcidas en el lugar hasta que, al final, regresa a mí.

— ¿Has vendido el rancho?

Su voz suena tan rota como había imaginado.
Contengo las lágrimas que amenazan con estallar.

— En realidad, no podría venderlo aunque quisiera. Tiene dos propietarios.

Me acerco hasta el escritorio y rebusco hasta encontrar la copia de las escrituras que el juez Dixon me ha proporcionado.

—¿ Tu madre...?

— Toma. Míralo tú mismo.

Kenny desdobra el papel con delicadeza.
Tiene los ojos enrojecidos, la mirada perdida. Incluso parece haber envejecido unos años más de un solo golpe.

— Vaya... — murmura en voz baja, repasando el documento — . Así que esto me pertenece...

Se quita el sombrero con pesar y lo ladea para sacudirle el polvo. Después vuelve a colocárselo y, sin pedirme permiso, se sienta en el sofá. Ahora también

es su rancho.

— Sí, también te pertenece.

Se queda pensativo unos instantes.

— No podré comprar tu parte, Gina... Me he retirado del rodeo.

«¡Gracias, Kenny! ¡Gracias a Dios!»

— Has hecho lo correcto... No necesito que me...

— ¿Sabes que Paige había quedado segunda en la competición dos años consecutivos? Era buena; siempre lo fue. Rodeaba los barriles a una velocidad extrema y nunca dudaba.

— No lo sabía — admito, sentándome a su lado.

La verdad es que no sé si seré capaz de mantener una conversación sobre Paige sin derrumbarme.

— Sí, siempre se le da bien todo.

«Se le daba». Pero aunque le corrijo mentalmente, no tengo valor para hacerlo en voz alta.

— Es verdad — admito con un hilillo de voz.

— Gina..., yo..., quiero que sepas una cosa — tartamudea —, quiero que sepas por qué me quedé en Kansas..., por qué rompí mi promesa...

Me estiro en el sofá para posar mi dedo sobre sus labios.
Su aliento caliente golpea mi piel, erizándome por completo.

— No hace falta que digas nada, lo sé.

— ¿Lo sabes? — murmura por debajo de mi dedo.

Retiro la mano y asiento.

— Sydney me lo contó en el hospital, antes de que...

Soy incapaz de terminar la frase, así que agacho la mirada y la clavo en mis pies descalzos.

Kenny se muerde el labio con fuerza, como si estuviera conteniéndose para decir

algo que no quiere. Todo es tan confuso que ni siquiera me atrevo a alzar la cabeza y contemplar sus ojos rotos.

— Gina... — dice en voz baja —, no vuelvas con él. Sé que ahora no lo ves, pero yo podré darte mucho más de lo que ese señoritingo de ciudad te dará... lo juro.

Sé que es tarde para aguantar la compostura cuando una lágrima cae sobre mi zapato. «Genial, ya estoy llorando como una magdalena de nuevo».

— No... no me iré...

Kenny tarda unos segundos de más en procesar lo que acabo de confesar. Se acerca hasta mí y levanta mi rostro, tirando de mi barbilla. Su mirada, también acuosa, me devuelve la imagen de la esperanza.

— ¿No te vas? — repite con incredulidad.

Yo sacudo la cabeza en señal negativa.

En el fondo, muy en el fondo, he necesitado este viaje para descubrir que yo no era igual que mi madre, si no igual que Connor. Que valoro más el atardecer y las estrellas que las vistas de un rascacielos y que el amor incondicional... no se puede sustituir por nada.

— ¿Y el tipo que vi...?

— Se ha ido.

Kenny pestañea, confuso, antes de posar sus labios sobre los míos y fundirse con mi piel. Siento su aliento y la calidez desesperada de un beso que, en realidad, es un rescate. Es una bocanada de aire fresco para no ahogarse. Para poder continuar respirando.

— ¿Por qué, Gina? ¿Por qué has cambiado de planes?

Quizás no sea el mejor momento para decirlo, pero si una cosa he aprendido es que ocultar verdades tan sólo conlleva sufrimiento. Una lección que he tenido que aprender a fuego lento antes de abrasarme.

— Me gustaría que nuestro hijo se criase cerca del lugar en el que nacen las estrellas... y de ti.

El rostro de Kenny se descompone instantáneamente y sus ojos vuelven a

encharcarse con rapidez. Las lágrimas comienzan a deslizarse por su mejilla sin pausa y la estampa que observo es... ¡Oh, Dios! ¡Una estampa que jamás hubiera imaginado en él! ¡En mi Kenny Russel!
No son lágrimas de dolor ni de angustia... Es, simplemente, felicidad.

Una felicidad extrema.

FIN

EPÍLOGO

— ¡Estate quieta, Paige! ¡Si no dejas de moverte no podré atarte el lazo del vestido! — exclama Sydney, reteniendo a la niña entre sus brazos.

Observo la escena divertido mientras termino de ajustarme la pajarita con la ayuda del reflejo que me devuelve el espejo. Llevar corbata me parecía demasiado formal.

— ¿Papá?

— Dime.

— ¿Crees que mamá parecerá una princesa de verdad? — me pregunta mi pequeña hijita.

Yo le revuelvo el pelo y asiento.

— Estoy seguro de que tu madre será la princesa más bonita del mundo... Después de ti, claro — puntualizo, recolocándole la flor detrás de la oreja.

Paige, satisfecha, asiente y echa a correr hacia el porche.

Tormenta nos espera fuera, aunque Sydney llegará hasta el claro junto con el resto de los invitados.

Subo a mi pequeña encima de la yegua y después me coloco delante de ella. Cuando empezamos a cabalgar hacia el lugar en el que nacen las estrellas, noto cómo un millar de sensaciones diferentes se apoderan de mi cuerpo.

Mi sueño por fin se va a hacer realidad.

Siento los brazos de mi hijita estrechando con fuerza mi cintura, aprisionándola para no caerse del caballo. Después del accidente de su tía, todos habíamos estado de acuerdo en lo importante que era que no cogiese jamás miedo a montar. Y habíamos hecho bien nuestro trabajo porque ahora, con los años, Paige adoraba los caballos. Sobre todo a Twist.

Alcanzamos el claro los primeros y esperamos pacientemente mientras los invitados van llegando, intentando mantener los nervios a raya. Sé que Paige está tan nerviosa como yo, porque desde que nos hemos bajado de Tormenta no ha pronunciado ni una sola palabra.

Me pregunto si comprenderá realmente que su padre y su madre se van a casar y el significado del acto. Seguramente, tan sólo piense que hoy es un día especial porque todos nos hemos vestido de príncipes y princesas.

Me siento incómodo sin mi sombrero, así que estoy continuamente peinándome el cabello. Fue la única condición que dictaminó Gina en el momento que aceptó mi mano; que el día de la ceremonia no llevaría puesto el sombrero. Supongo que es un precio muy pequeño a pagar por la eternidad de su amor.

Ya han llegado todos los invitados, incluido el juez Dixon, que será el responsable de officiar la ceremonia. Taylor y Nathan pasan junto a mí y se sientan en la primera fila, junto a Sydney y a mi hija.

— Enhorabuena — susurra Taylor, cuyo rostro jamás llegó a recuperarse de la pérdida que sufrió.

Yo agradezco sus palabras con un gesto silencioso de cabeza justo en el instante en el que todo el mundo se levanta y empieza a cuchichear.

Gina aparece de fondo a lomos de su caballo y no sé si reír o llorar cuando la veo con mi sombrero de «cowboy» en la cabeza, acercándose hacia la gente. Se baja de Twist y tira de la cola de su precioso vestido blanco, que se camuflaba perfectamente cuando estaba montada sobre el caballo.

Está preciosa... Mi princesa.

Cuando nos miramos a los ojos, todo el mundo de nuestro alrededor desaparece y solos quedamos ella y yo, nada más. Sujeto sus manos con firmeza cuando llega hasta a mí, sin romper el contacto visual.

El juez Dixon comienza a hablar pausadamente, pero no le escucho. Solo la veo a ella, con su sonrisa perfecta, sus ojos azules chispeantes de emoción, su cabello rubio cayéndole por los hombros debajo del sombrero.

«Mi vaquera de Kansas...»

Trago saliva antes de hablar.

—Yo, Kenny Russel, te quiero a ti, Gina Steven, como esposa y me entrego a ti,

y prometo serte fiel en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, todos los días de mi vida.

Gina sonrío.

— Yo, Gina Steven, te quiero a ti, Kenny Russel, como esposo y me entrego a ti, y prometo serte fiel en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, todos los días de mi vida... hasta que las estrellas dejen de brillar.

—Hasta que dejen de brillar —coreo, repitiendo sus últimas palabras.

—El señor, que hizo nacer entre vosotros el amor, confirme este consentimiento mutuo, que habéis manifestado ante la Iglesia. Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre — concluye el juez Dixon.

Nota del autor

Por último...

Espero que hayas disfrutado de esta historia tanto como lo hice yo escribiéndola.

Antes de despedirme de ti, lector, agradecería poder leer tu opinión en Amazon, ¿te tomas un momento en escribirla? Ese minuto de tu tiempo es realmente importante para mí.

Si deseas contactar conmigo, también puedes hacerlo a través de las redes sociales o del correo electrónico christianmartinsofial@gmail.com

¡Gracias!

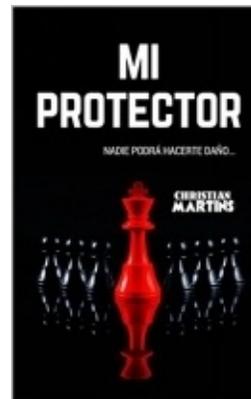
SOBRE EL AUTOR

Christian Martins es un autor que nació hace más de treinta años y que lleva escribiendo otros tantos, a pesar de que hasta febrero del 2017 no se lanzó a publicar. Desde entonces, todas las obras de este prolífero escritor han estado en algún momento en el TOP de los más vendidos en su categoría.

¡Únete al fenómeno Martins y descubre el resto de sus novelas!

OTROS TITULOS DEL AUTOR

Todas las novelas de Christian Martins están disponibles en los mercados de Amazon, tanto en papel como en eBook.



Mi protector- Su protegida (Bilogía)

Harry Hunter siempre ha sido el mejor en lo que hace por varias razones: no tiene familia, ni amigos, ni pareja. Vive, exclusivamente, para cumplir con sus misiones y sobrevivir al día a día. Pero su rutina se irá al traste cuando le ofrezcan una nueva misión; una que no podrá rechazar y en la descubrirá a la joven Bailey Kim.

La teoría se la sabe muy bien: no debe establecer lazos sentimentales si quiere continuar con vida. Pero en la práctica es otra cosa. Bailey tiene algo especial que le atrae, algo que le impide desentenderse de todo y renunciar, algo que no le permite traicionarla.

Protegerla, liberarla y cuidar de ella no será sencillo, pero ya no tiene nada que perder.



UNA COSA DE LOCOS

La suerte sonríe a Emma Owens cuando un abogado inglés le comunica que su rico y poderoso tío Larry ha fallecido y que ella será la heredera de toda la fortuna y propiedades que el hombre poseía.

Decidida a disfrutar de su nueva vida cuanto antes, abandona la gran ciudad para volver a Inglaterra y poder realizar los papeleos de la herencia cuanto antes. Pero por desgracia para Emma, las cosas no son tan sencillas como parecían...

En su pueblo natal, tendrá que solucionar la lista de “requisitos” que ha confeccionado su tío para que ella pueda cobrar la herencia y, además, tendrá que reencontrarse con Michael Gardner, un exnovio al que abandonó tiempo atrás que se ha convertido en uno de los hombres más poderosos de la zona.

Menos mal que su compañera de piso, Abigail, está junto a ella para apoyarla y ayudarla en todo.



NUESTROS DÍAS

A pesar de todo lo que tiene, Will Brown no está pasando por el mejor de sus momentos. Mientras unos malos pronósticos se ciernen sobre su futuro, los recuerdos del amor de su juventud comienzan a atormentarle y no logra sacarse de la cabeza a aquella chica que verano a verano le fue robando el corazón.

Si se marcha y regresa para buscarla quince años después de que se dijeran adiós por última vez, perderá todo lo que ha construido en su perfecta vida... Pero, ¿y si se queda? ¿Será capaz de enfrentarse a aquel pasaje de su juventud sin cerrar que abandonó en el lago de Withley?



LA CHICA QUE SE LLAMABA COMO UN COMETA

¿Qué tiene la heladora voz del señor X?

A veces ser feliz es más difícil de lo que parece, y Holly lo sabe muy bien. Nadie puede negar que la muchacha se esfuerza mucho, pero ahora mismo su vida es un auténtico desastre: todos la odian en su trabajo, su novio la ha dejado por una versión más joven y estilizada de ella, ha engordado unos kilos y, encima, ha pasado tantos años esforzándose por ser la novia perfecta y por agradar a los demás, que ni siquiera se gusta a sí misma. Lo que Holly no sabe es que el misterioso hombre que conoció entre las sombras parece estar dispuesto a hacer cualquier cosa por descubrir qué esconde la chica que (no) se llama como el cometa, esa que brilla incluso en la oscuridad.



Bilogía “Yo no soy tu vampíresa”

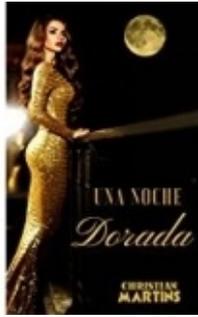
Amanda ha perdido a su marido, está centrada en su hijo y lo único que espera de la vida es que su pequeño sea feliz.

Derek es algo brusco y torpe, pero un romántico de corazón. Después de que su mujer le abandone por otro, decidirá que todas son unas arpías despiadadas. ¿Por qué ya no quedan mujeres reales en el mundo?, pensará.

¿Y Pipper? ¿O mejor dicho, Fantasma? Un cachorrito de cocker que parece dispuesto a completar esta historia y unir todos los cabos sueltos.

¿Quién no cree en el destino? ¿En el amor? ¿En las segundas oportunidades?

¿Puede una vampíresa y un pequeño diablillo conquistarte el corazón?



SAGA “UNA NOCHE” (UNA NOCHE DORADA, UNA NOCHE CONTIGO, UNA NOCHE NUESTRA, UNA NOCHE PERFECTA)

Arianna Townsend no tiene pensado, por el momento, enamorarse.

Está acostumbrada a tener al hombre que quiera en cualquier instante y que todos la traten como si fuera una reina. Disfruta jugando con ellos para después decirles adiós, sin que ninguno le exija ningún compromiso.

Pero su perfecta vida se irá al traste cuando aparezcan Jason, un atractivo chofer que su padre acaba de contratar, Steve Lowell, un inglés de la alta sociedad que desea conquistar a la hija de su jefe por encima de todo y Markus, un pobre chico al que Arianna le robó el corazón.

El baile de La Noche Dorada se acerca y todas las miradas estarán centradas en la rica y atractiva joven, pero la noche no terminará tal y como esperaba ella. Arianna tiene demasiados secretos y hay mucha gente dispuesta a destrozarse la vida de la mediana de los Townsend...

La indecisión y la pasión serán los ingredientes principales de esta erótica historia para atrapar al lector.

¿Por qué no vienes a descubrir la mansión de Manor House?



TRILOGÍA “SECRETOS, SECRETOS 2 Y SECRETOS 3”

A falta de unos días para dar el “sí, quiero”, Julia decide mandar todo a paseo y comenzar una vida de cero. Para hacerlo, toma la decisión de disfrutar en solitario del viaje que tenía programado para la luna de miel, sin saber lo que encontrará en éste.

En pleno Caribe, conocerá a Elías Castro, un poderoso empresario que tiene todo lo que quiere en el momento en el que lo pide. Ambos comenzarán un apasionante romance rodeados de los más exquisitos lujos.

Julia no tardará demasiado en enamorarse del irresistible Elías, pero también descubrirá que no todo es lo que parece.

Las mentiras y los secretos comenzarán a estar presentes en el día a día de la pareja hasta que Julia, hastiada de mantenerse al margen y de desconocer la verdadera vida de su pareja, decidirá marcharse y abandonarle para regresar a Madrid, su ciudad.

Pero Elías ha encontrado al amor de su vida y no piensa dejarlo escapar tan fácilmente. Regresará en busca de Julia y encontrará en Madrid un sinfín de peligros de los que no podrá protegerse. Fuera de México, no tiene poder ni contactos para mantener a Julia bajo protección, así que no les quedará más remedio que regresar.

Julia, guiada por el amor ciego que siente por Elías, decide obviar todos los riesgos que ha sufrido y regresar a México bajo la promesa de que, nada más llegar, la hará partícipe de los secretos que han rodeado su relación.

¿Podrá soportar la verdad? ¿Le contará Elías todo lo que tanto ha luchado por

mantener oculto? ¿Se acabarán las mentiras entre ellos? Y..., lo más importante, ¿estarán por fin a salvo de los sicarios que les persiguen?

**CHRISTIAN
MARTINS**

Nosotras



NOSOTRAS (JUNIO 2017)

Aurora conoció a Hugo cuando solo era una cría que no buscaba el amor. A sus veinte años de edad, no sabía lo que quería ni se le pasaba por la cabeza consolidar una relación.

Pero el tiempo fue pasando, año tras año, y el amor entre los dos continuaba estando presente... Lo que ninguno de los dos esperaba era que el pasado intercediera en su futuro.

¿Cómo sobrevive un amor de verano al paso de los años y a la inmadurez de la juventud?

¿Qué ocurre si, cuando has conseguido que todo se estabilice, tu mundo se derrumba sin control? ¿Si, repentinamente, desaparece todo aquello por lo que tantos años has luchado?

« Aunque nada parecía fácil, una cosa tenía clara: jamás tendría que superar las dificultades en solitario gracias a sus dos amigas.»



ESCRIBIÉNDOLE UN VERANO A SOFÍA (MAYO 2017)

Alex y Sofía solo tienen una cosa en común: ninguno de los dos cree en el amor. Sofía es una joven alocada que busca vivir la vida, salir adelante con pequeños trabajos que le proporcionen lo justo y necesario y, sobre todo, disfrutar. Piensa que la vida es demasiado corta como para ser desperdiciada...

Alex hace un año que se ha divorciado y siente que ha perdido todo lo que tenía. Sin saber cómo continuar, centra todos sus esfuerzos en rescatar su carrera como escritor, sin éxito...

Descubre en estas páginas lo que el destino les deparará mientras Sofía te enamora y Alex te escribe un verano que, te aseguro, jamás podrás olvidar.



MI ÚLTIMO RECUERDO (MAYO 2017)

«Después de tantos años de matrimonio, la relación entre Robert y Sarah ha comenzado a enfriarse. Ninguno de los dos parece ser feliz ni estar dispuesto a sacrificarse por el otro. Una noche de tormenta la pareja sufre un terrible accidente de coche en el que Sarah pierde todos sus recuerdos excepto uno. El último recuerdo antes del choque. Tras el suceso, Robert comprenderá qué es lo que realmente importa en la vida y decidirá luchar por la mujer que ama, aquella a la que había jurado un “para siempre” catorce años atrás.

¿Estará Sarah dispuesta a perdonar todo, a volver atrás? ¿Conseguirá Robert volverla a enamorar?»



BESOS DE CARMÍN (ABRIL 2017)

Paula solo buscaba un trabajo para mantenerse ocupada el verano y desconectar de los problemas familiares que la rodeaban, pero no esperaba encontrar a Daniel. Sin quererlo, terminará perdidamente enamorada de él; un hombre casado que le dobla la edad y que lleva una vida tranquila y familiar con su mujer. ¿Luchará Paula por sus sentimientos? ¿Abandonará Daniel todo lo que tiene por ella? «Un amor prohibido, excitante y pasional que no dejará indiferente a ningún lector»



SERÉ SOLO PARA TI (BILOGÍA) (FEBRERO 2017)

La vida de Victoria es perfecta hasta que, a pocas semanas de casarse con su novio, descubre que éste le está siendo infiel. Mientras intenta superar la traición que ha sufrido, conoce a su nuevo jefe, Lorenzo Moretti, que acababa de mudarse a Madrid para dirigir la empresa y del que no tardará en enamorarse perdidamente. Los dos comenzarán un excitante romance... Pero tarde o temprano los secretos del joven Lorenzo salen a la luz y Victoria tendrá que decidir si se mantiene a su lado. «Excitante, romántica, apasionada..., no te dejaré indiferente...»

